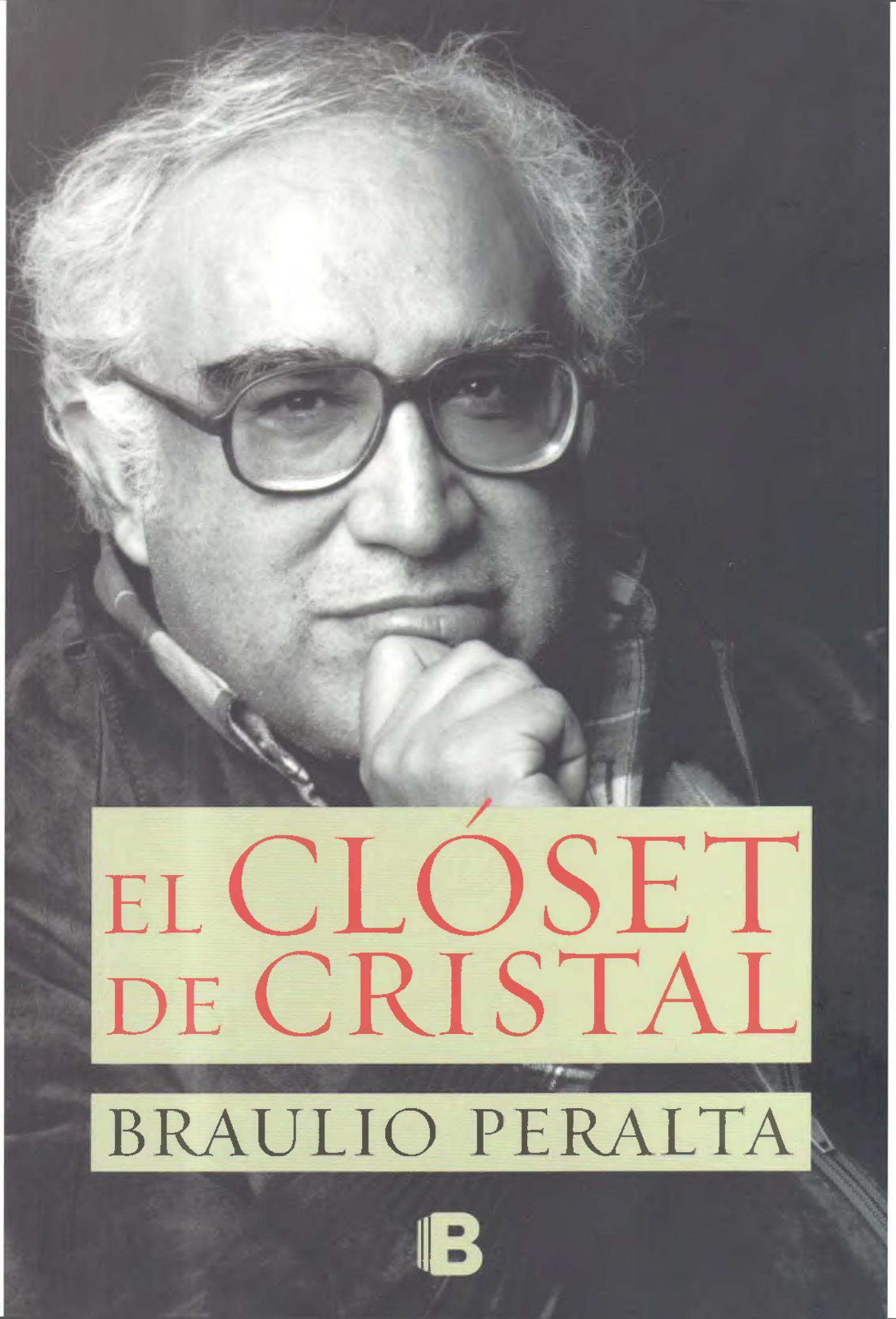


EL CLÓSET DE CRISTAL

BRAULIO PERALTA

Braulio Peralta (Tuxpan, Veracruz, 1953) ha trabajado por más de 35 años el periodismo cultural, oficio por el que ha obtenido premios como El Gallo Pitagórico, en el Festival Internacional Cervantino, en 1981; el de Periodismo Cultural Fernando Benítez, 2003; el Nacional de Testimonio Chihuahua, 2005. Y el premio PEN México a la «Excelencia periodística» en 2011 por su trabajo en la defensa de los derechos humanos de las minorías. Fue fundador del diario *La Jornada* y de la revista *Equis, Cultura y Sociedad*. Fue director editorial de Random House Mondadori y editor del Grupo Editorial Planeta. Ha publicado *De un mundo raro* (Conaculta), *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz* (Editorial Grijalbo/Raya en el agua) y *Los nombres del arco iris* (Editorial Nueva Imagen). Colabora en el periódico *Milenio* y en diversas revistas del país. Puedes escribirle a juanamoza@gmail.com.

© Foto del autor: Minerva Arreola

© Foto de portada: Lourdes Almeida

El clóset de cristal

EDICIONES B

El clóset de cristal

Braulio Peralta

EDICIONES B

México • Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas
Madrid • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

El clóset de cristal

Primera edición, septiembre 2016

D.R. © Braulio Peralta, 2016
D.R. © 2016, Ediciones B México, S. A. de C. V.

Fotografía de portada: Lourdes Almeida
Fotografías del dossier "El sabor de lo real": Yolanda Andrade

Bradley 52, Anzures DF-11590, México
www.edicionesb.mx
editorial@edicionesb.com

ISBN 978-607-529-044-7

Impreso en México | Printed in Mexico

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A Carlos Monsiváis.
A Christian Balderas.

Contenido

Agradecimientos | 11

Explicaciones para mí mismo | 13

Ya me di cuenta de que te sientes feo | 23

Amores sin permiso familiar | 45

Como ramas de árbol que desgaja el hacha | 69

Sueños sin mesura | 93

El clóset es para la ropa | 115

Oculto bajo tu traje | 139

Cómo se vive sin ti | 155

Periodismo contra ideología | 175

Diálogos para hablar de sexo | 193

En la misma ciudad y con la misma gente | 207

Agradecimientos

Sin las voces de los otros, los periodistas no somos nada: gracias a los que confiaron en el cronista de esta historia, aunque ellos no tengan responsabilidad por lo escrito.

Sin el cuidado de edición de un libro no habría limpieza en la lectura: gracias a Alicia Quiñones y Martha López por su trabajo.

Sin el rostro que la imagen otorga a un tema, nada sería lo mismo: gracias a Yolanda Andrade, porque su trabajo fotográfico agrega lo que a la escritura le falta.

Sin los amigos, la soledad de la escritura sería muy pesada: gracias a los compañeros de «Laberinto» y *Milenio*, y al *Bolillo* y la *Biga* por su compañía perruna.

Explicaciones para mí mismo

Hay un Carlos Monsiváis inédito que no es el ensayista; periodista y escritor: un Monsiváis que fundó el movimiento homosexual en México al iniciar los años setenta junto a Nancy Cárdenas y otros, reconocimiento que en Monterrey —en el Festival Diversciudad Nuevo León 2016— apenas se acaba de efectuar al escribir Cuitláhuac Quiroga las siguientes líneas:

> El 28 de agosto de 1963, en una histórica manifestación en Washington, D. C., frente al monumento a Abraham Lincoln, Martin Luther King Jr. pronunciaba su extraordinario discurso «Tengo un sueño» frente a más de doscientas mil personas; con ello se iniciaba una larga lucha en pro de los derechos civiles en un marco donde la legalidad y la justicia deben ser para todos y todas. La palabra más importante de Luther King Jr. fue *libertad.*
>
> Desde otro lugar, la libertad también dijo su nombre: en 1971, una dramaturga y actriz mexicana, Nancy Cárdenas, fundó el Frente de Liberación Homosexual y hacia 1975, en coescritura con Carlos Monsiváis, publicó el *Manifiesto en defensa de los homosexuales en México.* Durante el X aniversario de la masacre de Tlatelolco, en 1978, dio pie a la primera marcha del orgullo gay en nuestro país. Nancy, Carlos, Luther King y tod@s las

> personas de la comunidad LGBTI de esos tiempos son nuestros padres y madres en la lucha por los derechos civiles; a ellos nos debemos, en ellos ponemos nuestro esfuerzo.

Este libro abre la puerta íntima de ese mundo cerrado por lo menos hasta 1990 y que después abrió el debate de una lucha que los movimientos por la diversidad han venido ganando a nivel social, político y mediático.

Por ejemplo: Juan Jacobo Hernández, dirigente que fundó el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, FHAR, el grupo de homosexuales que por primera vez salieron a la calle en la manifestación del movimiento estudiantil en 1978, y que ya desde 1979 instauran la Marcha del Orgullo Gay, en los sesenta fue pareja de Carlos Monsiváis por tres años, hasta 1963, cuando los dos eran estudiantes de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y en los pasillos se fraguaba la amistad y la complicidad política con Nancy Cárdenas; el noviazgo, las discusiones, la separación ideológica y la ruptura se cuentan en este libro.

Por ejemplo: en los años siguientes, Carlos Monsiváis nunca dejó de estar cerca de los movimientos homosexuales, de los grupos fundacionales del activismo en México: el de Nancy Cárdenas, el de Juan Jacobo Hernández, el SexPol de Antonio Cué, amigos de muchos del Grupo Lambda (nada le pasaba desapercibido) o el Círculo Cultural Gay de José María Covarrubias, junto a Jorge Fichtl; ya con Cálamo poco intervino porque el VIH era el centro de sus preocupaciones, pero a todos los apoyó de manera directa, indirecta, o escribiendo de sus causas y azares.

Por ejemplo: los ochenta son la década del sida y Carlos Monsiváis se concentra en apoyar a todo tipo de

movimiento social a favor de los enfermos seropositivos, en su inmensa mayoría homosexuales que no eran atendidos en clínicas de salud, que las familias rechazaban, que no tenían recursos para medicamentos que en aquel entonces no llegaban a México. Monsiváis promueve la fundación —en el diario *El Nacional* primero, y en *La Jornada* después— de «Letra S», el único suplemento periodístico a nivel mundial que se ocupa del tema. Pero también renuncia a *La Jornada* por la aprobación incondicional del diario a los campos de concentración de seropositivos en la Cuba de Fidel Castro: muchos de ellos, participantes en la guerra de Angola...

Por ejemplo: un sector de los grupos homosexuales le reclama a Carlos Monsiváis nunca haber «salido del clóset», no declararse públicamente como homosexual, cuando en realidad jamás dejó de apoyar a su comunidad desde los sesenta hasta la Ley de Sociedades de Convivencia, con Marcelo Ebrard, y el derecho a casarse y adoptar hijos. Eso, cuando casarse no era una de las exigencias básicas del movimiento gay, que sólo pedía respeto a sus derechos humanos, como los de cualquier persona.

Este libro recuerda los años sesenta y concluye con su velorio en 2010, en el momento en que el músico Horacio Franco pone encima de su féretro la bandera del arcoíris, «destapando», ahora sí de forma pública, a un personaje al que Enrique Krauze definió como uno con triple marginación: religiosa, de clase y sexual, lo que querría decir que Carlos Monsiváis vivió en un «clóset de cristal» porque en el medio cultural sus preferencias eran más que conocidas.

Todos sabían, por ejemplo, que su pareja más estable fue Alejandro Brito, con quien duró dieciocho años, al que le dejó «Letra S»; pero antes estuvo Carlos Bonfil —a quien dejó como crítico de cine en *La Jornada*—, y después de Brito, por diez años, Rodolfo Rodríguez Castañeda, a quien designó el primer director del Museo del Estanquillo por un buen tiempo. O su última pareja sentimental —con la que duró menos de lo que se dice—, Omar García, quien lo acompañó hasta su muerte muy a pesar de la familia. Entre relación y relación, muchos novios, tantos, que él mismo se autonombraba «El Novio de México»... Pero no es este un libro de morbo sobre la intimidad de un personaje público: que sean sus parejas, novios o aventuras —las viudas, se dice en corrillos—, las que cuenten su historia en una biografía documentada; yo no, aunque sí reseño parte de los rumores confirmados para acabar con las especulaciones.

En estas páginas me ocupo de gente que hizo el movimiento homosexual en México, del que Carlos fue figura tutelar. No aparecen personalidades de la vida pública; tampoco hago crítica ni análisis alguno de sus libros, se ha escrito mucho al respecto y un periodista no es un crítico literario. Tampoco es una biografía pero sí quiere ser una crónica memoriosa, un retrato posible de Monsiváis en el movimiento homosexual con relevancia para la vida civil.

Aquí están los personajes del movimiento homosexual primigenio hablando de Carlos Monsiváis: Juan Jacobo Hernández, Antonio Cué, José María Covarrubias en voz de Jorge Fichtl, Xabier Lizarraga, Arturo Vázquez Barrón y Alejandro Reza, todos fundadores de grupos sin duda importantes en una historia clandestina en estos que,

dicen, son tiempos de democracia. Hay por parte de los entrevistados declaraciones críticas en torno a Monsiváis pero también reconocimientos que no se le han dado al personaje, como el hecho de que escribió desde los años setenta la mayoría de los desplegados en medios de comunicación que reclamaban, defendían los derechos de las minorías sexuales.

Es una crónica de lo que vi. No escribo lo que no sé: narro a Carlos Monsiváis en sesiones privadas de trabajo sobre el movimiento homosexual, pero sólo ahí donde estuve presente. Es un testimonio de primera mano. Habrá otras memorias de otras personas: ojalá lo hagan en vez de denostar lo incompleto del trabajo, porque abarcar a Carlos Monsiváis es imposible.

Este libro quiere ser un testimonio vivo de una lucha al margen de gobiernos o partidos que ha conseguido reivindicaciones sociales significativas, a las que el cronista de *Días de guardar* no fue ajeno. Al narrar esta historia cuento parte de mi vida en el movimiento homosexual y mis encuentros con el cronista más importante de los últimos cincuenta años después de Salvador Novo; no fui su amigo íntimo pero sí uno de los más cercanos en su lucha contra la homofobia en México y en la pelea incesante contra el sida en los años ochenta.

Por ejemplo: una noche de Año Nuevo en el número 12 de la calle de República de Cuba con Julio Haro, líder del grupo rockero El Personal, y José Manuel Olmos —su pareja—, cuando éramos felices riéndonos de pendejada y media. Hoy Julio y José Manuel no están: tampoco tú.

Por ejemplo: cuando me dijiste que parecía Florence Nightingale cuidando seropositivos en mi departamento.

Esa quizá sea una de las razones para haber logrado un poco de tu afecto, si fuera verdad. Eras terrible con los sentimientos, la razón era tu sentido, aunque me tocó ver cómo se te quebró la voz y dejaste salir las lágrimas al despedir a Nancy Cárdenas en el Teatro de las Vizcaínas en 1994. Y siempre la risa como respuesta crítica, como cuando respondiste un día a mi pregunta de por qué reías de todo: «¿Qué, quieres que me suicide?».

La razón del título de este libro: en la vida gay se denomina «de clóset» a quien no se asume como tal públicamente, contra quien vive «fuera del clóset». Monsiváis en realidad vivía en un clóset de cristal: el libro brinda todas las claves para comprenderlo. Aún vivo Carlos, titulé así un texto que publiqué en 2010 en el libro *¿A dónde váis, Monsiváis?*, a pedido de Déborah Holtz, de Trilce Ediciones. Cuando el escrito llegó a la editora en turno, Laura Emilia Pacheco dijo que mi artículo era «fuerte» y que debía consultar al cronista. Le contesté: «Lo hablé con él: aceptó todo lo que escribo...». Lo que querría decir que el autor de *Escenas de pudor y liviandad* estaba a un paso de aceptar —públicamente y sin empachos— su vida gay. Se le atravesó la muerte.

Transcribo aquí parte de lo escrito, para que se comprenda:

> A Monsiváis no le gusta desmitificar, pero estudia y juega con los mitos: analiza ritos y costumbres que anquilosan al ser humano; desprejuicia a la cultura de masas, con lo que otorga otra opción a lo popular: la de reflejarse en su espejo; es el defensor de las mujeres y las minorías sexuales en un país donde el machismo no permite el mínimo

asomo a la igualdad de sexos; el preservador de nuestra vida privada, en este pueblo donde «la culpa sexual es una contribución poderosa a la estabilidad política». Es el solidario incansable en la lucha contra los prejuicios del sida. La comunidad homosexual tiene una deuda con la vida y obra de Carlos Monsiváis...

Es el heredero de los *novocablos.* Esa puede ser la razón de su libro *Salvador Novo. Lo marginal en el centro.* Y ya que mencioné a Novo, así como Monsiváis dice de él, que quiere «verlo, saberlo, comerlo, caminarlo, tocarlo, frecuentarlo todo...», a él —el *monsivocablo*— le tocó vivir en un gran clóset de cristal donde todo mundo lo ve, lo sabe, lo toca, lo frecuenta y lo quiere.

Como él mismo escribió: «¿Y de qué puede enorgullecerse una persona si no está orgulloso de su comunidad?».

Todo lo anterior no quiere decir que Monsiváis me autorizara la publicación de este libro (tampoco la familia acepta esta vertiente de su pariente incómodo: me negaron la posibilidad de hablar con ellos. Sólo quieren su versión, no la de otros): no por negarse a dar a conocer parte de su vida privada, sino porque él sería el más indicado para contarla. Pero no lo hubiera hecho, por eso mi atrevimiento y mi deseo de llevarlo a cabo.

Finalmente, soy periodista...

Ya me di cuenta de que te sientes feo

Estaba de moda el primero de sus éxitos, «No tengo dinero». En las calles de Juárez y López, con *jeans*, camisa blanca abierta y tenis, Juan Gabriel sonreía de pie en aquella esquina, dispuesto a platicar con quienes se acercaran, justo a media cuadra del café El Chufas, el lugar de encuentro de jóvenes que querían conocer el ambiente de la Ciudad de México. La noche, como una luna de octubre.

Pelo corto, castaño, con ojos brillantes y coquetos, Juan Gabriel —en 1971 apenas contaba veintiún años de edad— escuchaba a los muchachos contar las historias de la época, cantar las canciones de moda durante la presidencia de Luis Echeverría, de ingrata memoria estudiantil.

El Chufas era famoso entre los homosexuales que se reunían a tomar café o cerveza y a ligar por los alrededores: a esperar la invitación a las fiestas nocturnas de fin de semana en «un lugar de ambiente donde todo es diferente», como en la canción «El Noa Noa». *Juanga* aún no era una leyenda pero la construía. Aquella noche quería salir a encontrarse con sus iguales afuera del Teatro Blanquita, su primer lugar de éxitos. Buscaba juerga, buscaba compañía. Buscaba lo que dice la letra: «Necesito un buen amor, porque ya no aguanto más...».

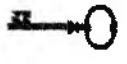
Aquella noche necesitaba amor, en lugares ocultos para el común de la gente pero identificables para seres

marginales. Espacios públicos para homosexuales no sobraban en aquella época y el permiso social concedía sitios pequeños para los secretos de unos cuantos...

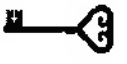
Tú observabas sus pasos, su mirada, su actitud de triunfador, pero algo en su interior hablaba de un tímido con actitudes inocentes. Ibas con Gilberto Santes: paseaban por la Alameda riéndose del presente perpetuo y el futuro incierto. De repente lo vieron. Tenía gente a su alrededor, arrobados por la fama del susodicho. Se acercaron, saludaron. Él sonrió. Tú también. De repente pasó una persona con volantes que repartió a los presentes. Decía: «No dejes que te roben la vida. Es tuya. Aprende a vivirla como quieras».

Una dirección invitaba a asistir a encuentros entre homosexuales para aprender nuevas formas de convivencia. Salir de la esquina de la nada, sin respeto a tu persona. Dejar la calle para después tomarla como cualquiera, con derechos civiles, sin esconderse. Te gustó la idea. *Iré*, pensaste sin decir nada. Gilberto se burló del anuncio. Él, un estudiante que iba a estudiar psicología. Tú ya querías que fuera mañana para ir corriendo...

En aquella época no había permiso para estar con tu alegría sin temor a que la policía te quisiera chantajear. Uno imponía los espacios pero el orden los controlaba. Pretender ser en ese caos era perder el cielo bajo tus pies. Hasta las fiestas privadas corrían el peligro de las redadas, una práctica común de policías y ladrones. «Veo la vida con dolor, quítenme esta soledaaad...».



Cuéntalo, no le des más vueltas. Es tu visión. De nadie más. Ni siquiera la de él, que te prohibiría cualquier cosa. Ocúpate del que nadie conoce salvo los entendidos, los del ambiente, los gays, esos seres para quienes el prejuicio del siglo XX no continuará en el XXI, en la esperanza. Narra la historia de su encuentro por primera vez, cuando rondabas los dieciocho y querías saber del mundo que te ocultaron como un pecado, como un secreto, prohibido. Anda, no te angusties por las palabras. Ni dudes que habrá peores que tú a la hora de escribir. Tu relato será personal e intransferible. Nadie podría reseñarlo porque es parte de tu vida.



Era una noche cualquiera, con cielo estrellado y la luna a medio salir, como escondida. Ibas con Armando Sariñana. Salían de la estación del metro Tacubaya rumbo a la calle Mártires de la Conquista. Le juraste que mentirían al llegar y dirían que ya eran mayorcitos; de otra forma no los dejarían entrar. Eran menores porque la ley exigía los veintiuno y eso estaba penado, lo sabían. Ya tenían vello ahí donde te conté y también asomaba un bigote por encima de sus labios. Les habían dicho que ahí se reunían homosexuales que intentaban formar un movimiento de reivindicación de sus derechos. Ustedes no habían pasado por ningún peligro pero sabían de las redadas, por ser lo que eran: la extorsión, a la orden.

Caminaban por la calle oscura y sentían el corazón en el pecho; palpitaba como cuando mentían a sus padres al

pedir permiso para una fiesta, cuando en realidad querían ir a ligar a la Alameda o al cine Savoy para encuentros fortuitos. Domingo de aventura oculta a los ojos de los heterosexuales, autodenominados «normales». Miradas que se tropiezan con otros ojos, centelleantes de deseo: los ojos que, dicen, da pánico soñar por temor a lo desconocido. Los que no querían ni podían ser como todos. Querían hacer algo para cambiar un mundo hostil, hacer conciencia de los que son diferentes pero merecerían el mismo respeto. Por eso habían aceptado el papelito aquel que le llegó a Armando un día en un bar de la Zona Rosa: «Hagamos juntos otra realidad: para ser igual que todos».

Coincidieron en ir juntos.

Tú ya habías leído sus crónicas y artículos pero, sobre todo, lo habías escuchado hablar en radio y televisión. En su *Autobiografía* leíste algo que te llamó la atención: «...la sospecha para conocerme a mí mismo, el recelo para conocer a los demás». No había razón para que lo admiraras como a Hermann Hesse o, mejor, como a Oscar Wilde, pero había algo en él que lo hacía cercano a tu vida. Era más que una novela. De carne y hueso. Con quien podías conversar.

La preparatoria no te dice qué hacer con la realidad y tú ya habías aprendido que un maestro es básicamente bibliografía, no discurso infinito; él era la persona indicada para recomendarte más libros que te ayudarían a comprender mejor el mundo y *tu* mundo.

Él, el cronista de su tiempo.

Armando era un amigo que conociste en el viaje de las pasiones, ese espejo donde, adolescentes, somos iguales: jóvenes que despiertan al sexo y la libertad de ejercerlo. Tú ya habías incursionado por la avenida Reforma creyendo que por oír en el radio cantar a Raphael «Mi gran noche» el futuro era tuyo. Cantabas con él: «Hoy para mí es un día especial, pues saldré por la noche... podré reír y soñar y bailar, disfrutando la vida...».

Ibas en el auto de un tal Pepe Kuri que lo que quería era cogerte y pretendía seducirte con frases huecas: un ligue ocasional que de repente te dijo que coger por el culo no era lógico ni normal ni aceptado. Preferiste bajarte y seguir tu ruta. Pepe no te dio confianza. Ya habías leído por ahí que la cuestión homosexual tiene que ver básicamente con la aceptación de tu cuerpo y tu mente, los de nadie más, sin pensar en prejuicios sobre el sexo. No se coge por enfermedad, se coge por gusto, sin represión mental. Allen Ginsberg era tu poeta maestro para aceptarte; Pepe, un cretino.

Se quedó con las ganas...

Tocan a la puerta. Nadie responde. Insisten. Suenan pasos y se abre la entrada de la casona de Mártires de la Conquista.

—Adelante, están en su casa. Me llamo Rafael Santos.

No preguntan las edades. Pasan el primer susto. Lo

siguen hasta la entrada a la sala estilo oficina de trabajo. Ahí les presentan a Juan Jacobo Hernández: pelo largo, delgado, ojos vivaces, vestido como jipi, con una argolla en la oreja. Les estampa un beso en la mejilla. Risas tímidas. Al parecer son los primeros en llegar. Observan que están frente a una foto de un hombre mayor, robusto, con lentes y bigotes abundantes. Ninguno de los dos sabe quién es. Juan Jacobo nota su atención. Dice:

—Es Magnus Hirschfeld, fundador y guía durante los treinta y cinco años de existencia del Comité Científico y Humanitario, que desde 1897 existió en Alemania. «Lo que la gente debe saber del tercer sexo» fue uno de los textos más leídos en su época; «Justicia a través de la ciencia» era el eslogan del Comité...

Silencio. Tú y Armando no tenían idea de lo que les hablaban. Fueron por curiosos y precoces, sin pensar en información del siglo XIX. Les hablaban en chino. ¿Hirschfeld?

—¿Quieren café, té o agua de tamarindo? —preguntó Rafael.

Se sintieron incómodos. Se acordaron del *Banquete* de Platón, donde Aristófanes habla de tres sexos: el masculino, el femenino y el andrógino, aunque nada sabían de Hirschfeld. Estaban a punto de ir a la universidad pero la historia de la sexualidad no era su fuerte. No era tema escolar. Era intuición de los jóvenes sacar sus conclusiones. Ustedes ya sabían que pertenecían a la musa Urania, que aceptaban el amor homosexual como lunar, celestial; no en balde a los homosexuales por siglos se les dijo «uranistas». Eso, frente a la barbarie de vulgaridades sin fin para nombrarlos.

Hirschfeld creó el Comité en pro de la liberación sexual. A favor de la abolición del párrafo 175 del código penal alemán, que desde 1872 consideraba delito la homosexualidad. El párrafo 175 no incluía a las lesbianas: el Comité intentó incorporarlas a la lucha, pero ellas abrazaron el movimiento feminista en lo general.

Les contaban la historia del alemán —y judío—, y ustedes no daban crédito ante su desconocimiento de la historia que los involucraba. Estar ahí, escuchar la clase de personas que apoyaron una causa humanista los dejó boquiabiertos. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Callaron...

Entra Carlos Monsiváis: un morral en el brazo izquierdo, lentes cuadrados, enormes para el tamaño de sus ojos bajo unas cejas en desorden, chaqueta y pantalón vaquero. Pelo entrecano. Moreno. Para describir su físico recordaste lo escrito por él en su *Autobiografía*: «Ya me di cuenta que te sientes (y eres) feo». Es cierto, pensaste, agraciado no era; pero chispa, tenía. Más cuando empezaba a hablar. Cuando llegó olvidaron al resto de los participantes. Se convirtió en el centro de la reunión. Fue él quien empezó a interrogarlos.

Que de dónde éramos, que qué hacíamos, que adónde íbamos, que si estudiábamos. Cómo supieron del lugar de encuentros del mismo sexo. Nada escapaba a su mirada. Nosotros, azorados de conocerlo. Tú habías leído

Días de guardar, pero mentiste: dijiste que no habías leído nada suyo. Tenías temor de darle tu opinión porque no sabías cómo abordarlo.

«Locura sin sueño, sueño sin olvido, historia de unos días», terminaba el pie de foto de las imágenes que abrían aquel libro. Te acordabas de que escribía de Raphael pero tampoco le dijiste, aunque fuiste a verlo a la Alameda: eres esa multitud que describe Carlos, la «demasiada gente». Su escritura te resultaba difícil. Preferías quedarte callado. Oírlo.

Carlos siguió con el tema de Hirschfeld y el párrafo 175: un científico, sí, pero también un activista que creó la palabra *travestismo*. Actuó en la película *Diferente a los demás* (1919), en la que se promovía la abolición del párrafo 175. El personaje principal del filme es chantajeado por un ex amante y prefiere salir del clóset para no seguir pagando las consecuencias de vivir sin que la sociedad sepa de su vida privada. Termina suicidándose.

Hirschfeld fue ejemplar. Hizo libros con pseudónimo, entre ellos *Safo y Sócrates*, obviamente sobre el amor homosexual. Fue suya la primera revista dedicada a la sexología como una ciencia: se publicaron doce números en 1909 y escribió, entre otros, Sigmund Freud. Consiguió cinco mil firmas para acabar con el 175. En 1898 se hizo la primera petición; sólo la minoría del Partido Socialdemócrata los apoyó. Perdieron. Persistieron en la lucha. Una lucha larga que, ya sin Hirschfeld —murió en 1935—, devino en que el párrafo 175 del código penal fuera modificado en 1969, curiosamente el año de Stonewall en Estados Unidos. Nadie quedó contento con la modificación...

Tu vida en manos de las leyes y uno sin saber. Aunque en México no es delito la homosexualidad, el desprecio es en grandes proporciones e infinitas las violaciones de derechos. La vejación de los homosexuales en México cobra relevancia pública con la famosa ilustración de José Guadalupe Posada que narra la redada de los cuarenta y uno, en 1901: a barrer las calles, a la cárcel por putos...

Pero no vayas tan lejos. Las levantadas en lugares públicos las viven ahora tú y Armando, con amigos que les han contado las de Caín.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta inquisitivo Juan Jacobo.

Deciden seguir visitando la casa de Mártires de la Conquista.

Al salir, al despedirte, Carlos te da su teléfono.

539-47-62, apuntas.

—Llámame —dice.

Tratas de recordarlo con exactitud. ¿Te lo dio sólo a ti o también a Armando? No dudas en preguntarle a tu amigo, que de inmediato te dice: «¡Se lo da a medio México! No te sientas único», bromea. En tu interior lo sentiste como una conquista. No es que te gustara, no, pero algo de su atractivo estaba en su cabeza...

Salieron al metro. Noche oscura pero luminosa en sus corazones. Creían haber avanzado un poco en aquello de la marginalidad. Dos preparatorianos a punto de ir a la

universidad; no sabían ni lo que iban a estudiar pero, bueno, querían hacerlo. Armando siempre se inclinó por el arte y tú no sabías si el teatro o el periodismo.

Pensabas: *Le voy a hablar a Carlos y a preguntarle.* No lo admirabas pero te deslumbraba. No lo podías negar.

Luego cruzar la ciudad hacia el oriente, hasta llegar a la colonia Ignacio Zaragoza. Tu parada, el metro Gómez Farías. No sabías lo que dirías en tu casa por llegar tarde pero empezabas a rumiar la idea de vivir solo para ser el otro que eres tú; hacer lo que te plazca sin tener que dar explicaciones de nada. Seguir la sugerencia en *Demian*, de Hermann Hesse: «Quien quiera nacer tiene que destruir al mundo».

Entraste sigiloso a tu casa. Todos dormidos. Directo a tu cama. Con una lamparita buscaste el libro de Carlos, *Autobiografía*. En realidad, nada sobre él salvo detalles, como el que dice: «Ya que no tuve niñez, déjenme tener currículum». Mensaje con ego. En realidad, autobiografía no es; sí una crónica política de los años cincuenta y sesenta y la cultura puritana, que no cesa.

Protestante y clasemediero de la Portales. Militante de izquierda —comunista—, desde entonces convencido de intentar reformar la administración pública, corrupta y abyecta, su palabra preferida. La estructura moral se la debe a su escuela dominical de religioso y a la férrea educación de su madre, doña Esther, a quien dedica el libro

«por disponerse a negar con fundamento cualquier posible veracidad de estas páginas».

Habías conocido a un hombre que en 1957 inició «una supuesta carrera literaria». Al que Nancy Cárdenas, al irse a estudiar teatro a Yale, Estados Unidos, en 1969, le hereda el programa *El cine y la crítica,* en Radio UNAM. Nancy Cárdenas, la directora teatral de *Los chicos de la banda*, ¿te acuerdas? Te quedaste afuera del Teatro de los Insurgentes porque no te dejaron entrar, eras menor de edad. Era la obra post Stonewall, el bar donde en 1969 unos travestis defendieron sus derechos ante la policía ¡y lograron sus reivindicaciones! A ti siempre te parecieron valientes los travestis. Salir vestido de mujer a la calle, maquillado, con zapatillas... No cualquiera. Te inhibían. Te costaba trabajo ser amigo de alguno de ellos, los que conociste en los lugares de ambiente.

Nancy supo aprovechar socialmente el golpe que dio ante los medios de comunicación. Jacobo Zabludovsky la entrevistó en su programa, *24 Horas*: fue la primera mujer en México que se asumió lesbiana públicamente y defendió a las minorías sexuales y sus derechos civiles. La admirabas.

Ella ya había trabajado con grupos de homosexuales y lesbianas. En 1971 creó el Frente de Liberación Homosexual (FLH) con amigos cercanos como Monsiváis. Tú, muy jovencito —aún menor de edad—, fuiste a esas reuniones pero nunca viste a Carlos. Fue él quien facilitó los materiales de trabajo para hacer conciencia en el movimiento.

Nancy y él eran amigos de la universidad, estudiantes de la carrera de literatura en los sesenta.

Tú apenas despertabas atolondrado a tu sexualidad, confundido por tus deseos, atormentado por el qué dirán. Disfrazando con noviazgos heterosexuales que solamente te confundían más. Ya tenías en Javier Amador a tu primer amor de secundaria. Oírlos hablar con tanta seguridad de sus preferencias sexuales te animaba a contar tus pininos. Ellos parecían de otro mundo que, en realidad, era al que pertenecías.

Pinche mundo, cómo te confundía...

Esa noche soñaste con Javier.

Un joven que no se comporta como todos. Un provinciano que al llegar a esta ciudad descubre su sexualidad y no es, digamos, normal en sus deseos por el mismo sexo. Que busca su identidad. Que no encuentra con quién hablar y tiene que escapar de su casa porque le resulta adverso el clima que respira. Desde la secundaria busca en la mirada de los otros el espejo de sí mismo.

Él aparece. Se hacen amigos. Desayunan en los descansos, platican, se ven con afecto. Juegan a las luchas. Te apretuja su sexo. Se excitan. Asumes que se gustan. Se acuestan a escondidas. Tu primer amor de adolescencia. Confusiones. Él tiene novia. Tratas de imitarlo: no puedes con las mujeres, te rebasan. Te mientes hasta llegar a la preparatoria. Dejas en paz tu propia falsedad. Él sigue el juego con los demás y contigo.

Recuerdas aquel viaje al mar como si fuera ahora. Decisivo. La playa es ardiente y el cuerpo más. Él se abre a sus deseos; tú, más. Lo tuyo es una entrega, lo suyo desconcierto. Tú amas. Él se aventura y tú aceptas el juego del placer. Descubres el afecto de la amistad con el permiso de tocarse en lo más íntimo. Él, un día te cambia por una mujer; argumenta estar enamorado. Dolor en tu pecho. Lección aprendida. No andes con quien juega con tus sentidos.

Regreso a clases. La relación se enfría. Él apenas te mira. Hay desasosiego. No tienes a quién contarle tu historia. Te ahogas. Un secreto en medio de la nada. Porque no te prometieron nada. No sumabas ni dieciséis y ya conocías la pena por amor. Nadie te dijo que amar es crecer. Más cuando las formas de amar no son como las que se dicen normales.

O sí, en realidad. Pero tu ocultamiento no lo viven ellos, los heterosexuales. Va siendo hora de que te cambies a otro planeta donde tú seas el protagonista de tu vida.

Por eso lo encaraste. Le dijiste lo que pensabas y sentías. El valor te inundó y el coraje hizo que levantaras la cabeza. Él aceptó el juego bisexual de la secundaria a la preparatoria. Mayorcitos eran, se les paraba. Sabían que un gusto debe atenderse. Inexpertos, sí, pero intuitivos también. A nadie le mintieron con sus cuerpos.

Un «vete a la chingada» bastó para que empezaras a vivir tu vida, la que te nacía desde las entrañas. Él quiso regresar un día, pero tú ya estabas en otra historia. Demasiado tarde...

¡Vaya manera de crecer en la década de los setenta!

Duérmete ya. Sabes que mañana lo primero que harás será llamarle... a Carlos.

—¿Eres activo o pasivo?

Silencio.

La biblioteca te pasma. Nunca habías visto tanto libro y nunca esperaste una pregunta así, tan directa.

Los «activos» son los que hacen uso de su miembro viril. Los «pasivos» son la idea que el común de la gente tiene: a los que les encanta que «les den por detrás». En el ambiente gay las cosas son más plurales, menos rígidas; se puede ser, como se dice en el ambiente gay, «internacional»: usar tu pene y orificio en libertad, según el deseo que nace junto al otro. Todos saben ser activos o pasivos aunque sí, los hay que no son más que de un gusto. Punto.

Pero él pregunta, y tú prefieres callar. No contestas. Ni siquiera te acercas: no hay deseo de tu parte, te inhibes. Él se da cuenta. Desde su escritorio atiborrado de papeles, libros, libretas, dibujos, plumas y lápices, se para y pone un disco de Elvira Ríos. Dices:

—A mi papá le encanta Elvira Ríos...

Silencio. No sabes qué más decir frente a ese hombre que te atrae, más que físicamente, como alguien de quien puedes entender su mundo, y el tuyo en réplica.

Él quiere coger, no platicar.

Llegaste puntual a la cita: la colonia Portales te pareció horrenda. Te induce a su recámara. Te asustas. Tu

corazón se acelera: no sabes qué hacer. Creías que iba a ser de otro modo, menos rápido. Intenta besarte. El sabor no te gusta...

—Voy a pasar a tu baño...

Orinas con dificultad. Alargas el instante de la salida. Cuando regresas él ya está en calzones y erecto. Te turbas.

—Ven.

Te suena a orden, no como una petición, digamos, amistosa. Una de las cosas que aprendiste en la vida es a distinguir el tono de pedir de las personas. Esta sonaba a mando, con la seguridad que le daba ser quien era...

No aceptas la penetración ni se te para. Lo intenta sin éxito. Tu pene, entre despierto y dormido, no alcanza la fiesta sexual que él pretende. Intuyes que habrá enojo de su parte pero pronto te das cuenta de que te equivocas. Tus dieciocho años no hablan de experiencia, lo sabe.

—¿No quieres?

¿Cómo le explicas que no te atrae de esa manera? Que fuiste por curiosidad, por ser quien es: un personaje público al que ya admirabas pero no alcanzabas a entender, ni sus libros ni sus conferencias ni sus artículos. Que estás ahí porque sientes estar frente a un espejo que te ayudará a comprenderte. Quisieras que te mirara como a un pupilo. Lo adivina y más tarde, casi al despedirte, te suelta la frase que repetiría constantemente en el trayecto de la comunicación entre ustedes:

—Maestro no. No sirvo para eso.

Se viste, se pone los zapatos. Te invita a salir; se ve aburrido de tu presencia. Elvira Ríos termina de cantar en el disco de acetato:

Y pienso si tú también
estarás recordando,
cariño, los sueños tristes
de este amor extraño.

Se comprende tu desazón. La edad, y tu provincianismo: tenías catorce cuando llegaste a la Ciudad de México, aquel Distrito Federal que para ti siempre ha sido Tenochtitlán. Cuando confundiste la torre del antiguo cine Sonora de la avenida Fray Servando con la Torre Latinoamericana: cuando caminabas y veías vertical el mundo porque los edificios no te dejaban ver, mientras que tu vida era horizontal allá en los naranjales del rancho de La Florida en Tuxpan, Veracruz, e ibas a ver a tus primos para subirte a los patines del diablo, la bicicleta y los juguetes que a ti no te traían los Santos Reyes. Ver los llanos, el río y el mar, entender que el mundo es hondo y la vista no alcanza para la profundidad de la naturaleza, porque nada tienen que ver las paredes de concreto con tus sueños.

Te sentías acorralado en la ciudad, pero te levantaste a pesar de esas noches de insomnio en que las calles y los edificios sin fin eran monstruos que te asediaban, que no te permitían correr. «Para eso están los parques», te decían los amigos de la secundaria, porque llegaste reprobado a repetir el tercer año. No encontrabas caminos verdes ni lagunas ni ríos que fueran rutas de vida... Despertaste como María Victoria en aquella película, *Del rancho*

a la capital. También despertó tu sexualidad. Te descubriste diferente. El deseo agazapado por las piernas varoniles surgió de repente al ver a los profesores que eran atractivos: ya en quinto de primaria, en una excursión, de repente te ruborizaste porque Raymundo Matamoros, el maestro, se quitaba los pantalones para jugar una *cascarita* de futbol con sus alumnos. Pantorrillas fuertes y musculosas como las de *Tawa* o *Chanoc*, tus historietas favoritas. Notó tu sonrojo. No te amonestó. Te dijo:

—Ven a jugar. Ándale, ponte tus tacos...

Creíste que te hablaba en clave y le mostraste tus escasas capacidades para patear el balón.

Luego descubriste a Javier Amador. Te encandilaste; te enamoraste como el niño que eras. En tu doble moral te hiciste pasar como un hombre «normal» al que le gustan las mujeres: te hiciste novio de Brigitte, aunque no te gustaban nada sus besos ensalivados. Menos el olor de su sexo. Esa tarde que fueron a la Ciudad Deportiva y se mostró desnuda, aquello te parecía horrible, parecía una rajada a cuchillo a punto de sangrar. Nada de erección. Aprendiste a evadir el compromiso de hombre a mujer. No era lo tuyo.

Pero te salió caro: tu padre te mandó con las putas apenas llegando del pueblo. Sí: penetraste a aquella mujer abierta en dos que te decía:

—¿Ya te vienes? Ándale, mijito, que tengo que seguir trabajando...

Nunca la olvidarás porque la primera vez que observaste el mural de Orozco en el Palacio de Bellas Artes creíste que era la misma, la del rumbo de la Merced, y porque te infectó de un gonococo que tardó casi tres meses en abandonar

tu cuerpo. Después de eso, te hicieron la circuncisión. El trauma duró años en curarse. Juraste que sería la primera y la última, y lo cumpliste.

Luego llegaron las aventuras. Quién sabe por qué, pero encontraste la Alameda y el cine Savoy del Centro Histórico; ligar era fácil y rápido, aunque peligroso. Un día tu amigo de placeres públicos, Gilberto Santes, te dijo:

—Acompáñame, mira: está guapo.

A ti no te parecía pero ahí fuiste. Subieron a su auto rumbo a la carretera al Desierto de los Leones. El tipo terminó amenazando con matarlos si no le daban lo que llevaran; decía ser agente judicial. No juntaban ni doscientos pesos. Los bajó en pleno bosque y vieron cómo desaparecía de su vista.

Aprendiste la lección y mejor empezaste a buscar el «amor» en otros espacios. Obviamente no encontraste nada parecido al afecto porque todo consistía en divertirse un rato sin más compromiso que jugar a los espadazos con el oponente.

Pero descubriste que había homosexuales que luchaban por sus derechos y preferencia, y tu vida cambió.

Carlos escuchaba impávido tu vida de adolescente en tres patadas. Ni un comentario. Apenas balbuceó:

—Hay mucho por hacer.

Debe ser, pensaste sin contradecirlo. Te invitó a irte y entonces le dijiste:

—Carlos, ¿crees que podríamos ser amigos?

—Claro que sí. Aunque amigos, no sé... Seguro nos vamos a encontrar en el camino. Llámame cuando quieras.

Era su forma de despedirte. Siempre contestó tus llamadas. Siempre se rio de tus lecturas y te recomendó otras:

—No pierdas el tiempo en ese libro. Ni está bien escrito ni te enseña nada.

Y eso que no quería ser maestro...

Amores sin permiso familiar

El germen del movimiento homosexual empezó en los años sesenta, una época oscura como el priismo de esos años, con Gustavo Díaz Ordaz de presidente y un movimiento estudiantil masacrado en 1968. El miedo reinaba en la gente. Reunirse para conspirar por derechos era peligroso: ni siquiera la izquierda del viejo comunismo pensaba en los de los homosexuales, en México o en el resto del mundo occidental. Los prejuicios eran la norma alrededor del sexo. Pero algo despertaba...

Juan Jacobo Hernández era entonces un estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Solían reunirse alrededor del amplio pasillo junto a las escalinatas, conocido como «El Aeropuerto», para tomar café, un pan, mirar gente; observar. El mundo era esa nuez donde los ojos podían encontrarse: ver y que te vean. Estudiar era también ligar con el deseo escondido. Juan Jacobo había entrado a la facultad con la inquietud de los idiomas. Se le daban, su profesor de prepa decía que aprender lenguas era su fuerte. Y él quería viajar.

Al «Aeropuerto» iban alumnos de otras facultades a ver a las chicas y chicos deambular; era la facultad con glamur. Los sesenta eran también el tiempo de los *hippies*, los *freaks*, los *beatniks*, donde los existencialistas deslumbraban por sus ideas pesarosas. Estudiar Filosofía

tenía el costo de salvarse o empeorar con Marx, Nietzsche, Schopenhauer, Camus o Sartre. Discutirlos, un enredo interminable. Iban de Ingeniería, Derecho o Arquitectura para conocer gente rara que creía que pensar era constructivo.

Juan Jacobo era raro incluso entre esa fauna. Con dieciocho años ya ejercía su inclinación por los hombres; ahí conoció a Sergio, de ojos verdes, guapo. Se enamoró de su primer gran amante, su primer gran amor, amigo de uno ya *famosón* por entonces: Carlos Monsiváis. Las amistades particulares a veces dan muchas amistades públicas. Era común toparte con la actriz Rita Macedo o la futura poeta Reyna Barrera, las hermanas Galindo —Carmen y Magdalena— o la filósofa Juliana González; Cristina Romo antes de ser Cristina Pacheco, o Nancy Cárdenas, destinada al mundo del teatro. Los morrales y los huaraches eran la mexicanidad, la moda del universitario pobre. Muchos vestidos de negro, con pelos a la Juliette Gréco. Gente excepcional a los ojos de Juan Jacobo; teatreros, filósofos y escritores daban al barrio universitario la importancia de la nada.

Carlos Monsiváis no era como todos. O mejor dicho: todos somos únicos, pero él aún más si abría la boca. No era atractivo físicamente pero tenía un aura impresionante de simpatía, de brillantez, de inteligencia. Hablaba con sarcasmo e ironía y eso impactaba a cualquiera. Juan Jacobo no dudó en pretender ser su amigo. Lo procuró, lo vio como un mentor porque era mayor —veintidós añitos— y le daría experiencia a un bisoño como él. Aunque Carlos quería con Sergio —y con muchos otros—, no lo logró. Juan Jacobo acompañaba a Carlos a las grabaciones de *El*

cine y la crítica a Radio Universidad. Atracción física, ninguna; mental, mucha.

Un día Juan Jacobo decidió lanzarse: se le antojó acostarse con Carlos. Nadie lo obligó a nada salvo la inteligencia de *Monsi*, su atracción intelectual. Todo se desató tan rápido como las pasiones y las ganas de coger. En una de esas llegaron a la accesoria de un taller de reparación de calzado, en Villa de Cortés: el padre de Juan Jacobo era zapatero, y decidió poner el negocio para que sus hijos aprendieran a trabajar, a ganar su propio sustento y el valor de asumir la responsabilidad de sus propias vidas. Dejaba a su hijo la libertad de usar un pequeño departamento del espacio comercial, y ahí llegó una tarde con el intelectual, que para entonces ya era reconocido en el mundo universitario.

A días de conocerse ya estaban en la cama. Contra todo pronóstico, fue el joven quien sedujo al intelectual... o eso creía Juan Jacobo. Fue tan sincero el acto y el deseo que la relación amorosa duró alrededor de tres años. Carlos se dio cuenta de lo genuino e ingenuo del joven al entregarse de esa manera.

Tú cuentas esto no por el morbo de las relaciones personales sino por el profundo sentido que tiene que el público sepa de qué manera se influyeron uno al otro, porque tanto Carlos como Juan Jacobo trabajarían los siguientes años en el movimiento homosexual, sus primeros pasos. De cuando

lo personal es político, pues... El joven Juan Jacobo considera esos años de formación, aprendizaje y conocimiento.

Carlos se hizo asiduo visitante a la casa de Juan Jacobo, donde vivían su mamá y sus hermanos, y Juan Jacobo también iba a casa de Monsiváis. Eso sí, con la renuencia de las madres... Juan Jacobo disfrutaba la generosidad de Carlos como guía, orientador; le regalaba libros. Tenía una cajita con el nombre «Carlos Monsiváis», con postales, dibujos y hasta cartas de amor y amistad, de regaños y enseñanzas; de agradecimiento por compartir la soledad. Aunque con el tiempo el joven se dio cuenta de lo manipulador que era Carlos: no le gustaba nada que el joven no hiciera lo que él quería o creía que debía hacer con su vida. Desde entonces no renunció nunca a ser el dominante en sus relaciones privadas.

—Y ese hombre, ¿por qué te busca, qué quiere? —preguntaba doña Teresa. La madre ya sabía que su hijo era homosexual, lo supo mucho antes de que cumpliera los dieciocho. Desde los diecisiete se independizó parcialmente, procuró la calle con la autorización de sus padres; por eso tenía el departamentito en la tienda de zapatos. Iba a comer con su familia y ahí llegaba Carlos. La madre prohibió a la sirvienta, Anatolia, dejarlo entrar. Cuando Carlos llegaba a su casa, la obediente Anatolia abría parcialmente la puerta, momento que Carlos aprovechaba para meter el pie e impedirle cerrar la puerta.

—No me vengas con ese hombre a la casa. Es mayor que tú, no me inventes que van a estudiar.

Carlos iba de todos modos...

A la madre de Carlos —doña Esther— igualmente no le gustaban las visitas que su hijo llevaba a la casa de San

Simón 62, en la colonia Portales. Le ponía cara a Juan Jacobo o al amante en turno, porque no era el único, Carlos nunca tuvo un corazón para amar a una sola persona; tampoco Juan Jacobo. Vivían el tiempo de libertad de principios de los sesenta, acompañados de los primeros movimientos de liberación de los cuerpos al estilo de Wilhelm Reich, o mejor, por el poeta de *Aullido*, Allen Ginsberg, que en 1956 escribió: «He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura». Ginsberg y Peter Orlovsky —su pareja por cuarenta años— se retrataban abrazados desnudos, de frente, exhibiendo sus vergas. Ejemplo de hacer el amor como se quiere, cuando se quiere, con quien se quiere...

Carlos fue impulsor moderno de esas ideas en México; no el único, pero el libro es sobre él y el movimiento homosexual. Fue cuando las mujeres hicieron su aparición masiva en el mundo laboral, lejos del marido, los niños y el hogar; la época en que se hablaba en las universidades de la discriminación racial, de género; la generación del rock, del pelo largo en los hombres y la minifalda entre las mujeres. La libertad sexual de los sesenta arrancaba para todos.

Los homosexuales y las lesbianas de entonces no querían ser la excepción. Lo personal era político y la libertad política estaba atada a la libertad sexual. Y una revolución —la de Cuba— daba grandes esperanzas a los jóvenes que buscaban otro tipo de vida, lejos del capitalismo. Carlos no estaba al margen de esa historia y Juan Jacobo quería saber más de esa posibilidad social; eso, y la identidad sexual, los unió.

Pero también contaba la religión. A Juan Jacobo le fascinaba que Carlos le cantara himnos protestantes. Si con

Sergio, su anterior novio, era anglicano, con Carlos exploró el lado protestante de la vida donde Dios es todo y la música *soul* su esencia. Mahalia Jackson, Odetta, Billie Holiday, Bessie Smith, los grandes cantantes de jazz y blues fueron un despertar musical, y para Juan Jacobo un gusto heredado. Una parte de la cultura estadounidense le resultaba entrañable: su madre era chicana, nacida en Nebraska, hija de campesinos emigrados a Estados Unidos huyendo de la Revolución mexicana. Su padre se crio allá desde los dos meses hasta los veintidós años, cuando llegaron a México. No fue gratuito que el gusto de Carlos se hiciera con el de Juan Jacobo, como al revés ocurrió con el teatro, la danza y la literatura. Las enseñanzas culturales fueron múltiples.

En casa de Juan Jacobo ya le sabían sus inclinaciones. El espíritu del tiempo no era salir del clóset, no, pero la familia secretamente sabía que no tenía novia, tenía «amigos». A Carlos no le tocó la suegra–bruja, o la madre autoritaria: a regañadientes, Teresa conocía y respetaba las decisiones de su hijo. Esther Monsiváis, a su modo, también. Lo que se sabe no se discute cuando es un hecho consumado.

Carlos se impregnó de esa moral religiosa, de buenas costumbres, de ser un hombre pacífico de izquierda. Desde los quince años dio síntomas de reivindicar la utopía. En los cincuenta ingresó al Partido Comunista y participó en marchas fundamentales por los derechos de los trabajadores: eso para Juan Jacobo, que admiraba la gesta soviética y los ideales comunistas, fue parte del enamoramiento.

Carlos se hizo amigo de los hermanos de Juan Jacobo. Discutían, o mejor, escuchaban los puntos de vista del

visitante asiduo. Lo admiraban por su programa de radio sobre cine, por lo que ya por entonces escribía en la revista *Siempre!* Imponía su intelectualismo. El espíritu rebelde de Juan Jacobo empezó a tomar distancia emotiva de Carlos, no de la persona y obra.

Juan Jacobo no encubría su homosexualidad en casa; Monsiváis sí. Juan Jacobo no tenía novias. Monsiváis lo dejaba en la duda familiar. Juan Jacobo no lo juzgaba. No era aquel tiempo para la apertura sobre la sexualidad, no todavía. A los tres años de andar como pareja, terminaron su relación amorosa para convertirse en amigos.

Amigos que compartían amigos. Carlos lo llevaba con las Galindo a su casa de San Antonio, en la colonia Del Valle, cerca del aquel restaurante de tortas, Los Guajolotes, de la avenida Insurgentes. Lo impresionaba Magdalena, hermosa, de buen vestir, a la moda, con pantalones pescadores, zapatillas doradas y un suéter de esos de ojal; tendida en un diván parecía una diva. Eran hijas del cineasta Alejandro Galindo.

Para Juan Jacobo, Carlos fue una inspiración en la lectura, la escritura y la traducción del inglés. Pero el amor —el sexo— se acabó. No era lo suyo terminar de amantes.

De niño, sin saber quiénes eran, Juan Jacobo conoció a Carlos y José Antonio Alcaraz. Era muy adolescente. Los padres de Juan Jacobo acostumbraban llevar a los hijos a pasear a Chapultepec, donde muchos años estuvo el invernadero de cristal tipo *art decó*. Ahí a un lado estaba la estación radial; invitaban al público a ver a «los niños catedráticos». Eran principios de los cincuenta. Entraron.

Juan Jacobo lo recuerda ahora por una plática en los sesenta con Carlos y José Antonio, muertos de la risa

por ser «las niñas catedráticas». Ya eran más amigos que amantes. Tenían otra perspectiva de vida.

Lo que sigue es político. Las diferencias. Juan Jacobo se enamora de un gringo, John Roberts. Se va con él en 1964 a recorrer la costa del Pacífico, hasta Los Ángeles y San Francisco:

—¡Me tocó ver el nacimiento del movimiento *hippie*!

A John le debe otra forma de mirar el mundo nuevo, moderno, trascendente, que surgía en Estados Unidos. John: un hombre que escribía, hacía cine, era anticuario, estaba vivo (sigue vivo). El movimiento *hippie*, un golpe de libertad. Hombres con flores en el pelo, cabellos largos, pantalones con flores, camisas de mujer, con collares y aretes. Juan Jacobo quedó anonadado. La Facultad de Filosofía y Letras se quedaba chiquita frente a aquella experiencia. El movimiento del rock estaba en su apogeo. Probó el ácido —LSD— en un concierto de Janis Joplin, sin saber que era ella la que cantaba con su guitarra.

El viaje fue una apertura de conciencia. Fue la primera vez que vio a dos hombres besarse en público —no en privado— en un parque de San Francisco, lo que a John le parecía provinciano. Un viaje en el que cruzaron aquel país hasta llegar a Nueva York. Nunca dejaron de verse aunque dejaron de ser amantes. El contacto con núcleos y conglomerados de homosexuales en Estados Unidos para él era inconcebible. La conciencia se expandía. No pudo

evitar la comparación con aquella primera vez que fue a la casa de Wilberto Cantón en 1962 y conoció a Luis G. Basurto, un hombre flaco estilo Drácula, o al escenógrafo David Antón —hoy pareja sentimental del escritor Fernando Vallejo— y al pelirrojo, torcidísimo, Salvador Novo. A Juan Jacobo lo deslumbraron este mundo y aquel.

Sin querer, John Roberts fue un sucedáneo de Carlos Monsiváis. Juan Jacobo regresó a visitarlo en diciembre de 1969, después de los sucesos de Stonewall. Aquello ardía. Fueron al SoHo —en aquellos años una especie de Merced con judíos, algo increíble—, a una vieja estación de bomberos que bajo presión y lucha para su gestión le fue concedida a los de la Gay Activists Alliance y al Gay Liberation Front. Un espacio convertido en centro comunitario gay, término que apenas emergía en la comunidad homosexual, porque ser gay era ser un activista del movimiento. Juan Jacobo ya no se quería regresar de Nueva York, pero pensó en México y en la necesidad urgente de hacer algo por él, por los otros, por nosotros...

Regreso al país de las ilusiones rotas con Luis Echeverría en el poder. Juan Jacobo empieza a noviar con Rafael Santos, que también quería colaborar en un movimiento homosexual. Tenían amistad con Alejandro Neyra y Jorge Mondragón, gente que estaba en el qué hacer.

Con Carlos la relación empezó a hacerse difícil a su regreso, en los setenta, sobre la forma de activar un

movimiento homosexual en México. No que no quisiera hacer cosas por los homosexuales, no. Las formas eran distintas: Carlos creía en la cofradía; Juan Jacobo, en la calle como ventana de denuncia pública sobre los derechos civiles igualitarios, sin la distinción prejuiciosa del sexo.

La cocina del movimiento se preparaba...

Un día de 1971 llegó Arturo Viveros con la nueva de que ya existía en México una versión del Gay Liberation Front a cargo de Nancy Cárdenas, impulsada por Carlos. El nacimiento del grupo se dio, según relataba la propia Nancy, porque a un amigo suyo, Fernando Vigoritto, lo «habían corrido de la tienda Sears de Insurgentes, por joto»; lo contaba y se inflamaba de coraje. Reunieron cartas de protesta a Sears, mismas que Carlos redactó.

Tú sabes esto de las cartas porque Nancy te lo contó, no sólo a ti sino a muchos del movimiento de entonces y el actual. Carlos Monsiváis creía en la denuncia por medio de desplegados, de las firmas de intelectuales, con declaraciones a través de los medios de comunicación. No concebía otra forma de lucha activa en el movimiento: no sólo gay sino estudiantil, sindical, indígena, de derechos humanos, de derechos civiles, en todo aquello en que se involucró el autor de *Días de guardar*. Para nadie es noticia que Carlos firmaba desplegados como comer molletes en un Sanborns.

La historia de Fernando Vigoritto y Sears, su despido injustificado, marcó el nacimiento del movimiento gay en México. Que en realidad fue el pretexto ideal porque Nancy ya traía el gusanito, junto con *Monsi* y su gran amigo Luis Prieto, de hacer reuniones de homosexuales y lesbianas para fines de conocimiento y aprendizaje.

Estaban enterados de lo que pasaba en el mundo. Carlos conocía a los grupos estadounidenses que trabajaban por el movimiento: la Mattachine Society (la Sociedad de los Matachines), formada en 1950 por hombres gays; las Hijas de Bilitis, exclusivo de lesbianas, de 1952; y ONE, una escisión de Mattachine Society que incluía a gays y lesbianas, igual de 1952. Eso podía replicarse en México, y lo hicieron.

El punto de quiebre lo brinda Carlos cuando manda un paquete de carteles y folletos desde Londres, donde se desempeñaba en 1971 como lector de literatura mexicana e hispanoamericana. Nada fue fortuito. Todos querían participar en un movimiento de renovación contra la conciencia machista.

Se juntó la información con la consigna de hacer cosas. Estaba el movimiento antipsiquiátrico en Cuernavaca, que cuestionaba la idea de los manicomios, la noción de enfermedad mental, y por primera vez planteaba que había que encontrar una respuesta más congruente contra quienes consideraban al homosexual un paciente con trastornos sexuales y mentales. Obvio, pocos creían en esas teorías. Fue la documentación que Carlos envió la que abrió los caminos del movimiento en México, folletos donde podíamos leer: «Ser homosexual no es una enfermedad»; donde se articulaban formas de lucha social de los gays junto a las demandas populares.

Algo importante es que los folletos hablaban del gay para referirse a mujeres y hombres, sin particularizar si eran lesbianas u homosexuales. Era una lucha sin exclusión. Era ese espíritu militante de izquierda del movimiento en Londres —y en Nueva York con Stonewall— lo que

inspiró en México. Frases como «Ve por tus derechos, no te avergüences» son inolvidables.

Awareness fue la palabra mágica con que empezó la toma de conciencia de los gays. Nancy quedó impresionada por una frase en inglés: *«I am lesbian. I am beautiful»* («Soy lesbiana. Soy hermosa»). Fue pionera del movimiento junto con sus amigas Tina, Emma e Irene. Fueron las lesbianas las que arrancaron el movimiento y Carlos quien las empujó, desde Londres primero y a su regreso a México.

Pero Carlos no era dado a la convivencia en grupo. Su sarcasmo no lo toleraba cualquiera. A todos les ponía apodos; se burlaba de José María Covarrubias, por ejemplo, porque tartamudeaba.

Tú no fuiste testigo de ello pero lo corroboraste años más adelante, cuando te incorporaste en 1972. Fuiste a esas reuniones por casualidad pero nunca viste a *Monsi*, que era a quien buscabas por curiosidad. Aquellas reuniones en casa de Nancy, en Mixcoac, duraron un año más aunque se alternaban en las casas de Emma Almada y la otra Emma —*La Espina*, le decían por flaca y por su agudeza mental—, que trabajaba en Radio UNAM. También iban a casa de Jorge Estévez, productor de teatro. Se leían libros de temática gay. Se discutían las palabras con que se nos nombraba, incluidas esas con que nos despreciaban. A Tina le irritaba que le dijeran lesbiana: «Homosexual,

soy homosexual. *Homos* es "igual": eso somos, iguales». Un libro básico era *El homosexual y su liberación*, de George Weinberg; al menos para ti, un clásico de tus tiempos. Su lectura, un proceso de liberación interna.

Las críticas de *Monsi* a tanta gente ridícula e ignorante —porque lo eran, nadie lo negaba y por eso daban risa los chistes de Carlos— hizo que algunos se alejaran del grupo. Su desdén a la estupidez fomentó odios en torno a su persona en los que fueron los primeros años del movimiento. Fundador desdeñado por sus desdenes: paradoja. Claro, eso no quiere decir que siempre tuviera la razón. No.

Juan Jacobo recuerda las enormes discusiones en un grupo que no era grupo; tenían pretensiones de grupo pero nunca lograron consolidar ideas con prácticas de lucha de cara a la vida política, a la vida pública. Nancy, Luis y Carlos compartían el contexto de represión que se vivía en esos años. Que algunos los contradijeran era perder, porque ellos tenían el espacio y mucho el concepto de propósitos y posibilidades de crecimiento, aunque la situación pareciera un callejón sin salida.

Quizá era comprensible el terror de los tres: habían vivido el 68.

Juan Jacobo preguntaba en el grupo que si en Estados Unidos se pudo, por qué no en México. Enfrentar. Diseminar. Educar.

—No es el momento.

—Aún no.

—Hay que esperar...

Esas eran las respuestas. Y eran unánimes por parte de los tres. Salir a la calle era un pensamiento inexistente.

Luis tenía algo de paranoia; por eso, entre 71 y 73 cambiaban de casas siempre, por la misma idea de la persecución por parte del gobierno. El post 68 y post 71 no eran cualquier cosa. Juan Jacobo no niega que tuvieran razón: las redadas estaban a la vuelta de la esquina...

Pero otros, como Juan Jacobo, querían dar la cara. No soportaban los regaños de Luis Prieto, peor que *Monsi*.

Nancy tenía un interés genuino, romántico, idealista, en que homosexuales y lesbianas pudieran trabajar juntos, pero la *awareness* se encargaba de acrecentar las diferencias entre uno y otro sexo en vez de solucionarlas. No era el método, éramos nosotros. Las lesbianas se burlaban de los homosexuales y viceversa; no había forma ante el sarcasmo de unos contra otros. Nancy insistía en sesiones de convivencia...

Fue en Xochicalco, en una excursión —al regreso de una visita a Anenecuilco, Morelos, el pueblo donde nació Emiliano Zapata—, donde explotó y terminó la esperanza de trabajar juntos lesbianas y homosexuales en el movimiento. Carlos bromeaba con ese viaje:

—Ya se van a la peregrinación...

Desde que iban en el autobús, Tina Galindo y algunas otras lesbianas hostigaban a los homosexuales con el «ay, sí, tú» por amanerados, sí, por jotitos, contra ellas, tan machas, tan atrabancadas, tan más hombres que los hombres, como marcaba la época. (Tú quisieras que decir

esto no fuera mal interpretado: aquel tiempo era hostil y efectivamente exigía actitudes defensivas. Las lesbianas se comportaban por lo común como generalas, igual que muchos hombres homosexuales: aunque los había amanerados, esos que justamente daban la cara, a la defensiva se volvían más machos que los machos. Suele pasar aún hoy.)

La Pepa, José María Covarrubias, fue el punto de quiebre. Nunca se dejó. Era un ave de tempestades: puntillosa, jodona, drogadicta. Intentaron ensañarse con él porque era tartamudo:

—Ya cállate, *Tartas.*

—A ver, *Tartas*, habla rápido...

Así todo el camino. José María Covarrubias no era un santo pero aguantó hasta llegar a Xochicalco, al descenso al sitio por donde entraba el sacrosanto rayo de sol que señalaba el momento del equinoccio de primavera, cuando todavía te dejaban subir la pirámide...

Fue de repente. Un zafarrancho por allá, gritos. Y la noticia en boca de Nancy Cárdenas:

—Le di una lección a José María por majadero.

La «lección» fue una cachetada porque José María, después de aguantar a cada rato el apodo de *Tartas* —que le puso Carlos Monsiváis—, por toda respuesta dijo:

—¡Pinche lesbiana!

La «pinche lesbiana» era Tina Galindo, que junto con Isabel Minjares agredía verbalmente a José María con el «cállate, pinche *Pepa*». José María estaba en las lágrimas: no por la cachetada sino por el coraje de no defenderse con la misma agresión, a bofetada limpia. Nancy estaba a un lado de Tina cuando escuchó el «pinche lesbiana» y reaccionó de inmediato con aquel cachete que

cambió el rumbo cómplice de lesbianas y homosexuales en el movimiento.

Se soltó el griterío. Confusión. Hombres homosexuales y mujeres lesbianas en uno y otro bando sin más, cada quien con su sexo cómplice. Punto. El ambiente se agrió, se apestó, se tornó feo, feísimo. Regresaron todos pero ahí se rompió la taza de la concordia.

Todos le contaron a *Monsi* el chisme, a su manera.

—Ay, Nancy Cárdenas.

—Ay, Parras Atenea.

—Ay, Nazi Cadenas.

Eso dicen que dijo según tres versiones; tú sabes que le decía «Parras Atenea». Nancy ya no puede defenderse. Porque lo cierto es que todos conocían que José María poseía el don de la exacerbación... Aunque también todos sabían que José María era un violento verbal, pero nunca físicamente.

Monsiváis habló con Juan Jacobo. Le pidió platicar con Nancy, reconciliar los sucesos y regresar al grupo de homosexuales y lesbianas.

—Ya vienes a recitar lo que te dijo Carlos... No se puede esperar menos...

Tanto Nancy como Luis les pusieron una cagada a Juan Jacobo y a todos los homosexuales. Ella no quiso reconocer que una cachetada era violencia física; no se bajó de su empecinamiento.

—No creo que lo que pasó en Xochicalco sea lo mejor para todos. La violencia no es la forma de dirimir diferencias —dijo Juan Jacobo.

Nancy espetó:

—¿Saben qué? Esta es la última sesión en que estoy con ustedes. Quédense con su frente. Ahí nos vemos...

Así se rompió la última sesión de lesbianas y homosexuales en la casa de *La Espina*. Era el año de 1973, aunque otros juran que era 1972: nadie sabe la fecha exacta.

Hubo muchos reclamos en el camino; inventos, chismes, rumores y maledicencia. Versiones iban y venían. Pero el hecho estaba allí: lesbianas y homosexuales se separaban en su lucha por un movimiento para defender sus derechos humanos.

Juan Jacobo salió con un grupo de amigos, consternado. Tristeza y hasta depresión pasando los días. Se acabó el movimiento...

Luis Prieto se sumó a Nancy:

—Yo también me retiro: quédense a ver cómo le hacen. Ahí que les ayude Carlos Monsiváis.

Obviamente no se quedaron con los brazos cruzados. Lo sintieron por Nancy, sí, pero tenían que seguir. Y junto con Rafael Santos, Juan Jacobo abrió su casa de Mártires de la Conquista, en Tacubaya. Era la nueva etapa del Frente de Liberación Homosexual, sin la participación de las lesbianas.

Carlos no dejó de estar presente tanto con las lesbianas como con los homosexuales hasta 1978, cuando rompe con Juan Jacobo, quien decide salir a la vida pública.

Lo dice el propio militante gay:

—Nunca hubo una reconciliación personal con él, cara a cara, pero con el tiempo reconocí sus circunstancias, su miedo, su autohomofobia, su terror a ser bocabajeado en su trabajo intelectual. Era un renacentista: lo abarcaba todo. Me lo dijo muchas veces: «Si yo salgo me van a etiquetar como un autor gay y no quiero eso, porque me van a limitar en todo lo que hago públicamente. No puedo y no lo voy a hacer...». Entendí ese miedo, esa oblicuidad, esa forma subterránea, y pensé: *Yo tampoco tengo que ser tan severo en mi juicio hacia Carlos porque todos pasamos por eso.*

Mucha gente le pidió salir del clóset. Se lo argumentaban como una «obligación ética», así como salieron los intelectuales en Londres, Nueva York o San Francisco, París o Madrid; era un requisito público como generador del movimiento. No lo hizo. A muchos les prohibió hablar del tema: «No, no y no».

Tú piensas que él escribía sin inhibiciones de lo gay. Pero los gays, como muchos mexicanos heterosexuales, no leen. Sus batallas sobre lo gay entre 1997 y 2007 eran escriturales, o mejor desde 1977, cuando publica *Amor perdido*, donde un capítulo llamado «Los que tenemos

unas manos que no nos pertenecen» es sobre el poeta Salvador Novo. Escribe en la página 276:

> Aparece el homosexual en el registro de la vida intelectual y social de un país: poetas como Novo, Villaurrutia, Porfirio Barba Jacob y pintores como Manuel Rodríguez Lozano, Roberto Montenegro, Chucho Reyes Ferreira, Abraham Ángel, Agustín Lazo, alternan con actores, cantantes, productores de cine, residuos porfiristas, compositores de música popular, banqueros, políticos. En la pintura, un tono intimista pretende distinguirse, sin belicosidades, del pregón épico reinante. Lazo extrema la morosidad de gatos o naturalezas muertas, Alfonso Michel amplía proposiciones hogareñas, Montenegro va de las estilizaciones a lo Beardsley al retrato de sociedad, Rodríguez Lozano afantasma figuras dolientes. En poesía, Villaurrutia señala lo angélico de los marinos, Owen se refugia en la estación más honda del *subway* e incluso Carlos Pellicer llega a afirmar en *Recinto*:
>
> *Sé del silencio ante la gente oscura*
> *de callar este amor que es de otro modo.*
>
> La persecución los ubica impiadosamente. Orozco los caricaturiza y bautiza al conjunto: «Los anales». Antonio Ruiz el Corzo pinta a Novo y Villaurrutia encabezando, feminoides, la manifestación contra el pueblo. Rivera los menosprecia en los muros de Educación Pública. La persecución arrecia: en 1932 se reinstala en la Cámara de Diputados el porfiriano Comité de Salud Pública para depurar el gobierno de contrarrevolucionarios. El 31 de

octubre de 1934, un grupo de intelectuales (José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael Muñoz, Mariano Silva y Aceves, Renato Leduc, Juan O'Gorman, Xavier Icaza, Jesús Silva Herzog, Héctor Pérez Martínez y Julio Jiménez Rueda) le solicitan a este Comité que, puesto que se intenta purificar la administración pública,

> se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega hasta el extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud [...] Si se combate la presencia del fanático, del reaccionario en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del hermafrodita, incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social.
>
> En la campaña contra los Contemporáneos, el nombre más citado es el de Novo (al que se ridiculiza como «Nalgador Sobo»). Chismes, acusaciones de travesti, rumores sobre su afición a los choferes. La atroz reputación de Novo se incrementa día a día y no tan paradójicamente, tal demonización es el grave y firme principio de su reconocimiento.

Entre la década de los treinta y la de los setenta, el panorama era muy similar. Monsiváis no quería ser «Lo marginal en el centro», como subtituló a su libro sobre el poeta, publicado por primera vez en 2000.

La pregunta es: ¿tenía razón?

Para Juan Jacobo, no:

—Todo mundo lo sabía y todo mundo lo respetaba. Es más: todo el mundo gay lo sabía y más de uno se acercaba para tener relación con él. Los chicos se le ofrecían. Que él también lo fuera, no lo explicitaba. Sí, hizo un rescate fabuloso de cuestiones respecto a la homosexualidad; qué pena que no hubiera gozado de esta libertad que gozamos los que decimos «Soy...».

Juan Jacobo abrió su casa de Mártires de la Conquista, en Tacubaya, con todo y el terror. No era por especulación: de Díaz Ordaz a Echeverría, a López Portillo, con «ayuda» de medios amarillistas como *Alarma!, El Gráfico* y *La Prensa,* tríada nefasta, los homosexuales eran «lilos», «mujercitos», «jotitos», «el tercer sexo», etcétera. En televisión lo mismo: eran la pimienta de los cómicos para hacer reír al machismo y la ralea sin conciencia sobre lo otro, nosotros.

Nunca hubo pleito por la separación. La amistad siguió. Carlos se nutría del chisme de unos y otros, no era una novedad desde entonces. Quién es el nuevo, cómo está, qué dijo *La Jícama*, de qué hablaron, inviten a Fulanito, etcétera. Nada le era irrelevante. Un manipulador genial: eso era.

El movimiento, con o sin Monsiváis, tenía que seguir.

Como ramas de árbol que desgaja el hacha

SexPol ya lleva varios muertos, así que apúrate a contar la historia de ese grupo que parece más leyenda que realidad. Sí, porque nadie se acuerda: tú por terco, por el afán de contar que alguna vez un grupo de homosexuales decidió agruparse en torno no a una mesa de cantina sino de un especialista en almas inquietas por saber algo de sí mismas. Es importante contarlo porque de ahí surgieron activistas que hicieron, entre otros, el movimiento homosexual en México.

Antonio Cué tuvo la responsabilidad completa. Terapeuta, discípulo de Rafael Estrada Villa, quien fundó el Instituto Wilhelm Reich en 1972 y murió en 1995, Cué trabajaba con la «coraza muscular», zonas de tensión crónica en los cuerpos, pero también con las teorías de Alexander Lowen y la bioenergética. Fue él quien acudió en 1972 a la calle de Mártires de la Conquista para trabajar con Juan Jacobo Hernández en la *awareness* o toma de conciencia, trabajo al que los homosexuales le tenían poca fe y no daba resultado inmediato. Juan Jacobo y Rafael Santos crearon su grupo después de la separación del Frente de Liberación Homosexual que fundara en 1971 Nancy Cárdenas, pero el trabajo de la *awareness* no tuvo éxito.

Sin dejar de verlos —entre SexPol y el Frente de Liberación hubo siempre relación política y personal—,

Antonio Cué decidió entonces crear su propio grupo. Corría el año de 1975...

Awareness, ¿qué demonios es eso?

Nadie sabe con exactitud cómo llega esa psicoterapia al grupo que comandaban Juan Jacobo y Rafael Santos. Antonio Cué —psicólogo en formación y preocupado por los temas de la sexualidad en general y la homosexualidad en particular— la lleva a la práctica: se trataba de estudiar la conducta, por qué somos como somos; una toma de conciencia de nuestro comportamiento humano, pero sobre todo sexual. ¿Qué nos limita y cómo podemos anular esas limitaciones? Sin conciencia no hay cambio; sin desbloqueo tampoco, dice Cué.

Dice Antonio Cué que sin esos inicios sobre el estudio del sexo hoy nadie discutiría la sexualidad y reconoce que no funcionó, aunque pudo haberlo hecho.

La dirigencia no tenía mayores luces en cuanto a los temas de sexualidad: la gente iba más con fines de curiosidad para conocerse unos a otros, ligar, que con intenciones de aprender y cambiar su conducta. No hubo la suficiente presión —que sí se exige en las terapias— para inducir a una comprensión del comportamiento humano. Ser consciente de tu conducta exige un rigor en el conocimiento que tengas de ti mismo, sin eso nada puede hacerse; no se trataba de cambiar el carácter ni nada sino de descubrir la conducta para saber lo que mejor te conviene.

Tú recuerdas aquello como una neblina porque ibas más con intenciones de ligar de otra manera, en busca de amistades, que a una terapia de grupo. Todos iban por curiosidad mórbida, la neta. Observabas los esfuerzos de Cué por manejar la situación hacia la *awareness*, con escasos resultados: no entendías la intención o no querías saber de tu propia sexualidad, tan cuestionada por la sociedad durante siglos. Duró poco todo aquello, el terapeuta prefirió trabajar por su cuenta.

Juan Jacobo Hernández siguió su camino en la militancia gay, dejando en paz la *awareness*... y a Rafael Santos.

Antonio Cué persiste. Decide crear un grupo exclusivo de homosexuales y lesbianas para trabajar en la terapia basada en la bioenergética: ejercicios con el cuerpo, lo más desnudo que se pueda para permitir el flujo de la energía, con ropa cómoda. Posturas incómodas para que el cuerpo reaccione; poner en duda la razón y dejar que las emociones fluyan, determinadas por el trabajo físico. «Romper la coraza interior.» Los primeros integrantes del grupo son Fernando Esquivel, Carlos Toymil e Ignacio Álvarez, pareja de Cué por unos meses; Ignacio se fue a Europa, regresó y fueron amigos hasta el fin. No suman ni setenta añitos entre los tres iniciados...

Dos horas de posturas físicas determinadas por el terapeuta en estricto apego a las indicaciones del libro *Bioenergética*, de Alexander Lowen, que escribe: «Cuando lo

que ocurre en el mundo exterior afecta al cuerpo, el individuo lo experimenta, pero la experiencia que en realidad le llega es su efecto en el cuerpo». El «efecto» es en lo que uno tiene que trabajar: coraje, tristeza, miedo, inhibición sexual... las represiones.

Cué pretendía que los homosexuales descubrieran todo aquello que los reprime a fin de hacerse fuertes de espíritu y sobresalir, no estancarse, no tener vergüenza de una condición sexual. Se suman al grupo Fausto Popoca, Armando Osorio, Desiderio Daxuni y Diego Bricio. El terapeuta insiste que el trabajo consiste en «crear gente apta para dirigir un movimiento»: trabajar primero en nosotros y después, acaso, en los demás, los que buscan respuestas en la calle y obtienen la represión como palazo. Hoy nadie lo recuerda pero aquellos años fueron vergonzantes para un gobierno que se decía democrático; la intimidación a la comunidad homosexual era anticonstitucional pero la permitía una sociedad a la que no le importaban las generalizaciones, donde los partidos políticos luchaban por derechos humanos, sí, pero los permitidos por su conciencia y prejuicios. «Uno de los conceptos emanados de Reich respecto de la coraza es que el individuo tiene límites, es decir, hasta dónde se permite actuar y dejar actuar. Los de la mayoría son muy próximos y predecibles; de este modo, la tolerancia debe ser impuesta desde fuera, con leyes, no se da espontáneamente. El abatimiento de la coraza, aun trabajando poco tiempo, amplía estos límites», explica Cué. Si todos hiciéramos terapia, si nos conociéramos a fondo, el país sería otro. El aforismo griego sigue vigente...

Un día te encuentras a Carlos Monsiváis en los Baños Mina, de la calle del mismo nombre, en el centro de la ciudad; baños públicos donde los homosexuales persisten en obtener un espacio a cambio de mordidas, «permiso» para entrar vía la propina forzada. Si no pasabas por ese requisito, a la salida te podía esperar una patrulla dispuesta a sacarte dinero a la fuerza, o ibas a parar a la delegación. Los baños y los hoteles de quinta eran/son el recurso para gente no dedicada a la prostitución, pero a la que se trata como a las putas de la Merced; nada que nadie no sepa.

No describas el lugar. Que el lector piense en un baño público: vapor, regaderas, cuerpos desnudos, deseosos; erecciones... orgías. El cuerpo, ese verdugo que llevamos dentro... Arturo Ramírez Juárez, pintor y escritor, realizó unos dibujos idénticos a lo que vio en aquellos años: las vergas flotaban en el aire. Aún no se publicaba *La biblioteca de la piscina*, el libro de Alan Hollinghurst, pero cuando lo leíste recordaste todo aquello. O aquel otro de David Leavitt, *El lenguaje perdido de las grúas*, la masacre interior de un homosexual que vive con culpas porque el mundo no lo entiende. Cuando el baño, o ese cuarto oscuro, la sala de cine, eran recursos para vaciar las pasiones de un cuerpo ardiente.

Carlos observa desde un lugar privilegiado. Te ve y sonríe con esa mirada que escruta. Dice:

—¿No viene SexPol a sus prácticas de campo?

Te carcajeas. Risa abierta la tuya: decía Carlos que tu carcajada es estentórea y que al parecer no tiene

competidor. Ni al caso decirle nada de su sorna porque sabes que detesta las palabras *terapia* o *psicología del cuerpo humano*; eso te pasa por platicarle de SexPol. No le gustaban los libros de Wilhelm Reich, le parecía un delirio amalgamar psicoanálisis y marxismo. El médico, psiquiatra y psicoanalista húngaro de origen judío tiene un libro que te maravilló: *Escucha, pequeño hombrecito.* Para Carlos era superior el trabajo de Hirschfeld con el Instituto de la Sexualidad; la frase de Reich, «La salud mental de una persona se puede medir por su potencial orgásmico», era incomprobable, «y también falsa: Reich no conocía las técnicas orientales», añade Cué.

—¿Crees que una gente que va al baño por sexo sabe de potenciales orgásmicos? ¡Por favor! —cuestionaba Monsiváis.

Enmudeces. Nota tu seriedad.

—Es broma... ¿Cómo van las *charloterapias*? —dijo lacónico.

Te costaba trabajo responderle en el mismo tono; menos en los Baños Mina ante miradas insinuantes, con cuerpazos. El deseo al calor del vapor. Eras joven y despertabas...

Le insistías en que el trabajo consistía en conocer nuestro cuerpo y aprender a oírlo. La incredulidad era su actitud corporal; no tenía caso explicarle nada. Además, ya no estaba contigo: los ojos de Carlos se posaban sobre una tez morena...

—También el cuerpo es el otro. ¿Me hablas luego, no?

Carlos desaparecía entre vapores.

Cué: «No hay nada que nos obligue a ser homosexuales. La sexualidad es algo complicadísimo y maravilloso que, si lo pudiéramos comprender en toda su dimensión, sería otra cosa el futuro de esta civilización. Apenas somos un bebé que se caga en los pañales. Deberíamos observarnos, detenernos en el cuerpo humano sólo por eso, el sexo, aprender a usarlo con libertad y que fuese lúdico, amoroso, generoso, vinculante; como antesala del sexo sagrado (que no es ni el celibato ni la castidad) y como el revés de la condición de perverso o pecaminoso. Sin riesgos contra nadie, incluido uno mismo».

El misterio de la homosexualidad es lo que lleva a Cué a organizar un grupo. Como aquella frase de los chinos: «La sexualidad es para el éxtasis, para el conocimiento de la persona». Crecer, estar bien, tener ganas y ejercerlas, con equilibrio de la energía, aquello del *yin* y el *yang*... La salud mental y física como un sistema de control interno, aunque resulta difícil mantener ese control. Nadie que razona acepta que el sexo es una intuición donde el deseo despierta, y que el cuerpo debe aprender a controlar, sin censurar...

Tú observas el trabajo de los compañeros en bioenergética y te das cuenta de las carencias de cada uno de nosotros. En los ejercicios hay estallidos de llanto, rabia, tanta, que el terapeuta detiene la sesión: alguien se desfoga sobre unas almohadas que quedan destrozadas por la furia de las manos. O de repente, la tristeza infinita o la euforia como escape de la realidad. Cuando terminan las

posturas terapéuticas, todos sudados por el trabajo físico, llega la pausa, la hora de la conversación; pocos quieren hablar pero a pesar de ello acontece la calma, salen todos justamente «terapiados», cada quien con su pedo en la cabeza. Analizar en lo personal, y quizá algún día esa experiencia íntima se convierta en un suceso público...

Cué no conocía por entonces el movimiento antipsiquiátrico ni el nuevo psicoanálisis. Sabía exclusivamente de la «coraza interior», los libros de Lowen y Reich: de esa coraza producto de una serie de tensiones corporales crónicas que desaparecen en base a ejercicios incómodos, dolorosos, poco naturales pero con resultados. Reich sentó la teoría y Lowen dio el procedimiento para trabajar en bioenergética. Hoy Cué ha avanzado mucho más en sus propios estudios —la bioenergética, lo transpersonal y los instrumentos que las religiones y la tradición (cualquiera, de cualquier parte) aportan al desarrollo humano— y trabaja con grupos utilizando la herramienta de las «constelaciones familiares» de Hellinger.

—¿Por qué sólo gays?

—Porque mi proyecto era saber si había algo turbio, permitir la duda. Ahora sabemos que no hay nada malo en ser gay, pero en aquel momento le di espacio al prejuicio de manera deliberada. Si hay algo malo se tiene que ver en qué consiste, por qué está eso así, de otro modo tenemos que decidir que no hay nada pernicioso; hoy es fácil decirlo, pero en el 75 casi te tachaban de enfermo, si no de criminal. Entonces esa era la idea, tenían que ser gays, que yo supiera claramente que lo eran, que se comprometieran con un procedimiento de disolución de la coraza. No funcionó con la *awareness*, aunque no

era experto. La *awareness* es en realidad algo sencillo: esta palabra, que significa «concientización», se usa en inglés porque así tiene una misteriosa connotación de «revelación», es decir, no es sólo para el intelecto sino para todo el ser. El problema mayor con los gays, entonces y ahora, es que no empiezan diciendo: «Soy homosexual y actúo de esta manera» sino que hacen un juego sexista, asumiendo que mientras más cualidades viriles tenga su proceder, mejores son, más sanos están, más posibilidades tienen de evadir el estigma y la marginación y todo frente a ellos mismos; en contrasentido, los menos viriles utilizan formas de «sí, pero...» para de alguna manera evitar hablar de sí mismos y evadir el juego sexista que los condena, frente a ellos mismos, a un lugar ínfimo en la sociedad: no como en Alcohólicos Anónimos, donde tienes que decir, de inicio, que eres alcohólico, que tocaste fondo y no puedes con ello solo. Los resultados con bioenergética fueron más fehacientes: les dio a muchos gays otras herramientas ante el resto de ellos, los diferentes...

Como escribió Juan Gabriel: «Si somos diferentes de sentir, si somos diferentes de pensar, si somos diferentes de vivir, enamorados...».

Tú quisieras decir que fuiste fundador de SexPol pero sabes que no es cierto. Después de Mártires de la Conquista, las reuniones de Juan Jacobo, pasaste al limbo un rato, hasta que un día Fausto Popoca —una belleza, como si

el legendario Cuauhtémoc hubiera encarnado en él— te invitó al grupo. Era novio de Armando Osorio, también tu amigo, y atractivo. Un día se los presentaste a Carlos Monsiváis, que automáticamente deliró por Fausto. Luchó siempre por llevárselo a la cama: nunca lo logró. Carlos «odiaba» al Armando sólo por eso.

—La jipiteca esa del Centro Histórico, y su galán del calendario de Helguera —decía.

Querrías decir que fuiste fundador porque reconoces en ese grupo gran parte de tu identidad gay, personal y política. Porque también llegaste por Antonio Cué, que alguna vez te pretendió y terminaron como grandes amigos. Sin querer se convirtió en el maestro de muchos que poco sabían de sus cuerpos, de la terapia en tiempos de resquemor al terreno de la psicología. Porque además Carlos, el Carlos de siempre, no dejaba en paz a los que no comulgaban con él.

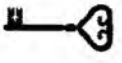
—¿Cómo van las acorazadas Potemkin?

Callabas. Realmente te costaba trabajo su culto humor. Mirabas sus libros y, efectivamente, en su biblioteca no existía casi nada sobre psicología, aunque por aquellos tiempos respetaba el trabajo de Marie Langer, antihitleriana, judía, comunista; nacida en Viena, llegó a Buenos Aires huyendo de Europa y finalmente se exilió en México, donde murió en 1987. Obvio que te hacía dudar con sus comentarios, él, a quien tanto admirabas por sus frases lapidarias sobre la política del país, un hombre de izquierda, intelectual necesario en gobiernos sin costumbre de respetar a los individuos civilizados.

Pero tú sí notabas tus cambios internos. Menos angustiado por ser como eras, lejos de la heterosexualidad;

más abierto en ideas y aventuras, con ganas de estabilizar tu vida en pareja. Eso sí: lo moralista no se te quitó ni con los zarpazos de la vida. Intentabas incorporar a la vida personal actividades de militante gay dondequiera que trabajaras, un medio de comunicación como *El Día*, *Unomásuno*, o al final en *La Jornada*. Que se enteren que no tienen que seguir los prejuicios de *Alerta!* o *Alarma!*, *La Prensa*, *El Sol de México*, esos impresos donde las vidas de los homosexuales son relatos de pasión con la muerte violenta como única salida, sin derechos civiles.

Apenas tenías un año trabajando con tu cuerpo en SexPol y sugeriste crear una serie de eventos culturales a fin de que homosexuales y lesbianas se reunieran para conversar e intercambiar ideas. Juan Wörner Baz —quien también trabajó arduamente en SexPol— fue el primero que te siguió el juego con la idea y ofreció su casa los domingos para practicar encuentros con nosotros mismos.



¿Te acuerdas, Juan? Eran un montón de gays en tu casa de la Segunda Cerrada de Cabrío 38, allá por donde pasaba el Ferrocarril a Cuernavaca, por San Ángel Inn, justo detrás de las instalaciones de Televisa. Toda moneda tiene dos caras. Meses de trabajo terapéutico para pasar a las actividades culturales, donde se leía, pintaba y platicaba, pero sobre todo se comía regio y se bebía vino de primera cuando ni siquiera estaba de moda. Llegaban como ramas de árbol que desgaja el hacha pero que la perseverancia

quiso unir nuevamente; querían hacer cosas juntos, provocar con su inteligencia, jugar a ganar. Ilusos. Cuando nadie creía en la capacidad de hacer grupo, comunidad, luchar... Cuando siempre habían enfrentado individualmente la adversidad ante su naturaleza sexual.

Se habían preparado psicológicamente para impedir el desdén de sus personas y estaban en eso cuando supieron que veintisiete homosexuales y lesbianas marcharon para conmemorar diez años del 2 de octubre, en 1978. Que les aplaudieron cuando el contingente entró a la Plaza de las Tres Culturas. Que conocían a varios de ellos, los que habían fundado SexPol con Antonio Cué: Fernando Esquivel, Juan Jacobo Hernández, Ignacio Álvarez, Arturo Ramírez Juárez y tú, escondido como un «banquetero», incapaz de cruzar la calle junto con todos tus amigos...

Fuiste la comidilla del día; no hubo otro tema. Ustedes, que se preparaban para salir alguna vez, habían perdido su oportunidad. Ustedes, que aprendían a pintar, leían para discutir y soñaban un movimiento libre de partidos e ideologías, perdieron la calle, en un tiempo donde la represión no era exclusividad de los gays, no: estaban los indígenas en primer lugar, las mujeres en segundo, los campesinos, los comunistas, los sindicalizados, los estudiantes. Reprimir para impedir crecer democráticamente.

Pero tú fuiste como testigo de SexPol a esa marcha aunque sea a nivel de la banqueta. Luego les contaste a los de tu grupo lo que viste: los aplausos al contingente gay en el momento en que entraba a la Plaza de las Tres Culturas. Diez años después de 1968 merecía que los gays dieran la cara, insistían Juan Jacobo y Fernando eufóricos con las pancartas del Frente Homosexual de

Acción Revolucionaria (FHAR), felices de sus acciones junto a los amigos, todos ellos conocidos por sus reivindicaciones de derechos iguales a lesbianas y homosexuales luego de ese 2 de octubre que no se olvida.

¿A quién le importa ahora todo aquello, querido Juan? Naciste el 14 de octubre de 1928 en una familia de pintores, escultores y poetas (tu madre, María de la Soledad Baz; tus tíos, Emilio Baz Viaud y Ben Hur Baz, y tu queridísima hermana, Marysole Wörner Baz —otra destacada integrante de SexPol—, expusieron juntos en el Museo de Arte Moderno bajo el título «Herencia y creación»). La memoria es ingrata. No alcanzamos a ver el presente del hoy pasado ni la importancia de personas con ética que buscan transformar un inhóspito universo donde al ser humano la sociedad le cobra caro el derecho a escoger su preferencia sexual.

¿Recuerdas esos mediodías de sol, aprendiendo contigo a dibujar con sanguinas, papel Fabriano y la risa de nuestros intentos? Tú, arquitecto de tu destino, enseñando a unos ignorantes historia del arte para ver si por medio de la sensibilidad a la cultura abríamos nuestro pensamiento y así cambiar la adversidad por democracia para todos. Fue ahí, en tu casa, donde inventamos la —sin querer— semana cultural gay, antecedente de lo que serían los eventos anuales del Museo Universitario del Chopo. Ya era tu pareja Guillermo Portela, quien caminó contigo por treinta y siete años...

¿Recuerdas cómo discutíamos sobre la izquierda y la derecha? Hay una pintura tuya en la que estaban las banderas de la antigua Unión Soviética y Estados Unidos: las dos hegemonías disputándose el poder, la confrontación.

La misma que tuviste hasta el final para preservar hasta la última piedra del hotel El Campanario en Toluca, tu último proyecto arquitectónico.

Juan Wörner Baz, nos dejaste el 11 de enero de 2014 casi sin avisar, cabrón: ¡ya nos las pagarás!... Te extrañamos. Marysole te seguiría a la tumba el 22 de junio de ese mismo año.

SexPol quería expandir su pensamiento y apoyar las actividades del movimiento, que crecía en organizaciones e intenciones de lucha. Eran vitales las experiencias de Nancy Cárdenas, Carlos Monsiváis, Juan Jacobo Hernández y muchos otros, perdidos en el tiempo; tú insistías en que no podíamos quedar rezagados en un trabajo interior deshaciendo «la coraza», que ya era hora de salir a expresarnos públicamente...

Mauricio Peña y Luis Terán entraron al grupo los mismos días que tú en uno de los meses del año de 1976. Periodista del mundo del espectáculo, fundador del premio «El Rostro del Año» que ofrecía el diario *El Heraldo de México*, Mauricio brindó a SexPol su antiguo departamento de Ezequiel Montes 37, en la Ciudad de México. (Curiosamente, la misma calle donde descubrieron en 1901 a cuarenta y un homosexuales, la mitad vestidos de mujer, los que fueron masacrados incivilmente por la policía, los periódicos y el caricaturista José Guadalupe Posada: «muy chulos y coquetones, los maricones...».)

No tardaste en organizar eventos todos los jueves por la noche. Se sumaron a la propuesta tus amigos Víctor Manuel García, Arturo Ramírez Juárez, Pedro Humberto Rosas, Miguel Ángel García Cano... Te apoyaban haciendo la museografía de exposiciones, invitaciones a los eventos, programas de mano. Nadie cobraba por el trabajo, todos eran pintores y sabían de diseño.

Sorprendentemente Carlos Monsiváis te llamó y dijo:

—Cuenta conmigo.

Claro, primero te preguntó por las intenciones y su trascendencia. Tuviste que pasar por sus instrucciones, imposible de otra manera. Le respondiste:

—Es convivir con la cultura y sus alcances. Que homosexuales y lesbianas sepan de un lugar donde se puede hablar y luchar por nuestras causas. Que conozcan a su gente, esa que nos identifica como gremio...

—Nada de «cultura gay»: «tema gay» quizá, sí. Si no hay literatura heterosexual, no puede haberla homosexual. Reducir el «arte gay» es construir en gueto la búsqueda estética...

Los pleitos que se armaron por esa percepción de la cultura.

Carlos era una puerta posible al mundo intelectual. Fue el que impulsó, en 1975, lo que se considera el primer manifiesto público a favor de los homosexuales, publicado en la revista *Siempre!*, en el suplemento «La Cultura en México». Lo firmaban, entre otros, Juan Rulfo, José Revueltas, Héctor Aguilar Camín, Elena Poniatowska, Salvador Elizondo, Emilio Carballido y Carmen Salinas. Cito una parte:

Nunca se repetirá suficientemente que los abusos de autoridad afectan a todos los ciudadanos y no sólo a los que directamente los sufren. Es evidente que las detenciones ilegales (el ciudadano como botín), las *razzias* policiacas, la violación de domicilios, los golpes (y/o las torturas) a los detenidos y aun el asesinato de los mismos, la muy común extorsión y la irrupción violenta en lugares públicos con los consiguientes arrestos o encarcelamientos, deterioran y ridiculizan las garantías que el poder público le reconoce a la sociedad, conducen al sometimiento de la conciencia ciudadana y no hay mal que tolerado o auspiciado no se incremente a la multiplicación del exceso y el abuso de la policía. El resultado: suspicacia, odio, desconfianza ante los representantes de la autoridad. De ahí a empezar a tomarse lo que cada quien entienda por «justicia» en las manos no hay sino un paso.

Si ninguna aprehensión ilegal se justifica, mucho menos puede aceptarse la continuidad exacerbada de la práctica de encarcelar a quienes no comenten delito alguno pero a quienes se les supone —generalmente con fines de chantaje inmediato— una determinada opción sexual. En México, la homosexualidad no constituye delito cuando se da en privado y entre adultos consensuales. De aquí se deriva que es posible acusar a una persona de violación o corrupción, mas no de ser homosexual, como no se le puede «acusar» de ser rubio, alto, zurdo o guapo, condiciones tal vez menos frecuentes que la de homosexual.

Por otra parte, la represión policiaca produce un mal aún mayor en el seno de la sociedad: acrecienta la inseguridad ciudadana en primer término, alienta la paranoia anticomunista, o, en un caso no infrecuente, la

homofobia, el odio irracional contra quienes practican (o se quiere suponer que practican, para mejor robarlos) una conducta sexual minoritaria. Por lo demás, está ampliamente probado que, entre otras cosas, la homofobia conduce a crímenes y violencia.

Por él y de sus manos llegaron a Ezequiel Montes las memorias de Salvador Novo, *La estatua de sal*, mismas que entregó a Juan Jacobo Hernández para publicarlas en la revista *Política Sexual* del FHAR, documento invaluable porque allí aparecieron las plataformas políticas de los grupos homosexuales que se crearon en esos tiempos: Oikabeth y Lambda. O las cartas al director general de Policía y Tránsito, Arturo Durazo Moreno, donde el FHAR solicita se les «brinden garantías y se les respeten sus derechos». O la dirigida a Carlos Hank González, jefe del Departamento del Distrito Federal, exigiendo «la erradicación legal de la práctica policiaca conocida vulgarmente como *razzia*, pues su carácter es profundamente violatorio de lo establecido en la Constitución».

Carlos Monsiváis nunca dejó de firmar cartas de protesta.

¿Qué era lo que SexPol hacía en Ezequiel Montes? Lo escribe Xabier Lizarraga no sin un dejo de cierta crítica en su libro *Semánticas homosexuales*, página 204: «Trabajo intenso y enriquecedor, sin duda, pero que se centra más en lo cultural que en lo político, más en una dinámica de "entre nosotros" que en una posición "frente a los otros", pero labor vehemente e importante: exposiciones, conferencias, lecturas dramatizadas, de poesía y cuento, siempre en torno a la homosexualidad. También podemos pensar a este grupo como una especie de plataforma de despegue de importantes reflexiones y, a la postre, de otras organizaciones que impulsaron un activismo cada vez más combativo y en el espacio público (como fue el caso del grupo Lambda)».

No todos los que trabajaban en Ezequiel Montes eran de SexPol; eso no le gustaba a Antonio Cué porque lo consideraba un desfase del trabajo original. Peor se puso cuando llegaron Max Mejía, José Ramón Enríquez, Xabier Lizarraga, Alma Aldana, Yan María Castro, Claudia Hinojosa y Bruce Swansey: al principio iban como público a las conferencias o exposiciones, pero empezaron a hacer política y a organizar su grupo. Se les dejó hacer; después, sin saber cómo, ya parecía el espacio de su nueva organización, Lambda.

SexPol rezagada en su propia sede de carácter cultural. Obvio, el que tuvo que dar explicaciones al grupo fuiste tú. No le gustó lo que pasaba en Ezequiel Montes al que pagaba el departamento, Mauricio Peña; tampoco a Juan Wörner, que patrocinaba los costos de las invitaciones, ni a Antonio Cué, el terapeuta de SexPol. Críticas como lluvia.

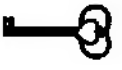
Zafarrancho con los nuevos chicos de Lambda al confrontarlos. Max Mejía, muy valiente, hablaba de revolución al estilo trotskista:

—Parecen burgueses que pretenden ofrecer espacios y luego los quitan cuando no están a gusto con la política que pretendemos hacer.

Se les pidió que hicieran sus sesiones en otro lugar; la molestia como marca duró años entre los dos grupos. No tiene caso recordar todo. Lo cierto es que se tuvieron que ir a la sede del Partido Revolucionario de los Trabajadores, el PRT, única organización política que desde entonces mostraba apertura hacia los homosexuales: Max Mejía era integrante de esa organización. Un militante es un militante, un activista es un activista. Cada quien en su esquina...

Pero aquella ventisca política acabó con la sede de Ezequiel Montes porque SexPol decidió cerrar el local, que era un parteaguas para hablar de la cultura homosexual y lésbica. El grupo argumentó que los vecinos se quejaban de «mucho ruido»; también es verdad que la persecución política de la policía y las redadas estaban a la orden del día. Pero era igualmente cierto, tú lo sabías, que en realidad llegó al grupo el temor de enfrentar la vida pública con el rostro que tenemos como única salida.

Y se cerró el espacio. SexPol continuó como grupo de terapia de Antonio Cué en avenida Revolución 1653.



Tú quedaste lastimado por ambas partes. Fue cuando decidiste salir de SexPol —aunque te tardaste todavía casi tres años— y emprender una senda de mayor libertad, donde la calle, la manifestación, la lucha profesional en los medios

de comunicación fueron el derrotero de tu vida. Demoraste en hacerlo.

Deja que hable la candidez de esas páginas que encontraste entre tus papeles, a manera de diario: «Si me pidieran que describiera todo lo que pasó este fin de semana, sería difícil explicarlo, por muchas razones. La primera de ellas es que todo mi trabajo lo realicé con un compromiso de grupo, pero no por convicción propia de que lo que yo desarrollara estaba bien.

»Es complicado. La verdad es que no es nada fácil laborar con un grupo con las características de SexPol. El centralismo aquí, por las circunstancias terapéuticas, ha orillado a que una sola persona se encargue, casi, de "solucionar" los problemas del grupo. Pero también se le ha dejado desarrollar las cosas sin la intervención coordinada de la base y se ha motivado sutilmente que se haga lo que él desea».

Era el año de 1979. Ya habías tomado la decisión. Escribiste el 18 de mayo: «Hay posibilidades de continuar y hacer algo en el periodismo. Sólo tengo que trabajar... Estoy decidiendo también dejar el movimiento porque no creo mucho en él. Lo voy a tomar sólo como actividad para unos días, no más. El viernes y el domingo para el grupo. No más. El resto de mi tiempo libre lo dedicaré al diarismo y al estudio...».

Sí que eras ingenuo, porque lo cierto es que nunca dejaste el movimiento homosexual: fue cuando te acercaste al FHAR más abiertamente y formaste parte del consejo de redacción de *Política Sexual*, prácticamente el primer proyecto periodístico comprometido con las causas homosexuales.

SexPol siguió trabajando a nivel terapia, hasta terminar su periodo de vida, en 1983.

Dice Lowen, en su libro *Bioenérgetica*: «Cuando lo que ocurre en el mundo exterior afecta al cuerpo, el individuo lo experimenta, pero la experiencia que en realidad le llega es su efecto en el cuerpo».

Había pues que estudiar nuestro cuerpo, pero además el espíritu del cuerpo. Añade Lowen: «Yo definiría el espíritu como la fuerza vital de un organismo manifestada en la autoexpresión del individuo. El espíritu de la persona la caracteriza como individuo, y cuando es fuerte, lo hace descollar sobre sus congéneres».

Los homosexuales tendrían que ser fuertes de espíritu para sobresalir y no estancarse, para no tener vergüenza de su condición sexual, para cuestionar y cuestionarse dentro y fuera de ellos mismos.

Así las cosas: ser no basta, se tiene que pertenecer a algo, formar parte de, pero primero, es bueno insistirlo, partir de uno mismo.

—¿Qué ves de todo aquello hoy, Antonio Cué?

—Veo una ciudad con una forma de conciencia homosexual que se generó en aquellos tiempos. Es como si de manera misteriosa hubiéramos logrado alinearnos a una especie de progreso humano en vez de quedarnos colgados atrás, pero ojo: la ciudad es una isla, no el país completo. Falta mucho por hacer...

Alexander Lowen: «Todo soberano necesita un consejero. Todo corazón necesita una cabeza que le proporcione sus ojos y oídos para poder ponerse en contacto con la realidad. Pero no hay que permitir a la cabeza que mande: esto es una traición al corazón».

Sueños sin mesura

Jorge Fichtl era lo contrario a José María Covarrubias. Una pareja dispareja: ellos forman uno de los momentos más trascendentes del movimiento homosexual en nuestro país. Casi nadie repara en él, como si José María concentrara los odios y amores que se le tienen por hacer, decir, maldecir a quienquiera que se le pusiera enfrente y no comulgara con sus ideas y costumbres. El silencio de Jorge aparentemente no cuenta para la historia. Por eso habría que detenerse en ese joven de escasos veinte años que ya en 1985 apoyaba a José María en lo que fue sin duda la primera Semana Cultural Gay —para todo público— en la hoy extinta librería Simón Bolívar frente al Hotel de México, ahora conocido como World Trade Center, de avenida Insurgentes.

Jorge, más que guapo, era atractivo: delgado, blanco, ojos casi verdes y pestañas abundantes, de nariz respingona. Tenía manos de artista, de esas que no saben más que tocar el piano o un cuerpo como seda, con un metro setenta y nueve centímetros de estatura. Además, poseía juventud: la foto que le hizo la artista de la lente Yolanda Andrade lo pinta en cueros y no deja mentir sobre sus atributos en el año de 1989. Los amigos de José María lo calificaban de bonito y más de una le quiso meter mano pero él no se dejó, o no hay pruebas; *La Pepa*

no lo hubiera permitido jamás. Era una pareja cerrada, sin aventuras exteriores. Quizá por eso José María no murió de VIH y Jorge sigue vivo...

No se conocieron en el ambiente gay, difícilmente se consigue novio en los bares o en las calles de ligue. Se conocieron en la casa de una hermana de Jorge, porque José María estudiaba psicología con amigos comunes que hacían comentarios ácidos sobre lo atrabiliario que era el que estaba destinado a ser ave de tempestades del movimiento homosexual mexicano. En aquel encuentro en casa de la hermana, lo primero fue la mota:

—¿Tienes?

—¿Quieres?

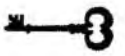
Lo que siguió fue la amistad, la complicidad, el deseo agazapado, la codependencia de uno por el otro. Quedaron enganchados por un largo tiempo, casi lo mismo que duraron las Semanas Culturales que disfrutaban muchos de aquellos que los denostaban, sobre todo a José María. No viene al caso un libro de anécdotas sobre las críticas, mejor contar la historia personal de esos hombres que hicieron política a favor de los gays de las nuevas generaciones.

Aquel joven se asumió como un aliado en todas las empresas ideáticas del hombre que llegó a la Ciudad de México procedente de Nayarit en la década de los setenta: nadie sabe con exactitud de qué vivía porque pocos le conocen el aspecto laboral, el oficio diario como costumbre. Durante muchos años su madre le enviaba puntualmente dinero al estudiante. Más adelante, ya durante las Semanas Culturales, Carlos Monsiváis le consiguió el primer empleo que alguien le haya conocido en su vida,

en el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA); un puestecito que le duró poco porque José María no tenía idea de lo que son los horarios del trabajo formal. Su primera quincena se la gastó en una cena con amigos donde Jorge era el amante, el centro de su vida.

Si José María nació gay, nadie puede saberlo: ni la ciencia. Pero Jorge se asumió gay por él, aunque nunca dejó de sentirse bisexual; he ahí dos visiones para entender una condición sexual. Había tenido relaciones mínimas con hombres, mucho más con mujeres. José María le movió gacho el tapete, tanto, que se convirtió en el amante oficial al que todos conocían por su dinamismo para realizar tareas prácticas de traer y llevar sillas, pinturas, tapetes, esculturas, libros y enseres para la Semana Cultural Gay. Era, literalmente, el brazo derecho y la sábana cálida de *La Pepa*, como todos le decían a José María. Cuando la primera Semana Gay en la Simón Bolívar, ahí estaba Jorge poniendo discos de Patti Smith, la de los caballos salvajes. Desde el principio supo que José María era feliz con su presencia.

Casi inmediatamente empezaron a vivir juntos en la calle de Yosemite en la colonia Nápoles; nido de amor, drogas y trabajo. La de ellos era una disciplina relajada por meses aunque trabajaban todo el año en la defensa de los derechos humanos, pero cuando se acercaba la Semana Cultural nadie sabe de dónde sacaban fuerzas —ni el dinero— para cumplir con la cita programada cada 28 de junio, el paso a la Marcha del Orgullo Gay. La Semana era la antesala de las marchas públicas en todos sentidos. Desde luego, no estaban solos en el apoyo a la Semana Cultural, siempre estaba cerca gente como Carlos Monsiváis y tú.



Porque tú sabías lo que José María intentaba, inventaste en el grupo SexPol las reuniones culturales un día a la semana en la calle de Ezequiel Montes de la Ciudad de México en 1975, apoyado por el grupo que lideraba Antonio Cué e inspirado en aquellos domingos donde Juan Wörner Baz abría su casa detrás de Televisa San Ángel para quienes quisieran comer, pintar, leer poemas, acudir a vernos para hablar de nuestros deseos y aventuras sexuales: eran un grupo cerrado, mamonamente exclusivo, que aceptaba gente por invitación. Cofradía, pues. Clasista también, sin que eso dijera que sus integrantes fueran «gente bien»; no, pero sí selectivos. El dramaturgo Carlos Olmos, el mismo que inventó a Catalina Creel en la telenovela *Cuna de lobos*, fue allí alguna vez con el escritor Enrique Serna ese año (pueden leer *Fruta verde* para conocer esa historia de seducción amorosa). Una sola vez hizo presencia Carlos Monsiváis: no era afecto a SexPol porque no le gustaba la idea de terapia al estilo Wilhelm Reich. Le irritaba la idea de terapia...

Pero bueno, la historia de SexPol es ya otro capítulo de este libro. Hoy el tema son José María y Jorge, quienes siempre reconocieron en Carlos y Nancy Cárdenas a figuras tutelares de un movimiento homosexual que se dio de manera arbitraria, porque al creerse todos importantes, poco se reconocía el trabajo del otro. Los gays también transpiran ego...

José María reconoció a regañadientes aquellos antecedentes de 1975 de la Semana Cultural Gay. Como

aceptaba que Hugo Patiño, en 1984, realizara en la calle de Nezahualcóyotl su semana particular con la presencia de José Antonio Alcaraz, José Ramón Enríquez, Tito Vasconcelos, la mismísima Nancy Cárdenas y tú, leyendo poesía de los cómplices sobre el tema; el programa del recuerdo es del talentoso dibujante y poeta Arturo Ramírez Juárez. Un año y nada más: se acabó. El dinero no alcanzaba porque la mamá de Hugo Patiño fue la única patrocinadora de los eventos realizados con papel de China, y el talento de los participantes leyendo su trabajo creativo; obvio, a nadie se le pagó por contribuir. Las luchas homosexuales nunca han dado para comer... hasta que llegó el VIH que deriva en el sida. Ya hablarás de ello en su momento.

El movimiento gay fue aprendizaje a marchas forzadas, incluso para sus activistas: Jorge no era la excepción, venía de experiencias sexuales con mujeres. Y José María, abierta, evidente, obviamente gay, luchando por la causa y la dignidad, le movía el tapete con ganas de cambiarlo radicalmente. Un día, en un camión rumbo a Insurgentes, sin más José María gritó a los usuarios:

—¡Me encantan los hombres!

La gente volteó, lo miró y continuó en lo suyo. Alguien sonrió socarronamente; otro miró críticamente, de soslayo. Pero Jorge quería desaparecer; se le fue el alma al cielo. Reaccionó lentamente. Pensó: *Qué huevos de*

este hombre, es un terrorista social al que le encanta generar que se te mueva algo en las entrañas: miedo, coraje, ganas, gusto, ve tú a saber. Todo depende del receptor... En José María lo gay respiraba por todo su cuerpo. En Jorge apenas despertaba el pequeño marcaje de ser diferente. Era imposible no verlos como alumno y maestro, a pesar de que Jorge aprendió pronto a defenderse de las injusticias de la cátedra, y a gritarle a José María cuando se pasaba de tueste...

No era fácil José María: cualquiera que lo haya conocido, tratado o visto actuar en público lo puede corroborar. Valle de Banderas en Nayarit no está tan lejos de Puerto Vallarta y José María igual aprendió el desplante de aquellas divas que vio en su juventud con sus amigos: con sus grandes mansiones, el *glamour*, vivir a tope y olvidar la realidad. Soñar a ser Rock Hudson o Liz Taylor. Eso le llamaba mucho la atención a Jorge, el hombre que inventaba de la nada propuestas para salir adelante. José María sabía de las corrientes antipsiquiátricas y las aplicaba de manera existencial, al grado de cruzar las barreras de lo considerado normal; iba a reuniones y abusaba de la fiesta y la gente. Podía ser muy agresivo con el valor de las copas o sin ellas, con o sin mota o con o sin anfetaminas. Se negaba a la verdad del tiempo, la clase social y el dinero.

Tenía un amigo, Brígido, de Monterrey, amante de Toño; lo adoraban, lo apoyaban en todo y le perdonaban igualmente todo. Le encendían el ego en cenas en su departamentito ni tan departamentito en la Zona Rosa: la de aquellos tiempos, donde también Carlos Monsiváis tuvo un pisito para «pisar» libremente, lejos de la familia en

la colonia Portales. Tener por entonces un departamento en ese barrio de la ciudad era parte de la moda.

Brígido, que apreciaba el trabajo de José María en el movimiento homosexual, le dijo un día:

—¿Qué haces en ese movimiento donde no reconocen tu trabajo, te insultan y te dicen estupideces esas perras hijas de la chingada?

Claro: estaban de fiesta y la crítica desaparecía. Claro, se trataba de animar el ego de quien se sentía injustamente masacrado por las locas del movimiento. Claro que tenía y no tenía razón...

José María no nació pobre. Fue tratado como un *junior* por su madre, que hasta el final de su vida lo apoyó en todas sus causas. Jorge sabe esa historia mejor que nadie, por eso ya no quiere callar:

—Me interesa colaborar en cualquier situación donde se hable del Círculo Cultural Gay y de José María Covarrubias. José María merece un lugar en la historia del movimiento gay en México, que se lo ganó a pulso con trabajo, con dedicación y creo que está mal valorado, que no se le ha dado el tratamiento justo. Es un mexicano ilustre, un gay ilustre.

¿Qué se puede decir de la Semana Cultural Gay que no esté reseñado en diarios y revistas de la época, desde 1985 a la fecha? Bastaría con ir al archivo del Museo Universitario del Chopo para estudiar y reseñar el trabajo realizado,

las conferencias, las exposiciones, los debates, los nombres de quienes participaron con su apoyo cada año; destacar a uno es ser injusto con todos.

O como escribió Carlos Monsiváis en *Ex profeso. Recuento de afinidades*: «La exposición —en donde participan indistintamente artistas homosexuales y heterosexuales, o *gay* y *straight*— es uno de los esfuerzos más logrados que la sociedad mexicana registra históricamente en materia de libertad de expresión y del aprendizaje en la tolerancia, la convivencia, la coincidencia y las divergencias felizmente asumidas».

Una mujer a cargo del Chopo fue quien le abrió la puerta a Covarrubias y su proyecto. El Chopo, perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM, pasó a la historia del movimiento gay mexicano inmediatamente. José María Covarrubias detonó lo que fue un acontecimiento cultural en el corazón de los grupos gays y lésbicos, que se reunían para hablar de música, pintura, literatura, danza, teatro...

Vale la pena detenerse en la poeta Elva Macías (Chiapas, 1944), que abrió por primera vez el Chopo y la UNAM al tema gay por largos años. Esposa de otro escritor, Eraclio Zepeda, en 1987 decide arrancar con el Círculo Cultural Gay la Semana Cultural Gay (que terminaría como Semana Cultural Lésbica-Gay, para ser políticamente correctos). No eran tiempos de apertura en los medios para

los temas de la diversidad sexual y ella, como persona y como funcionaria, fue muchas veces cuestionada por abrir el espacio a una comunidad segregada. Su respuesta fue contundente: «Me pidieron espacio para realizar la primera Semana, pues en otros centros institucionales habían recibido negativas rotundas o simplemente les daban largas. No dudé en aceptar su propuesta porque la Universidad tiene, entre sus tareas fundamentales, la de difundir la cultura, y esta es una de sus manifestaciones». Regresó al tema diecinueve años después, al decir de la Semana Cultural Lésbica-Gay: «Hoy en día es toda una tradición y ha contribuido, en cierto grado, a que la sociedad tenga una visión más abierta sobre la preferencia y la diferencia sexual de hombres y mujeres, así como a que se hable sin tantos prejuicios sobre el tema».

A Elva Macías, tus respetos por la apertura. Como en su poema: «El bien sea dado./ El mal no resucite.» Dio, hizo lo que una funcionaria del orden civilizatorio debe hacer. Hizo el bien mirando por una casta olvidada, masacrada por el prejuicio de la Santa Inquisición hasta la fecha, aunque los tiempos son otros y el mundo occidental quiere reivindicarse... Ojalá siga así, todo color de rosa en la ciudad «*gay friendly*». Y que el mal —ese prejuicio sobre lo gay— se quede como maldición eterna en el espacio de lo dogmáticamente religioso y nunca más forme parte del orden civil, constitucional.

De las que siguieron a Elva Macías —Montserrat Galí, Lourdes Monges y Alma Rosa Jiménez—, digamos que hicieron su trabajo pero nunca como el arranque de los primeros tiempos. Los peores periodos fueron con Montserrat Galí y Alma Rosa Jiménez: casi se golpeaban.

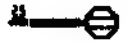
José María no tenía las de ganar. No hay mucho que decir, bastaría con ver los catálogos para comprender que la Semana fue fundamental para despertar conciencia a través de los medios de comunicación, cerrados por años al tema. Arte erótico gay en las paredes de un museo: un trabajo que debía contar más que el desorden con que José María entregaba al Chopo sus intenciones de exposición; no era curador, un equipo profesional lo apoyó siempre. Lógico.

No es noticia que José María no era un santo: la Iglesia no lo permitiría. Tenía vocación de golpeador verbal. Su altanería le ganó todos los odios. Pero había gente incondicional hacia su trabajo, personas como Patria Jiménez, Francesca Gargallo y Martha Nualart apreciaban su labor por encima de su temperamento. Tú también, y Carlos Monsiváis.

Carlos nunca dejó de estar cerca de la Semana Cultural Gay aunque «de lejitos», como solía decir, porque «de cerca» José María era imposible. Varias de las colecciones hoy pertenecientes al Museo del Estanquillo formaron parte de las muestras en el Chopo para que José María presumiera su empeño, o eran gentileza de Teresa del Conde, que cuando fue directora del Museo de Arte Moderno le prestó obra para exhibirla sin necesidad del costo de los avalúos necesarios. Hay muchos ejemplos de sus realizaciones: José María era terco en sus propósitos, que se hicieron realidades por ese temperamento tan odiado por quienes le escatiman sus logros.

Es difícil borrar esos años en el Chopo por más que se empecine la propia institución en negarse a dar el nombre de José María Covarrubias a la Semana Cultural

Lésbica-Gay, aunque ha habido muchas solicitudes a favor. No. Punto.



Dos meses antes de que el activista se suicidara, escribiste: «No tienes becas ni apoyos, pero vivirás más allá de quienes hicieron del movimiento su *modus vivendi*».

Ya no eran buenos tiempos, o nunca lo fueron, pero el final fue trágico para su vida. Jorge Fichtl lo deja: José María nunca volvió a ser el mismo. La Semana Cultural tampoco. Lo dicen los propios que lo apoyaron hasta el último día. Escribiste en *Los nombres del arco iris. Trazos para redescubrir el movimiento homosexual:*

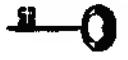
> Una semana antes de morir pude hablar con él...
>
> —Me voy a suicidar —me dijo sin pensarlo.
>
> —José María, no se amenaza a la gente de esa manera —le dije bajito, con afecto.
>
> —¿No me crees, verdad? No puedo más conmigo, la vida me pesa. Ya no soy joven. Mi familia ya no me puede dar más de lo que me ha dado. El movimiento me desprecia. Ya nada me sostiene.

Tú no le creíste porque siempre amenazaba con suicidarse. Sí, estaba cadavérico, desolado y deprimido. Lo hizo: el 16 de agosto de 2003 se suicidó en un hotel, el Lark, casi frente a la sede nacional del PRI en avenida Insurgentes. Se reventó con una inyección: sobredosis de insulina. Todavía

antes de morir llamó al sacerdote Jorge Sosa para decirle: «Lo hice».

En 2004 el Museo Universitario del Chopo aceptó por única vez dedicar la Semana a José María con el título «Todos somos otro». Ya qué: ya estaba bien muerto... Molesta a la comunidad gay que se diga, pero sin José María aquello ya no es lo mismo. Las almas que traen un proyecto siempre cuentan a la hora de hacer la historia de los sucesos...

El universo de lo gay —la temática gay— estaba allí y las personas que vivían en ese mundo querían que los voltearan a ver. José María Covarrubias lo logró con creces, a gritos y sombrerazos: con ideas, razones y emociones que despiertan la conciencia. Y la envidia también...



Tampoco Jorge Fichtl es el mismo.

—Lamento mucho que no haya escrito nada ese cabrón. Era un hombre que conocía las ciencias sociales, que entendía de la psicología humana.

—Bueno, no se le daba la redacción, la escritura...

—No, por eso recurría a la ayuda de otras personas, entre ellas, y muy importante, Carlos Monsiváis. Todos y cada uno de los desplegados, cartas a los diarios, los llamados al movimiento gay para la solidaridad con Chiapas por el asunto del asesinato de travestis, o cuando la censura en el Chopo, fueron escritos y reescritos

por Carlos; en la Semana Cultural Gay *Monsi* incidió abierta y públicamente en el movimiento. Eso nadie se lo puede negar.

—Acusado por su misma comunidad de vivir en el clóset...

—Sí: atacado de pinche closetero por las guerrillas, ya sabes. Nosotros no sólo respetamos su derecho a ser de clóset o no, entendíamos que lo hacía por su propia influencia en los movimientos sociales de México, que son más amplios que el movimiento gay...

—La mentalidad de cierta gente del movimiento, ¿alcanzaba a ver lo que señalas?

—Monsiváis decía que si él se asumía como gay, lo iban a reducir a la lucha de la comunidad; él decía eso, igual podía salir y decir «Soy puto, y qué», pero era su decisión y todo mundo la respetaba.

—No. No todos.

Jorge menciona el asesinato de travestis en Chiapas, lo que podría convertirse en otro libro. Pero hay una obra que vale la pena recordar: José María y él convencieron al periodista Víctor Ronquillo de viajar a ese estado para investigar los asesinatos de trece homosexuales, la mayoría travestis, entre el mes de junio de 1991 y 1993. El resultado fue *La muerte viste de rosa. El asesinato de los travestis en Chiapas.* Escribe Ronquillo, a manera de conclusión:

José María Covarrubias y Jorge Fichtl, integrantes del Círculo Cultural Gay, realizaron una amplia labor solidaria y de eficaz activismo político. Denunciaron los crímenes a nivel nacional e internacional a través de la prensa y de organismos defensores de los derechos humanos. Lograron romper un cerco impuesto por el miedo y por ello muchos travestis declararon ante las autoridades judiciales con el propósito del esclarecimiento de los crímenes. Demostraron a la comunidad homosexual de Chiapas que era impostergable defender su derecho a la vida y a su opción sexual y organizaron dos marchas, en la segunda de ellas veinte mil personas apoyaron los reclamos de justicia de los travestis. Su presencia en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez salvó vidas.

¿Cuál fue el móvil de los crímenes? ¿Por qué la fabricación de culpabilidades y el ocultamiento de pruebas?

En su pequeña oficina en el centro de Tuxtla, el abogado Jorge Gamboa Borras, en algún momento representante legal del Círculo Cultural Gay y defensor de Martín Moguel, responde: «Siento que hay algo en el fondo, no se trata de que los homosexuales hayan sido victimados por un enfermo mental. Hay muchas versiones. La que en principio tuvo mucha fuerza fue la de la famosa fiesta en que participaron los más altos funcionarios del gobierno del estado y homosexuales, fiesta que alguien grabó. Las víctimas serían los homosexuales invitados a esa fiesta. Otra es que los asesinó un grupo paramilitar».

La periodista Josefina King en enero de 1993 escribió en la revista *Filo Rojo*: «Entre las versiones que circulan en Chiapas sobre esta ola de crímenes destaca la que

sostiene que entre los responsables se encuentra un alto funcionario, que tiene una cicatriz en la cara y el cual habría mandado ajusticiar a varios homosexuales».

Los homicidas de Raúl Rodolfo Velazco; Rodrigo Bermúdez Padilla, *La Tatiana*; Eredín Yaben Arreola; Víctor Hugo Suárez Castillejos, *La Gaby*; Vicente Torres Toledo, *La Chentilla*; Jorge Darinel Maldonado, Martín Ordóñez Vázquez, *La Martina*; José Luis Domínguez, *La Verónica*; Neftalí Ruiz Ramírez, *La Vanesa*, y un número indeterminado de desconocidos, siguen libres y volverán a matar.

No sólo en Chiapas: se mata a homosexuales y travestis en todo el país. José María detonó la alarma en el marco de la Semana Cultural Gay de 1992: «Más de veinte homosexuales han sido asesinados en Chiapas, por lo menos nueve de ellos fueron acribillados usando armas de alto poder. Esto es definitivamente la expresión más terrible de la homofobia, del odio hacia homosexuales y lesbianas. Es necesario que estos crímenes se esclarezcan sin inventar culpables para que esta ola de asesinatos termine».

En el diario *La Jornada* se publicó una carta dirigida a Patrocinio González Garrido, gobernador de la entidad en ese entonces; la firmaban intelectuales, feministas, artistas y activistas gays y lesbianas. Decía: «Lo exhortamos a que gire usted instrucciones a las autoridades competentes para el rápido esclarecimiento de estos asesinatos en pleno respeto de los derechos humanos y civiles de las personas a investigar, con el objeto de que se realice un procedimiento jurídico que lleve al castigo de los verdaderos culpables».

González Garrido contestó inmediatamente e invitó a quienes firmaban la carta a ir a Chiapas «para que en Tuxtla Gutiérrez tengan acceso a los expedientes de referencia y puedan constatar de manera directa los esfuerzos que se han venido realizando para esclarecer hechos que todos lamentamos y condenamos por constituir expresiones de barbarie que sanciona como delitos nuestra legislación vigente».

Nunca se supo quién mató o mandó asesinar a los homosexuales y travestis. A Patrocinio González Garrido, sin terminar su periodo gubernamental, Carlos Salinas de Gortari lo nombra secretario de Gobernación...

—Ahora sí los van a matar —comentó Carlos Monsiváis.

En aquella época los crímenes de homosexuales nunca se aclaraban.

Carlos Monsiváis nunca dejó de participar en el Círculo Cultural Gay, era la mano que mece la cuna para lograr la incorporación de grandes nombres a las exposiciones del Chopo. O como lo dice claramente Jorge Fichtl:

—La comunicación era noventa y nueve por ciento telefónica; siempre atendió a José María, [aunque] nunca en persona ni públicamente. Un día hablé con él directamente para decirle que nos iban a matar por lo de Chiapas; *La Jornada* nos había abandonado con los asesinatos de travestis. Recularon. La presión sobre los medios era

atroz pero no como para que *La Jornada* dejara de sacar la información. *Monsi* se asustó porque llegó José María y se despidió. José María le movía mucho el tapete a Monsiváis...

Sí: de repente *La Jornada* dejó de publicar la información de Candelaria Rodríguez desde Chiapas. Un día Manuel Meneses, jefe de información por entonces, llegó a decirte:

—José María está loquito.

Cuando alguien está «loquito» lo dejan de pelar, y eso pasó en el diario de izquierda que alguna vez fundaste —en 1983, junto a ciento treinta y cinco periodistas—, que te permitió publicar mucho sobre lo gay en México cuando ninguno de los otros medios de comunicación se ocupaban de «eso»: los putos que se organizan. Tú también eras parte de esa «locura» y sabías que los medios eran fundamentales para dar a conocer el movimiento gay en México. Pudo más el gobernador que la conciencia sobre la idea de crímenes por homofobia. Ni siquiera le contestaste a Manuel Meneses...

Carlos te decía que había que apoyar a José María siempre y aun cuando fuera a su pesar. Con la cultura como arma logró visibilizar el tema: ningún grupo gay lo hizo de manera pública como José María Covarrubias. Es irrebatible el trabajo que borra cualquier disidencia contra su comportamiento; con el tiempo puede verse

la importancia de los hechos. Lo hizo sin becas ni patrocinios, con complicidades compartidas de quienes comprendieron que era la cultura la manera de entrar en un público prejuiciado ante una sexualidad poco entendida. El Chopo nunca tuvo una manifestación contra la Semana Cultural Lésbica-Gay, nunca. A Carlos le parecía fundamental el trabajo del Círculo y de José María aunque hablara pestes de él igual que tú, que muchos, pero nunca dejaron de apoyarlo: su valor trascendía el arrebato emocional sin sentido a falta de juicios razonados. La mesura no fue una virtud de los grupos homosexuales y lésbicos, siempre para su bando, incluido José María.

Sí, comerciaba con la obra de otros; vivía de eso. Sí, pero muchos hacen lo mismo con sus becas y patrocinios, más ahora que todos trabajan con dinero de las ONG o instituciones nacionales e internacionales. No era un ladrón, no: era un activista sin recursos y se hacía de ellos con su propio trabajo, el que nadie le pagaba. Lo que escribes se lo decías a Carlos Monsiváis sin que replicara que mentías; callado, miraba silencioso tus manos, que siempre quieren hablar. Es difícil negar el nivel de incidencia del Círculo Cultural en aquellos años, casi al terminar el siglo XX, cuando hoy la gente de esta «raza» se casa, adopta hijos, exige nombres de mujer para las transexuales. Algo de eso fue lo que aportó la Semana Cultural Gay, como Carlos aportó en los inicios del movimiento en los setenta al intentar reunir a esa «casta» de olvidados por la historia, como escribiera Xavier Villaurrutia al final de su »Nocturno de los ángeles»:

y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles
sino con los mortales.

Nadie debe regatearle a Jorge Fichtl su contribución al lado de José María Covarrubias; nadie. Aunque se declare bisexual:

—Un día salí a la calle y empecé a ver mujeres, por ahí del 94, después del movimiento zapatista. Un día me encontré a una vieja amiga, y después de un *toque* llegó lo sexual; me desaparecí tres días de Yosemite, José María estaba histérico. Nos fuimos separando en el camino, hasta que me desaparezco en el 99. Las críticas sobre mi bisexualidad no se hicieron esperar entre los gays: no podía creer que los que hablan de respeto y libertad me criticaran, incluido José María. Ni modo, me encantan las mujeres. Soy bisexual. Muchos me dieron la espalda...

José María era de todo o nada. Perdió todo: a Jorge, a su madre, y la vida. Nunca fue el mismo, hasta que se suicidó.

Jorge vive en Yucatán y es casado con dos hijos, Emilio y Camila, de diecinueve y dieciséis años respectivamente. Con su hermano tiene una asociación civil para prótesis oculares. Sigue siendo atractivo...

El clóset es para la ropa

¿Cómo acercarte a Xabier Lizarraga, histórico militante del movimiento gay que impulsó desde los setenta la salida del clóset para demostrar la presencia de los homosexuales y lesbianas en un mundo socialmente aceptable? Lo tienes frente a ti, y detrás de él la foto de su padre, Gerardo Lizarraga —nacido en 1905—, el menor de cinco hermanos; estudió pintura, conoció a Dalí y Buñuel. Se enamoró de la artista plástica Remedios Varo: se casaron, fueron a Francia, conocieron a los surrealistas. Remedios se hizo amante de Benjamin Péret; convivieron los tres pero finalmente Gerardo regresa a Barcelona. Crea primero un sindicato y después se hace antisindicalista. Trabaja en publicidad. Estalla la guerra civil española: con treinta y un años, se va voluntario al frente por la República, pero cae Barcelona. Huye hacia Francia y es capturado: pasa dos años en un campo de concentración. Remedios lo localiza y es liberado cuando todos salen porque desmantelan el campo. Ella viaja a México en 1941 y él al año siguiente en el último barco de refugiados: el *Niassa*, donde conoce a Presentación Cruchaga o *Ikerne*, hija de un alcalde republicano de Tudela, Navarra. En México se encuentra nuevamente con Remedios y Benjamin, y aquí conoce a Kati Horna, Leonora Carrington, *Chiki* Weisz...

—Mi papá fue padrino de bodas de Leonora y *Chiki*... Soy producto de la guerra civil española. Detesté a Franco pero vivo gracias a Franco. Si no fuera por el levantamiento de Franco, no vivo, lo cual es terrible: tener que darle las gracias a ese hijo de puta... Mi origen es todo eso.

Para nadie que lo conozca es una sorpresa el debate con Xabier Lizarraga por todo eso que llamamos personal y político. En las clases que imparte en la Escuela Nacional de Antropología e Historia —ENAH—, en sus presentaciones públicas sobre el tema de la diversidad sexual o a través de sus libros; hay un radicalismo en su pensamiento que no cuadra con los convencidos en los diversos ismos. Lo conociste en 1978 y desde entonces te cuesta trabajo como persona y activista social. El primer choque fue en los eventos de SexPol, el grupo con el que trabajabas en cada Semana Cultural Gay puertas adentro. Lo cuenta él mismo:

—Cuando llego a México de mi experiencia en España, me encuentro con la sorpresa de que SexPol tiene una serie de actividades y voy como tantos a esos encuentros culturales de poesía, pintura, música, etcétera. Coincido con amigos y desconocidos, inquietos por la situación de los gays en México. Sentimos la necesidad de que esto vaya más allá de la puerta: que salga a la calle... José Ramón Enríquez, Bruce Swansey, Claudia Hinojosa y Alma Aldana; gente que conocía, como Max Mejía. Recibimos con beneplácito que SexPol nos permitiera usar sus instalaciones de Ezequiel Montes para fundar el Grupo Lambda de Liberación Homosexual. Yo sugerí el nombre...

Lambda por el Batallón de Tebas, aunque era el tiempo también de la lucha en Nueva York del movimiento

de liberación homosexual después de Stonewall, con esa letra griega como identificación y expresión de fuerza. Era el tiempo de la adopción de símbolos, a veces reapropiados como el triángulo rosa invertido, recordando de algún modo la historia de los homosexuales en la Alemania nazi: decenas de miles de prisioneros en los campos de concentración. Lambda se popularizó entre los gays porque empezamos a llevar en la solapa el distintivo, de color rosa. Los postulados de Lambda no podían ser más determinantes:

> Lambda se manifiesta por el derecho democrático a las prácticas homosexuales y por la libertad de mujeres y hombres a optar por la sexualidad que deseen. Además, nuestra lucha no está separada del resto de los oprimidos; obreros, campesinos, estudiantes, niños, minusválidos físicos y síquicos, que viven una opresión no menos aguda. A sus banderas de liberación unimos las nuestras, para recorrer tramo a tramo el puente hacia la consecución de una sociedad sin oprimidos ni opresores: por el socialismo sin sexismos.

—No queríamos reproducir la segregación de sexos. Comprendimos varios de los que llevábamos la voz cantante, por más información o más experiencia, que había que luchar con la homofobia incluso entre nosotros mismos... —dice Lizarraga.

A gente de SexPol desde el principio no le pareció bien que Lambda fuera un grupo dentro de Ezequiel Montes, entre otras cosas porque imperaban las ideas del Partido

Revolucionario de los Trabajadores, el PRT, *de filiación trotskista. No porque SexPol fuera conservador en sus ideas sino por la libertad de los homosexuales, al margen de organizaciones políticas...*

Sí, tuvimos el apoyo del PRT, y fue muy bien recibido, pero de pronto sentí que el partido se inmiscuía cada vez más. Lo hicieron con bastante discreción al principio... Max Mejía era del PRT: mientras metiera apoyos todo me parecía bien, pero cuando intentaron meter línea fue cuando dije adiós.

Esa fue una de las razones por las cuales SexPol cerró su espacio en Ezequiel Montes, porque el grupo era cerrado, de exclusividad para los gays, a diferencia de Lambda. SexPol intentaba tener un espacio cultural, no político; no estaba preparado para una salida a la calle... Se reconoce en el PRT *a un partido de avanzada, el único que apoyaba al movimiento de ese entonces, pero...*

Siempre he sido y espero morir siendo apartidista: los partidos tienen que seguir cumpliendo su función, pero yo no soy parte de esa función. Entonces empecé a tener esas pequeñas incomodidades al interior de Lambda. Tenía la experiencia de la ENAH, en la que las asambleas eran interminables y siempre ganaban los que tenían mayor resistencia *nalgatoria*, los que más aguantaban, los que estaban hasta el final y llegaban a las últimas votaciones. En Lambda queríamos ser tan democráticos que todo había que hacerlo en asamblea, votar, y además porque llegaba y llegaba gente, tuvo una gran convocatoria; siempre tenías que estar empezando, reeducando, y esta reeducación era con horas interminables de asamblea. Yo dije «no es para mí» y mucho menos teniendo cada vez más el

peso del PRT, por eso decidí salirme de Lambda. Sin dejar de estar vinculado, porque seguí participando con Lambda, porque Luis Armando Lamadrid —ya éramos pareja— seguía en Lambda.

Comencé a pensar en otro grupo que no fuera tan numeroso, que no tuviéramos que estar empezando de cero cada vez, y entonces hablé con gente: quería además que ya tuvieran un cierto discurso en torno a la sexualidad, por lo menos; podíamos disentir en otras cosas. Con gente que estaba en Lambda y que había tomado cursos de sexología, entre ellos Alejandro Reza, empezamos a medio pensar y a Alejandro como que no acababa de cuajarle la idea, sobre todo porque yo quería un grupo, como tú lo has dicho antes, en el que uno de los lineamientos fuera la salida del clóset y que fuera apartidista.

¿Cuánto tiempo estuvo Lambda en Ezequiel Montes? Fue corto pero importante. ¿En qué momento se fueron al local del PRT?

Nunca nos fuimos al PRT. Estuvimos el tiempo que necesitamos para hacer los ocho puntos programáticos, que ya se me olvidaron —alguno de ellos era el feminismo—, y cuando ya lo teníamos consolidado, ya le dimos el nombre, nos fuimos: no al PRT, teníamos reuniones en mi casa, en casa de Alma y Claudia y alguna ocasión en el local del PRT, pero Lambda no se fue al PRT, si no, yo no hubiera estado. En el 78 se consolidó Lambda, ya no estábamos en el local de SexPol, y me acuerdo de que en julio de ese año estábamos varios en mi casa un día, leemos el periódico y sale una pequeña nota en la que se habla de la conmemoración del 26 de julio, de la Revolución cubana, y de que un grupo de homosexuales había participado; nos dio mucho gusto

porque nosotros estábamos planeando eso para el 2 de octubre, pero al mismo tiempo tuvimos un serio debate y hubo además conflictos con la gente del PRT. Personalmente, en un momento fui bastante pro Revolución cubana, pero hoy por hoy, cómo vamos estar apoyando una Revolución cubana que tiene campos de concentración para maricones, me parece una contradicción inaceptable, porque hay alguna con las que puedes vivir pero con esta no.

Aquella marcha, la primera de homosexuales y lesbianas en una manifestación pública, quedó enunciada en la revista *Política Sexual*:

> Salieron a la calle. Los homosexuales salieron por primera vez a la calle. Alrededor de treinta homosexuales, hombres y mujeres, que simbólicamente representaron a miles de oprimidos que han aceptado su condición de marginados, desfilaron en la manifestación del 26 de julio de 1978, para celebrar el inicio del movimiento estudiantil en 1968.
>
> Y fue el FHAR, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, el que dio comienzo al proceso revolucionario de la aceptación ante la sociedad de su condición, en un país donde la conducta homosexual no sólo es reprimida por la clase que detenta el poder.
>
> Obreros, campesinos, estudiantes, partidos políticos... todas las tendencias de la izquierda salieron a la

> calle para manifestarse contra la opresión del sistema que vivimos, para reivindicar la lucha de las masas populares, para iniciar, reiniciar, el verdadero proceso democrático del país.
>
> Por el derecho que otorga la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos de manifestarse, asociarse o informar, el FHAR, por ese solo hecho, salió a la calle, dio la cara por miles que viven en las sombras, o en el último reducto de la marginación social... Los homosexuales informan, anuncian, señalan y denuncian todo hecho que atente contra la dignidad del ser humano, solidarizándose con la clase trabajadora reprimida, y piden a la vez su solidaridad contra la represión policiaca ejercida en todo México contra los homosexuales.

Más allá de la redacción y sus postulados políticos, la marcha del FHAR fue sin duda la primera aparición de los homosexuales en actos públicos. Pueden consultarse los medios de comunicación de entonces que tergiversaban el sentido de la marcha, columnistas que criticaron en tono irónico y lacerante la valentía de los homosexuales al salir a la calle.

No en balde escribiste en *Política Sexual*:

> Con los periodistas corruptos por el sistema, las clases populares, los grupos marginados, obreros y campesinos, los homosexuales nunca tendrán entrada en su información, pero sí aquellos que generosamente dan regalos, cheques, cuentas bancarias, carros, pasajes a cualquier parte del mundo o bien... un puesto político o de encargado de alguna oficina de prensa de equis institución... para seguir desinformando...

Carlos Monsiváis se rio mucho de los contenidos de la revista, que publicó un solo número. No le gustó el diseño, el contenido, y sobre todo le molestó que el «Inédito de Novo» anunciado en la portada fuera apenas una parte del contenido completo de *La estatua de sal*, que él les había entregado en propia mano a Juan Jacobo Hernández y a ti.

—Un esfuerzo tirado a la basura —dijo sin más.

Presidieron la marcha Juan Jacobo Hernández y Fernando Esquivel, presentes "contra la represión burguesa y sexo-policiaca", decían en su pancarta del FHAR. *Tú no fuiste. Todos los grupos homosexuales de aquella época eran pro cubanos, o mejor, pro Fidel Castro, de izquierda. No era el caso de Xabier Lizarraga.*

No fui porque estaba en contra del régimen de Cuba y no me había enterado de que asistiría un grupo de homosexuales. Nunca estuve realmente en el clóset, y menos aún después de haber iniciado mi activismo sexo-político en Barcelona y en la primera marcha en España en 1977. Yo ya no era castrista porque había tenido una experiencia lamentable. En 1975 muere Franco y en mi casa estábamos festejando con champán, viendo las noticias en la televisión, y anuncian que Fidel Castro declaraba tres días de luto nacional en Cuba por la muerte de Franco: en ese momento automáticamente dejé de ser castrista... Luego, cuando te vas enterando de los campos de concentración para maricones, pues más en bandeja me lo pones para decir «yo con esto nada». De hecho tuve un tío, hermano de mi mamá, que estuvo con Castro, dejó un negocio maravilloso aquí para irse a apoyarlo y luego regresó diciendo que estaba hasta la madre de su autoritarismo.

Cuando hablas de «campo de concentración de maricones»...

Las UMAP —Unidades Militares de Ayuda a la Producción—, unidades de trabajo, que es adonde llevaban a los homosexuales...

Reinaldo Arenas, en su libro Antes que anochezca, *no habla de un campo de concentración para gays sino uno donde iba media humanidad, los indeseables, entre los que estaban incluidos los gays.*

Pero la inmensa mayoría de los que estaban ahí eran gays.

Tengo duda en aplicar el término «campo de concentración».

Yo le llamo campo de concentración pero tiene un nombre concreto, que son las UMAP —un nombre muy progresista—, donde encerraban a los indeseables, y entre los principales indeseables estaban los homosexuales.

Es fuerte el término, la gente piensa en Hitler...

Mi padre estuvo en un campo de concentración —es la foto que está atrás de mí— que no era de Hitler, era donde metieron los franceses a los españoles cuando terminó la guerra, para que no fueran ilegales en Francia. Para mí «campo de concentración» es uno donde a ver cómo te las arreglas. En este caso, diría yo, campos de concentración de trabajos forzados.

Xabier Lizarraga estuvo en Lambda de 1978 a 1983. La injerencia del PRT en Lambda era incontenible con Max

Mejía en el grupo: una figura emblemática del movimiento. Aclara:

—No es que estuviera mal, fue un trabajo político importante; nadie puede estar en contra de un partido que apoyaba abiertamente la lucha de los homosexuales. Yo he hecho activismo político pero también activismo académico: por eso pensamos en fundar Guerrilla Gay, un grupo en el que hubiera gente con cierta formación académica. No íbamos a aceptar gente que dijera «yo quiero», nuestro programa era: «Si vemos a alguien que valga la pena, vamos a tratar de atraerlo a Guerrilla; si nos piden solicitud, están cerradas», de ahí que sacáramos un lema jocoso, lúdico y muy perro que decía: «Somos pocas, pero muy mamonas». Porque nos tacharon de elitistas y dijimos: «Sí, estamos buscando una élite». No queríamos empezar a enseñarles desde la *a*, queríamos actuar para enseñarles a salir a la calle, a trabajar política y académicamente en la calle, entonces no podemos empezar a hacer bases. Luego fuimos agregando gente cuando ya se habían formado, tenían una idea, porque en Guerrilla no teníamos que pensar todas igual, aunque sin tener contradicciones fundamentales, y debíamos ser capaces de argumentar: si no eras capaz de argumentar, no tenías nada que hacer en Guerrilla porque te iba a enfrentar a un mundo con el que debías argumentar. Esa es la razón por la que creamos Guerrilla.

Muy radicales, en una época no muy generosa.

Yo hago una gran distinción entre radical y recalcitrante. Yo soy radical, quiero ir a la raíz exactamente, porque decíamos: «Bueno, ¿dónde está el origen de este problema?». Consideramos fundamental la lucha contra el

clóset: nunca propusimos el balconeo, propusimos que salieran del clóset y ayudarlos en la medida en que pudiéramos, porque consideramos y sigo considerando que los que están en el clóset, consciente o no conscientemente, avalan la homofobia. Se dice: «Es que hay muchísimos homosexuales, se ha convertido en una moda». No, proporcionalmente es la misma cantidad pero ahora somos más los que estamos fuera del clóset.

Ahora somos visibles, ya no somos invisibles.

Esa era la importancia para nosotros, la visibilidad, por eso fuimos radicales, en ese sentido fuimos radicales, y en todo 1983 realmente lo que hicimos fue prepararnos como grupo. Pedro Preciado, del grupo GHOL, de Guadalajara, nos invita a dar una plática sobre esa rara enfermedad que está dando, que todavía no tenía el nombre de sida, y a mí me invita a dar una conferencia del tema que yo quiera, sin saber que estábamos formando un grupo; entonces, de hecho decidimos que nuestra presentación en la sociedad maricónica activista iba a ser justamente esa semana en Guadalajara, que era cuando íbamos a dar a conocer la existencia de Guerrilla, justamente en el 84.

¿Cuáles eran los eslóganes de «fuera del clóset», cómo invitaban a salir del clóset? ¿Cuáles eran las consignas?

Las consignas de Guerrilla eran dos: «Somos pocas pero muy mamonas», y «La presencia de tu ausencia». Como decir: «Tú estás en el clóset, tú tienes miedo, tú no lo puedes decir, nosotros vamos a hablar por ti». Además, era la presencia de los que se nos iban muriendo, algo que apenas empezaba, en el 83 fue el primer caso en Tijuana. De la salida del clóset no teníamos consignas, teníamos discursos para tratar de convencer

y uno justamente: «Estar en el clóset es avalar la homofobia», es fortalecer al sistema homofóbico, ya después hablamos de fortalecer al sistema heteronormativo, etcétera. Eso era lo fundamental.

Él te dice que no era la «voz cantante» de los grupos que ha conformado. Insiste en que Max Mejía es una figura señera. O José Ramón Enríquez, «mucho más medido», sin duda una figura importante del movimiento. Director de teatro y dramaturgo, poeta: un gran asesor y persona. Amigo de Carlos Monsiváis...

—Sí, eran íntimos. José Ramón llevó a Carlos Monsiváis a mi casa, años antes. Carlos participó en varias de las reuniones... El problema entre Carlos Monsiváis y yo fue previo al movimiento y no tenía nada que ver con el movimiento.

¿Me vas a decir que lo personal se convirtió en político?

Total y absolutamente.

¿Y que lo político se convirtió en personal?

Totalmente.

¿Por qué no lo cuentas? Porque creo que nos va a servir a todos...

Antes de irme a España en 1977, Carlos le echó los canes a alguien que fue mi pareja durante tres años; no digo su nombre porque optó por casarse con mujer, divorciarse, y volverse a casar con otra mujer. (Por eso dije que iba a poner un consultorio en Reforma, e iba a

decir: «Cásese conmigo. ¿Quiere quitarse la homosexualidad? Cásese conmigo, y luego se vuelve buga y se casa.») Bueno, a ese Carlos le tiró los canes cuando era mi pareja, y mi pareja le dijo que no, porque era mi amante. Y antes de eso, un querido amigo tuyo y mío, famoso escritor, que vivía cerca de mi casa, le mintió a Carlos, diciendo que andaba conmigo, para rechazarlo. Desde entonces Carlos Monsiváis me criticaba todo lo que hiciera...

Cuando empecé a escribir, a publicar en una revista, se dedicó a destrozarme. Me enteraba por gente que lo conocía, incluso por aquellos a los que les llevaba la revista. Le mandé un recado con los conocidos, les decía: «Díganle que le agradezco muchísimo toda la crítica que está haciendo a mi trabajo...». Yo era un ilustre desconocido y ahora estoy en boca de Carlos Monsiváis. Eso lo acabó de emputar porque se dio cuenta de que había cometido un error.

Mi nombre aparecía en las frustraciones de Carlos a cada rato. Tuvo un novio que era veterinario, cuyo nombre no recuerdo; llega con él al Le Baron y de repente este fulanito iba a buscarme ahí entre la gente, me invitaba una copa y me sacaba a bailar, nada más para darle en la torre a Carlos. Y como Carlos no se había portado muy mono conmigo, pues yo le seguía el juego con singular disfrute.

Siento que se dio una fricción, no sé si justa o injusta, pero se dio, a partir de la que Carlos en algún momento ha llegado a parecer como enemigo del movimiento cuando en realidad nunca lo fue.

No, yo nunca dije que haya sido enemigo. Lo que siempre he dicho es eso: sin yo conocer a Carlos, sabiendo

de él porque leía el periódico, leía las cosas y sabía quién era, empezó a hablar mal de mí, a criticar todo lo que yo hacía, hasta que me harté y le mandé ese mensaje.

Le cuentas a Xabier Lizarraga un chiste que Monsiváis contaba cuando la gran exposición de Picasso en el Museo Rufino Tamayo, en 1982-1983:

«—¿Ya supiste lo del Museo Tamayo?

—¿Qué?

—¡No dejaban salir a Xabier Lizarraga del museo!

—¿Cómo?

—¡Lo confundieron con una de las esculturas de rostros expuestas!»

Lacónico, mirándome a los ojos, me dice Lizarraga:

—Eso me parece divertido...

Xabier Lizarraga regresa al tema de Monsiváis:

—José Ramón Enríquez, que era muy amigo de Carlos y era mi hermana, tan quiso que ya dejara Carlos de hablar mal y yo de sentirme así, que lo llevó a mi casa: entró y el resto de mis amigas, muy solidarias, haz de cuenta que Carlos no estaba, y se aburrió como ostra. Fui a varias fiestas en las que estaba Carlos, en Álvaro Obregón,

donde vivía Yuri de Gortari. Le hice una broma muy pesada de la que él ni se enteró, lo cual me dio mucha más risa: estaba platicando y comiendo cacahuates y lo que le pusieran ahí, y entonces le puse croquetas para perro y se las empezó a comer; yo estaba que me moría de risa...

De esa historia entre ustedes dos, y del movimiento gay, viene la crítica a Carlos Monsiváis porque no salió del clóset, aunque ya escribí alguna vez que estaba en realidad en un clóset de cristal... Lo escribí cuando él aún vivía.

Una vez publicó Carlos en *Tele-Guía* que salir del clóset era un acto confesional, entonces...

¿A propósito de qué dijo eso, le preguntaron al respecto?

No sé, eran esos cintillos que ponían abajo, habría que buscar si aún existen esos ejemplares; creo que se estaba basando en una reinterpretación, en mi opinión equivocada de Foucault, no recuerdo, entonces dije: «A mí me queda clarísimo que es un acto confesional para aquellos que consideran que es una vergüenza o que es una culpa o un delito. Yo no confieso que soy mexicano, tampoco confieso que soy homosexual; la confesión implica culpa, vergüenza».

Carlos me hizo cosas muy feas. En Lambda participamos en el movimiento feminista, y antes de una de las reuniones, que era en la Universidad, yo tenía trabajo y le dije a Luis Armando Lamadrid: «Nos vemos allá». Cuando llego ya había empezado la reunión, estaba hasta arriba, y Carlos lanzándole el can a Armando. Armando y yo éramos pareja abierta, no teníamos ningún problema, pero yo llego y beso a Luis Armando...

Muchos años después, a la muerte de Paco Estrada quieren hacerle un homenaje y entonces invitan a

Carlos, que pone una condición: que yo no esté en la mesa. Cuando me dijeron: «Oye, ya hablamos con Carlos y sí acepta, pero pone una condición», dije: «Sí, ya me imagino cuál, que no esté ahí arriba». «Sí», me respondieron. Dije: «Mira, lo importante es que venga, que se haga el homenaje, Carlos trae más prensa que yo. Pero no pueden evitar que esté en el público». «No, claro que no.» No hablé pero llegué muy temprano, vi dónde estaban los nombres, puse mi bolsa apartando un lugar frente a Carlos, y cuando llegaron y se sentaron todos, voy como corriendo y me siento en mi lugar, y cuando empieza el evento me abro la chamarra y enseño mi bonita playera que decía en el pecho: «EL CLÓSET ES PARA LA ROPA». Ese era el nivel de mi ataque a Carlos, pero él, este condicionamiento de que no me presentara... Habían matado a un gran amigo mío, yo era el último que lo vio con vida: que pusiera esa condición me parece muy mezquino. Y luego el boicoteo de mi libro: le dijo a Consuelo Sáizar que no lo publicara, el de *Una historia sociocultural de la homosexualidad*, y ya estaba en prensa.

¿Pero te lo dijo Consuelo Sáizar? ¿Cómo supiste?

Ya me habían enseñado la corrección de estilo y todo, iba a ser mi primer libro, llamaba y siempre me contestaba Consuelo: «Vamos en esto, y vamos en esto otro». Un día llamo y ya no me contesta. Dejo recado. No la vuelvo a ver en tres o cuatro años, cuando publica un libro de Álvaro Cueva. Al verme me pone una cara y me dice: «Ay, contigo tengo que hablar»; le respondí: «Contigo no tengo nada que hablar», y me largué. Cuando Laura Lecuona me publica el mismo libro, viene a mi casa y me

dice: «Oye, Xabier, ¿este no será un libro que iba a publicar Consuelo Sáizar y que boicoteó Carlos Monsiváis?».

¿Eso dijo Laura Lecuona?

Me lo confesó Laura y lo acepté: «Sí, sí es». «Con más ganas lo publico», dijo.

Carlos hoy ya no puede confirmar nada, de si boicoteó tu libro o no. Pero hagamos un ejercicio de inteligencia posible: olvidando lo personal entre ustedes, lo cierto es que en lo político no coincidían. Voy a decirlo a la española: tú eras un grano en el culo de Carlos. Porque él, no es que estuviera en contra de la salida del clóset, pero...

Él tenía conceptos religiosos...

Y una familia. Voy a soltarte la frase de Enrique Krauze, que me parece oportuna. Cuando muere Carlos, dijo: «Tuvo triple marginación: sexual, social y religiosa». ¿Estás de acuerdo?

Social, a medias. Creo que pudo padecer varias formas de opresión social: una por su imagen física, era un hombre feo y hacía todo lo posible por verse peor, y en nuestro mundo eso se paga, te lo critican, te lo abuchean. Yo lo entiendo, todas las marginaciones y las opresiones que pudo tener Carlos las entiendo, también las tuve, aprendí a hablar con la ese y a sólo usar el vosotros en casa, porque me hicieron *bullying* por ser hijo de españoles y aparte por ser mariquita; es muy difícil, pero creo que no se lo tienes que hacer pagar a otros. Teníamos diferencias políticas... Yo tenía diferencias políticas con José Antonio Alcaraz, él se declaraba de derechas. Pero cuando se publica mi libro, le comento que estoy muy orgulloso porque mi libro tiene un prefacio, un prólogo escrito por un hombre de izquierdas

profundamente religioso y fuera del clóset, un epílogo de un hombre de derechas profundamente religioso fuera del clóset, y en medio está un hombre de izquierdas profundamente ateo y fuera del clóset: coincidíamos en que estábamos fuera del clóset José Antonio Alcaraz, José Ramón Enríquez y el que escribió el texto.

¿No rescatas la parte política de Monsiváis? Hasta ahorita me has dicho el porqué, las razones, el sustento y los detalles pormenorizados, que me parecen clarísimos; digo, cuando te enojas con alguien, te enojas con alguien. Pero esta parte política de Carlos... sí fue un activista, con todo y que fuera de clóset.

Siempre he dicho que Carlos hizo, sin lugar a dudas... Publicó artículos, asesoró a muchos, fue a asesorar a Lambda como a otros grupos, apoyó a personas. Personalmente no participé mucho, casi nada, en el activismo, porque en general, o yo no estaba y él aprovechaba eso, o yo aprovechaba que él no iba a ir para hacer otra cosa. Pero sí reconozco que abrió, ventiló el problema a nivel público, a nivel de prensa, y ayudó a fortalecer a algunos individuos que estaban empezando, pero hasta ahí. Conozco el trabajo de Carlos, pero conozco más el de Nancy Cárdenas, porque participé con ella...

Nancy fue abiertamente lesbiana... e íntima de Carlos.

Por eso, lo de Carlos no lo conozco, sé que lo hizo pero no lo viví tanto.

Carlos hizo un trabajo intelectual muy importante por el movimiento, y era la mano que mecía la cuna en el poder para ciertas cosas que tuvieron que ver con el VIH, con la clínica, con las fundaciones, en la época de Francisco Galván y el suplemento «Sociedad y Sida», publicado en el

diario El Nacional, *antecedente directo de «Letra S», editado en* La Jornada...

Creo que lo hizo Francisco Galván, con el apoyo y la fuerza que le dio Carlos Monsiváis; yo por eso mismo casi no participé en «Letra S», pero no me sentí marginado...

Mi última pregunta sobre Carlos y ya no vuelvo a tocar el tema...

No, no, puedes tocar el tema las veces que quieras, pero te digo, muchas veces no estuvimos juntos.

Carlos, cuando aparece el VIH, si bien no sale del clóset —aunque siempre escribió y se comprometió con las causas de los gays—, se entrega de una manera pública, abierta, fervorosamente en torno al tema. No que sea el único, pero estoy hablando de un personaje que, aunque efectivamente nunca dijo «soy gay», defendió a las minorías, a la diversidad, etcétera; hablaba en plural toda la vida y en tercera persona, nunca «yo». Bueno, pero cuando aparece el tema del VIH, cuando hablamos del VIH, tenemos un porcentaje de un 90 por ciento que rondaban la homosexualidad, digamos. Carlos era una presencia brutal en el tema, ¿qué me dirías de eso?

No, a mí eso me pareció importante y siempre lo dije, me parecía importante y lamentaba que no tuviera el valor de hablar más así, porque la presencia de Carlos hubiera facilitado muchísimas cosas, se hubiera avanzado muchísimo más. Si Carlos hubiera hablado en primera persona, estoy convencido... Siento que hizo mucho, pero yo no confiaba por una cosa: porque le oía un discurso y luego le veía una acción que lo contradecía.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, hablar de la corrupción cuando era un *aviador* del INAH.

¿Era un aviador *del INAH?*

Sí, junto con José Emilio Pacheco, los dos eran *aviadores* a los que les dieron estímulos, unos niveles que por sus respaldos académicos oficiales no podían tener. En esa medida a mí me parecía una contradicción: él, hablando en contra de la corrupción, y de todas maneras salgo en la foto con Carlos Salinas de Gortari, y además soy *aviador* del INAH...

Este tema siento que se sale de lo que... No quisiera que me llames censor, pero... Es como los que critican mucho a José María Covarrubias, que porque era un corrupto, porque vendía obra y todo, cuando nunca tuvo una beca.

Pero tuvo la beca Carlos Monsiváis un buen rato.

¿Cómo «la beca»?

Carlos Monsiváis estuvo manteniendo a José María Covarrubias un buen tiempo.

Pero ¿por qué dices que manteniéndolo?

Porque le daba formas para que sobreviviera.

El único trabajo que consiguió José María Covarrubias se lo dio Carlos en el INEA.

Por eso te lo estoy diciendo.

¿Y eso qué tiene de malo?

No, me parece muy bien, eso no lo estoy criticando, entiendo perfectamente...

Y si tenía la «beca Carlos Monsiváis» y le ayudaba, no le ayudaba nada más a él...

Cuando dije «la beca Carlos Monsiváis» era en ese tono. Tuvo el apoyo, como lo tuvo José Joaquín Blanco en sus inicios; si no llega Carlos Monsiváis, José Joaquín no existiría... Aplausos a Carlos por haber apoyado a José Joaquín, creo que es un hombre con talento y creó una

obra paradigmática para nosotros, «Ojos que da pánico soñar», que no creo que le haya dado ningún gusto a Carlos que la publicara. «Ojos que da pánico...» es paradigmático, es parteaguas...

En Función de medianoche *está «Ojos que dan pánico soñar». Igualmente importante es* El vampiro de la colonia Roma, *de Luis Zapata.*

Libros que son parte del movimiento. Para mí esos libros están moviendo a la sociedad, lo hicieron en su momento. El movimiento es más que el activismo y el activismo es más que la militancia, o sea, somos más.

Oye, no sé si me falte algo que quieras decirme y que yo no te haya preguntado, que se me haya escapado, creo que no...

Quiero recordarles, informarles a los que no lo vivieron, y recordarles a otros, que no puede haber desunión porque nunca estuvimos unidos; por eso tantos grupos de homosexuales y lesbianas. Desde siempre no hubo unión, aunque para ciertas actividades sí, y creo que es lo que tenemos que seguir haciendo ahora porque el mundo homosexual, de lesbianas y transexuales, es tan diverso como la población nacional: hay trans, homosexuales, lesbianas, etcétera; de derechas, de izquierdas, de centro y apolíticos; ateos, religiosos, judíos, musulmanes, católicos, evangélicos y demás; ricos y pobres, de todo. Cómo pretenden que el movimiento sea unificado si se ve clarísimamente que no hay unificación en un país, no puede haberla y para eso inventamos la democracia, porque si todos fuéramos unificados, entonces no necesitaríamos gobiernos... «¡Viva la anarquía, nadie necesita gobernar!» En ese sentido me parece importante reconocer que, por ejemplo, yo he sentido rechazo por parte de

algunos políticos por ser académico, por ser antropólogo físico; ni siquiera social, físico. A mí me parece que las células son tan importantes como las leyes, creo que esto es importante para comprender cómo fueron surgiendo estos grupos.

Oculto bajo tu traje

El origen de ciertas palabras casi siempre nos llega de Grecia. Kálamo o Cálamo es un personaje de la mitología griega: era amante de Karpo, al que, al morir ahogado, Cálamo decidió mutar en un tallo que crece junto a los ríos y lagos...

La palabra y la historia de amor orillan a pensar en los homosexuales: no en balde les decían calamitas en la Edad Media.

Un poeta, Walt Whitman, escribe *Hojas de hierba* y en la sección dedicada a esta leyenda resignifica la amistad amorosa entre hombres. Crea una metáfora: el tallo erecto de esos ríos y lagos, el cálamo, desea en realidad el regreso de su amigo Karpo...

Vi una encina que crecía en Louisiana,
se erguía solitaria y el musgo colgaba de sus ramas,
crecía allí sin ningún compañero, echando alegres hojas
de un verde oscuro,
y su aspecto rudo, inflexible, robusto, me hizo pensar
en mí mismo,
pero me preguntaba cómo podía echar hojas alegres
erguida allí sola, sin su amigo, su amante cerca,
porque sabía que yo no podría,
y rompí una rama con cierto número de hojas y enredé
en ella un poco de musgo,

y me la llevé, y la he colocado en lugar visible en mi
habitación,
no la necesito para que me recuerde a mis amigos
queridos
(pues creo que últimamente no pienso en otra cosa que
en ellos),
y sin embargo sigue siendo para mí un recuerdo
curioso, me hace pensar en el amor viril;
a pesar de ello, y aunque la encina resplandece allá en
Louisiana, solitaria en medio de una vasta llanura,
echando alegres hojas toda su vida sin un amigo,
un amante cerca,
sé muy bien que yo no podría.

Cualquiera puede leer ese clásico de la poesía sin necesidad de conocer esta historia. Pero cuando un grupo de amigos se unieron «echando alegres hojas» para crear un grupo gay, el relato dio nombre a esa asociación: Cálamo, la primera agrupación homosexual legalizada jurídicamente, con todos los ingredientes para alcanzar objetivos sociales en el corto y largo plazo. Nadie antes lo había logrado, o ni siquiera se intentó; fueron los más avanzados de su tiempo.

Ocurrió el 29 de julio de 1985 en la calle de Xochicalco, en la colonia Del Valle. El primero en hablar fue Arturo Vázquez Barrón:

—...iniciar una serie de actividades que provocarán no sólo la creación de nuevos espacios para la comunidad sino también el establecimiento de vínculos distintos y de más variado contenido que el de las preferencias comunes.

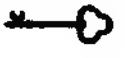
O sea, no basta con los bares y cantinas y lugares de ligue; tampoco la lucha política en la calle, o partidizar

el movimiento gay. No: hay que buscar espacios culturales.

El abogado Rodolfo Millán conminó a los presentes a crear una asociación civil lo suficientemente flexible como para permitir la convivencia y la pluralidad.

¡Iban preparados! Arturo Vázquez Barrón había obtenido de la Secretaría de Relaciones Exteriores el permiso para constituir Cálamo, Espacios y Alternativas Comunitarias, A. C., con veinte años de existencia por lo menos, sin fines de lucro, sin capital, pero con todas las ganas del mundo. De entrada intentaban proporcionar a sus miembros servicios asistenciales, médicos, de orientación jurídica, programas de organización social, deportivos y de recreación.

No sólo iban preparados: ese mismo día firmaron el acta constitutiva Arturo Vázquez Barrón, Jerónimo Pérez Lugo, Ángel Llorente García, Marco Antonio Rosas Tapia, Enrique Ortiz Betancourt, Tarsicio Francisco Javier Pérez Cabrera, Rodolfo Millán Dena, José Luis Astorga Meza, Alejandro Reza Arriaga, José Cuéllar González, Gerardo Peña Garza y Artemio Saldaña Rivera. ¿Pero quiénes son estos personajes?



No eran Hugo, Paco y Luis, no, sino tres que venían de diferentes flancos de la vida social y de la lucha por los derechos de las minorías sexuales. Arturo Vázquez Barrón y Alejandro Reza se conocían del trabajo en el Grupo

Lambda; habían coincidido en proyectos, ilusiones y hasta ligues que llegaron a compartir. Alejandro Reza era amigo de Luis Astorga y éste a su vez conocía a Rodolfo Millán. Ya habían salido varios de ellos a tomar la calle en defensa de sus derechos, habían coronado parte de la lucha, pero sabían que no era todo. Entre la primera salida a la calle en 1978 y hasta 1983, el trabajo fue ponerse de acuerdo; se sentían desgastados de los grupos gays y las rebatingas por protagonismo. Lo llegaron a platicar Arturo y Alejandro, y de pronto se vieron los cuatro trabajando en un proyecto para formalizar Cálamo.

No, tampoco eran los tres mosqueteros y D'Artagnan. Dice Arturo:

—Entré a la aceptación de mi homosexualidad no por el ligue callejero, no por los baños, no por ese mundo sórdido que se vivía en el momento: yo me enamoré profundamente de mi mejor amigo en la preparatoria, durante tres años. Nunca me atreví a decírselo. Mi amor era real pero era un amor frustrado, sin contacto físico; salíamos a emborracharnos, de vacaciones, pero hasta ahí. Al terminar la prepa me fui a Estados Unidos para olvidarme de él. En Washington conocí a mi primera pareja, Jonas dos Santos, brasileño que aún vive y seguimos siendo amigos; junto a él conviví con un grupo multidisciplinario de artistas muy interesante. Era el año de 1975. El mundo de los artistas es más variado, gays, bisexuales y heterosexuales en convivencia y cohabitación, lo que me permitió ver que las cosas podían y debían ser distintas. Al regresar a México no me gustó la represión: por ligar, por salir a bailar, por ir a un baño público, únicas alternativas de entonces. Ante la vulnerabilidad absoluta, entré a la militancia.

Fui un día al teatro a ver *Los ojos del hombre*, con Xavier Marc, y al salir había gente repartiendo volantes de lo que sería el futuro Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, el FHAR; ese fue mi inicio, en 1979. Pero no me quedé en el FHAR, me fui a Lambda. Me apropié del espacio: conocí a Max Mejía, Xabier Lizarraga, Carlos Bravo, Danny Laird, Gonzalo Aburto, a Alma Aldana y Claudia Hinojosa; eran los que llevaban la batuta.

—En realidad la salida de los gays a la calle fue en 1978, cuando el FHAR sale con los estudiantes del 68 para recordar los diez años de la represión... ¿Fuiste?

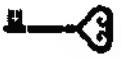
—No, pero a la del 79, de puro contingente gay, sí: éramos muy poquitos por la lateral de Reforma. Después de tres o cuatro años de marcha, para 1982-1983, las cosas ya no estaban funcionando bien del todo. FHAR y Lambda vivían en acusaciones mutuas, unos por radicales, otros por reformistas. Nada nuevo: eran patentes las diferentes estrategias que se elegían y por las cuales cada uno de los grupos apostaban. Esto entre grupos, pero intragrupos, es decir, dentro de un mismo grupo, también se fueron acrecentando las diferencias. Alejandro Reza y yo establecimos una relación no sólo cordial sino de identificación ideológica; compartíamos un sentido del humor muy particular, afectos y a veces hasta ligues. Empiezan a ocurrir fracturas importantes en el seno de Lambda, entre los líderes más visibles, de mayor edad que nosotros: Alejandro y yo optamos por una posición conciliadora, no de apartar nuestra militancia sino de tratar de encontrar solución a los conflictos que se estaban generando. A pesar de nuestros esfuerzos no fue posible conciliar las posiciones y Lambda, junto con los demás movimientos del

momento, se fue al carajo, dejó de funcionar. Para 1984 Alejandro y yo seguimos frecuentándonos, seguimos platicando y diciéndonos: «Bueno, ¿qué fue lo que pasó, por qué ocurrió lo que ocurrió?», qué era lo que podíamos hacer, para dónde teníamos que movernos, es ahí donde empieza a surgir, sin que nosotros lo supiéramos en ese momento, la simiente de Cálamo...

Fue Rodolfo Millán Dena el que les dio el sustento jurídico para actos políticos, culturales, sociales; sin la asociación nada de lo realizado hubiera sido posible. No lo hizo SexPol, el FHAR, Lambda ni el Círculo Cultural Gay. El avance era enorme porque el movimiento gay entró a la lucha por sus espacios democráticos con las leyes en la mano.

La labor de Cálamo fue titánica porque no había dinero y sin embargo trabajaban: asistencia médica, orientación psicológica, comunicación y cultura, convivencias de campismo, asesoría legal... En el movimiento se empezó a hablar de Cálamo como el aglutinador de deseos y empresas posibles. También surgieron las envidias, las confrontaciones, las burlas por las labores del, se decía irónicamente, «grupo de dinámica grupal».

En la práctica cada vez eran más los agremiados y las actividades sociales y culturales tenían resultados importantes: eventos para apoyar a enfermos de VIH, estrenos de películas de tema gay, recaudación de fondos, deportes y fiestas, muchas fiestas; ligues y algunas historias de amor...



Tú entraste a Cálamo por Alejandro Reza. Dilo sin empachos: te enamoraste de él. Todo lo hiciste por él. Organizaron juntos las bohemias de los lunes en el bar El Nueve —gracias a la generosidad de Henri Donnadieu— para apoyar a los enfermos de VIH en los ochenta, y llevaste al mismo «palacio blanquito», Bellas Artes, a la danza independiente con el fin de recaudar fondos para la lucha organizativa de Cálamo. Cuando te fuiste de México, donaste tus libros de tema gay para la biblioteca del grupo, pero alguien se los robó. Juan Ramón Anaya conoce tan bien a Alejandro Reza que le escribió un relato por sus cincuenta y cinco años; es la mejor manera de describir a un personaje que ha hecho mucho por la causa de los putos.

—¡Don Ale!, don Ale...

¿Dónde se habrá metido este señor? Nadie conoce mejor que él la casa, pues según cuentan, él mismo la fundó hace ya muchos años. Hasta su foto está colgada en el salón: sonriente, robusto, morenote. Junto hay otra foto de un joven bien parecido, dicen que él también fundó Cusen, que era quesque su novio o algo así pero prefiero que ni me cuente, que esas cosas son pura puterío.

—¡Don Ale!, don Ale, que ya es hora de comer...

Debe de estar ocupado inventando algo para darnos problemas. Puede quedarse sin alimento por horas pero eso sí, nada más se desocupa y se da cuenta que eso que siente es hambre, se pone de un genio y no entiende razones.

—¡Don Ale!, don Ale...

¡Qué difícil es este señor! Si hubiera tenido idea en lo que me metía, no hubiera aceptado este trabajo. Es un mañoso, no puedes decirle nada porque siempre tiene un argumento. Todos me dicen que ni le haga caso, que hasta con políticos y sabihondos se enfrentaba, pero no es que quiera ponerme a discutir con él: si es que nada más comienza a hablar, quién sabe qué tanto te dice que no puedes escapar.

—¡Don Ale!, don Ale...

¿Estará en el patio fumando? Tiene estrictamente prohibido el cigarro pero siempre se las arregla para seguir fumando. Que medio cigarrito, te dice. No, don Ale, el doctor dijo que no puede fumar. Ya lo sé, pero también el doctor sabe que el estrés hace más daño. Al contrario, medio cigarrito me ayuda a dejar de fumar pues así se me quitan las ganas y estoy más tranquilo. Y claro, la tranquilidad de él significa la de todos los que tenemos que cuidarlo.

—¡Don Ale!, don Ale...

Espero que no se haya escapado. Si no le dan lo que quiere, se escapa de la casa. El jueves amaneció con antojo de gomitas pero las tiene prohibidas, por lo del azúcar. Si al fin y al cabo ya me voy a morir, dijo. Nada más nos volteamos se salió a la calle y, como siempre, encontró a algún vecino que lo recibió, le dio de comer, pero nada más empezó a discutir de política nos llamaron para que lo recogiéramos. Los enfermeros le llevan las cuentas de cuánto tiempo lo aguantan cada vez que se escapa. Su récord son cinco horas que incluyeron un paseo por Chapultepec, una invitación a comer y, al final, una discusión que no demoró más de quince minutos pues, según nos contaron indignados, don Ale quería explicarle a una familia conservadora cómo los hijos deberían ejercer sus libertades sexuales.

—¡Don Ale!, don Ale...

Seguro estará encerrado en el baño. Le encanta leer y es el único lugar en que lo hace. No sé cómo aguanta, si yo me pasara tanto tiempo sentado en la taza ya tendría una hemorroide que me colgaría hasta las rodillas.

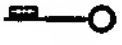
—¡Don Ale!, don Ale...

Nada más entré a trabajar, el doctor me explicó cómo tratarlo: es muy inteligente, tenga cuidado, siempre logra lo que quiere. Claro que sí, si a veces ni lo aguanto; yo ya habría renunciado hace tiempo, pero es un cabrón pues lo peor de todo es que uno termina encariñándose con él.

—¡Don Ale!, don Ale...

Ya sé cómo lo voy a hacer salir de su escondite.

—¡Don Ale!, don Ale, aquí está un joven muy guapo que lo busca.



Así es Alejandro Reza. Cusen es el asilo de ancianos que fundó junto a Pepe, José Cuéllar, fundador igualmente de Cálamo; una historia de amor donde tú no tenías cabida. Ni un año duró tu persistencia, mutaste a la amistad. Ganaste: es el hermano que no te dieron tus padres.

Escribiste en *Los nombres del arco iris*:

> Cálamo se distinguió por su conjunción de gente de diversas clases sociales. Y fue el que inició la lucha contra el sida mediante volantes en bares, desde 1986. Cálamo logró un acuerdo con el bar El Nueve para crear todos

> los lunes eventos culturales. Fue un año de trabajo con la poesía, el teatro, la música, los libros. Diversos artistas contribuyeron en los eventos: Tania Libertad, Astrid Hadad, Carlos Olmos, José Antonio Alcaraz... El trabajo para que esto sucediera lo coordinaban Alejandro Reza y Braulio Peralta... Cálamo realizó un magno evento en el Palacio de Bellas Artes con los grupos independientes de danza, a fin de recabar fondos para hacer, en 1988, la primera clínica de atención a pacientes con el VIH, o ya declarados enfermos de sida... Desgraciadamente los recursos empezaron a menguar y para los años noventa se estaba cerrando Cálamo a la sociedad civil.

Muchos gays fueron a la sede de Cálamo en Culiacán 116, en la colonia Roma; la sonrisa de Arturo Vázquez Barrón los recibía siempre. El adusto abogado Rodolfo Millán Dena —a quien debemos que las leyes de la Ciudad de México contemplen el concepto de «homicidio homofóbico» desde que se creó la Comisión Ciudadana contra Crímenes de Odio por Homofobia— es el mismo que les dijo un día a Arturo y Alejandro: «Lo que pasa es que ustedes como grupo han funcionado siempre desde la marginalidad política, sin embargo, la homosexualidad no es un crimen en este país». Eso cambió el panorama y las tácticas de los movimientos por la diversidad: Cálamo abrió el camino a los futuros grupos en la lucha por sus derechos humanos.

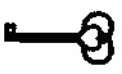
Ninguno tuvo contacto directo con Monsiváis porque Carlos ya trabajaba férreamente con los vulnerados por el VIH y las dificultades para que se les atendiera en los hospitales, públicos o privados. Lo dice clarito Arturo Vázquez Barrón:

—Uno de los primeros encuentros que tuve directamente con Carlos Monsiváis fue cuando llegué acompañando a alguien al departamentito que él tenía cerca de Florencia; unos días antes acababa yo de publicar una carta en el correo de *La Jornada*, echándole cacayaca y media a un psicólogo médico que decía que la homosexualidad se podía curar. Carlos me dijo en su departamento: «Arturo: muy bien por la carta, pero debiste haber dicho...».

—Típico de Carlos...

—Tenía razón en algunas cosas que me decía, en otras no; lo que no me gustó fue el tono regañón que todos conocen. Después intenté acercarme. El último intento: tengo en Cuba a un gran amigo al que quiero muchísimo y que era también amigo de Monsiváis, Antón Arrufat; con él me metí a comprar libros y encontré un diccionario de escritores cubanos. Le dije: «Mira, ¿qué te parece si se lo llevo a Carlos?». Me respondió: «Uy, le va a encantar». Lo compré, fui a Portales, toqué y ahí estaba. Ni siquiera me recibió. Fui a buscarlo como tres o cuatro veces y nunca me recibió. La última le llevaba yo de regalo el diccionario, suponiendo que le podía servir para su biblioteca. Iba a decirle que lo compré junto con Antón, que él también lo conocía: no me recibió, me mandó

decir que estaba muy ocupado y que qué quería. Contesté: «No, nada, dile que soy Arturo Vázquez Barrón y que le venía a dejar este regalo que le traje de La Habana». Me fui y nunca más volví a buscarlo. En el medio en que me muevo nunca necesité a Carlos Monsiváis, por suerte, digamos; nunca tuve que acercarme a él ni nada para pedirle un favor, era simplemente el deseo de ser cuates y ya, nada más. Lo que te puedo decir es que la imagen pública de Carlos Monsiváis me resultaba muy incongruente, porque si bien nunca fui su amigo, sí fui y sigo siendo amigo de gente que estaba muy cercana a él; no voy a decirte nombres, pero de alguna manera en más de dos ocasiones me dijeron: «Es que me puso un ultimátum, o dejo de andar con tal o me corta». Nunca me gustó, independientemente de que pueda reconocer que algunos de sus libros me agradan más que otros, pero esa manera como él se manejaba... Había una especie de desdoblamiento de su personalidad que lo hacía un hombre absolutamente manipulador y autoritario. Me sorprendía esa red de informantes que él había construido, porque Carlos estaba enterado de todo y no solamente de las cosas importantes sino de todo, es decir, todos le daban informes por teléfono... Eso es algo que sí me consta, esa manera, digamos, un poco... tan casi patológica se podría decir, de tratar de controlar todo lo que está a tu alrededor, un tanto para poder posicionarte y emitir juicios; eso no me gustaba.



Ponerle Cálamo al grupo fue propuesta de uno de los fundadores, que en ese momento era pareja de Arturo Vázquez Barrón y que ya murió: Ángel Llorente, quien estudió literatura y estaba enamorado de Walt Whitman. Del poeta leemos:

> Nosotros, dos muchachos, siempre unidos,
> sin separarnos nunca el uno del otro,
> recorremos los caminos de arriba abajo, hacemos
> excursiones por el Norte y por el Sur,
> disfrutamos de nuestra fuerza, estiramos los brazos,
> cerramos los puños,
> armados y audaces, comemos, bebemos, dormimos,
> amamos,
> a ninguna ley nos debemos más que a la nuestra,
> navegamos, fanfarroneamos, robamos, amenazamos,
> asustamos a los avaros, a los criados, a los sacerdotes,
> respiramos aire, bebemos agua, bailamos sobre el
> césped o en la playa,
> cantamos con los pájaros, nadamos con los peces,
> echamos ramas y hojas con los árboles,
> inquietamos a las ciudades, despreciamos la comodidad,
> nos burlamos de las estatuas, perseguimos la debilidad,
> colmamos nuestras correrías.

Descansen en paz Whitman y Ángel Llorente.

Cálamo empezó a tener mayor presencia pública. El primer gran éxito tuvo lugar antes del Palacio de Bellas Artes, las exposiciones y todo eso; fue haber logrado poner en la marquesina del cine Manacar la palabra *gay*, con la película *Jóvenes corazones gay*: cuando se organizó aquello estaba repleto, no había un solo lugar vacío. Juan Carlos Hernández Meijueiro estuvo muy pegado a la realización de esa *premiere*, ¡fue muy padre!

—Cuando regresé de España, a principios de 1993, Cálamo estaba en declive...

—Claro, de hecho perdimos el local, tuvimos que refugiarnos en una casa que nos prestaron, un local en Calzada de Tlalpan. Si las cosas hubieran salido como las teníamos planeadas, Cálamo seguiría existiendo actualmente, con una estructura tal vez nacional; lo he platicado mucho con Rodolfo Millán y en algún momento dado —no hace tanto tiempo, de hecho— platicamos sobre qué sería Cálamo en la actualidad si hubiera seguido existiendo. Según recuerdo, lo que me dijo Millán es que las circunstancias han cambiado muchísimo y que las necesidades de la gente ahora son otras.

De los fundadores, sólo cuatro sobrevivieron. Adiós a los sueños de Cálamo. Lo que siguió es la historia que tienen que contar las nuevas generaciones...

Cómo se vive sin ti

Después de 1981 nadie fue el mismo. Ni siquiera los que no estaban informados de un virus llamado «de inmunodeficiencia humana» —VIH—, que ataca el cuerpo y acaba con tus defensas. Un virus que se contagia por las relaciones sexuales humanas, pero nacido con la leyenda de que se transmitió de los monos al hombre. Y que salió de África. Nadie en su sano juicio puede decir que es el castigo de Dios a los homosexuales —pero lo dicen—, los primeros en contraer el virus y sus consecuencias sociales, pero ante todo de salud. El prejuicio antes que la información científica y el conocimiento del tema.

La comunidad gay se enfrentaba, de sopetón, con uno de los más graves problemas de salud que ha enfrentado como contingente. Cuando luchaban por sus derechos humanos, zas, llega la realidad de un virus que no entiende de razones. Cuando empezaba a fructificar un movimiento gay que reivindicaba causas legítimas para los suyos, ay, las iglesias encuentran el pretexto ideal para hablar de pecados, culpas y castigos. Es más fácil la crítica falsamente moral que el conocimiento científico. Cuando desde el principio se dijo que el virus ataca a todos por igual, sin perdonar razas ni clases, las religiones se concentraron en atacar a los de siempre, esos «hijos de Sodoma».

Bastaría con revisar las declaraciones de aquella época. La década de los ochenta marca también el comienzo de un cambio de actitud hacia los homosexuales, tristemente no por sus luchas públicas, visibles desde los años setenta, sino primero por el rechazo y luego por la compasión que provocaron en las esferas de la política y la salud más avanzadas de entonces. Si se atiende a los parámetros con que se ocupaban de los gays en ese tiempo, incluida la siguiente década, los gobiernos más civilizados de Occidente empezaron a atender los derechos humanos de los gays y lesbianas, primero, y continuaron con la defensa de bisexuales, travestis, transexuales y lo que se acumule, que deriva en el concepto de unas siglas que aún nadie sabe deletrear —LGBTTTI— y que no piensas explicar por el momento. La Iglesia y su rigidez se quedó muy atrás.

No fue gratuito. Las instituciones de salud, a nivel mundial, sabían lo que les esperaba. Millones de dólares para investigar el caso del nuevo virus a finales del siglo XX: menudo problema invertir en el sector salud y costear las pesquisas de la industria químico-farmacéutica. De entonces a la fecha, 37 millones de personas infectadas y 30 millones con un nombre en su tumba, según datos de la Organización Mundial de la Salud en 2014. África, la más desangrada y la más abandonada hasta hoy (cualquiera puede acercarse a un libro clave sobre el dolor y la tragedia del sida en ese continente, de la mano de Henning Mankell: *Moriré, pero mi memoria sobrevivirá*). Decirlo es hasta lugar común y nadie se afecta en sus emociones. Tú, pobre mortal, leías las noticias y apenas dabas crédito del descrédito de tu comunidad, avasallada por los tabúes creados en torno a una minoría

que nadie quiso entender hasta que llegó la amenaza para todos, cojan lo que cojan.

Carlos Monsiváis entró de lleno al tema. Podría hacerse un libro con lo que escribió en diarios, revistas, suplementos, entrevistas (bien editado, sería un testimonio invaluable de una época negra donde el sexo era el protagonista trágico). Escribió del sida como un poseso y se atrincheró en la defensa de los derechos humanos de los seropositivos. Fue más allá: empezó a colaborar con grupos que adecuaron su lucha social para exigir atención a los pacientes con VIH, a quienes las instituciones de salud les negaban cuidado médico. No, claro que no fue el único, pero sí una figura intelectual de enorme peso en México, como ninguna otra. Un comentario suyo sobre el tema era noticia en diarios, radio y televisión; en muchos casos fueron atendidas sus demandas. Dejaba en la sociedad el mensaje del desastre para todos, sin excepción, si no se atendía con oportunidad y eficacia todo lo relacionado con el VIH: campañas de salud, uso del condón, atención a los pacientes infectados, un largo pliego de peticiones que tuvieron eco en la comunidad intelectual, de la cultura y del mundo del espectáculo. No cejó en hacer dura crítica a la insensibilidad de la Iglesia católica hacia los deudos, que por ser diferentes simplemente quedaban fuera de las oraciones salvo cuando ya estaban muertos y los sacerdotes cobraban por la bendición final. Amarró acuerdos con agrupaciones enfocadas a

la batalla contra el sida, iba a los actos públicos donde era necesaria la solidaridad, no de palabra como en las redes sociales de estos tiempos, sino con su presencia física.

Desde 1981, cuando se detectaron los primeros cinco casos de neumonía y otros tantos con sarcoma de Kaposi en Estados Unidos, Carlos Monsiváis, como muchos en busca de información, siguieron las noticias que crecían y alimentaban el prejuicio porque todos los pacientes eran homosexuales, ninguna lesbiana. Sólo hombres gays.

Te llamó. Te dijo:

—Debe ser una invención a favor del prejuicio.

Sí, el prejuicio creció, pero la verdad era insoslayable. El rumor se hizo eco en la realidad de muchos. En 1982 se define el nombre de sida, síndrome de inmunodeficiencia adquirida, y sus modos de contagio, sexual principalmente y entre gays en su mayoría. Para 1983 la noticia era mundial y se identificaba al VIH como agente causante. Carlos convoca a un grupo de amigos en casa del historiador de arte Olivier Debroise, en la colonia Nápoles. Lee directo del *New York Times*, traduciendo al español lo que en todo el planeta se estaba conociendo como la peor crisis de salud de la época.

Recuerdas aquel suceso: cuando escribías *Los nombres del arco iris*, Carlos te pidió que no lo nombraras. Te dijo: «Eso no importa...». Tras la petición, escribiste: «Recuerdo perfectamente aquella noche de 1983, cuando fuimos

a casa de Olivier Debroise y Rodrigo Quiroga para leer el *New York Times*, cuando se abordó una de las primeras noticias de la aparición del VIH, que degeneraba en la enfermedad del sida. Estabas tú, José Ramón Enríquez y su novio, mientras Carlos traducía del inglés al español, directamente. Todos quedamos consternados...».

No podía ser más que Carlos Monsiváis. También recuerdas que todos salieron creyendo que la realidad advertía el cuidado de sus cuerpos, salvo el poeta y pintor Arturo Ramírez Juárez, que años después caería fulminado por el sida. Nadie te lo contó: fuiste a verlo al hospital 20 de Noviembre, atendido en un cuarto donde se guardaban los trebejos de la limpieza, «por su seguridad», decían... Fuiste a su entierro y junto con Alejandro Reza pagaron las deudas del féretro y el espacio para existir en un cementerio. A sus familiares los conociste por vez primera aquel día fatídico.

Los gays vivían un proceso de apertura al despuntar la década de 1980. Venían de logros importantes en la defensa de sus derechos, a partir de la organización de grupos y activistas que luchaban contra las *razzias* o detenciones arbitrarias, por abrir espacios públicos para el esparcimiento, en defensa de los travestis y transexuales; los partidos de izquierda por fin hacían eco de nuestras demandas y los intelectuales volteaban a ver a un gremio con ojos sensibles, no todos, pero sí los progresistas. Ningún medio de

comunicación ejercía por los gays algún tipo de defensa, por sus derechos civiles, digamos, pero dentro de los periódicos ya había homosexuales que buscaban abrir espacios a la conciencia de los movimientos de liberación.

Abrir el tema gay sin el prejuicio por delante llevaba un proceso lento pero imparable. Empezaban a surgir bares, cantinas, cafés que otrora eran cerrados o exigían discreción a la clientela de la diversidad: nada de joterías, nada de bailar aquí, nada de ligar abiertamente. Un permiso restrictivo ante la fuerza de la exigencia social. Los amigos heterosexuales empezaron a convivir con los gays en sus nuevos espacios, tanto, que quedaban fascinados con los *shows* de travestis que imitaban a cantantes de ranchero como Lucha Villa, Rocío Dúrcal o Lola Beltrán. Los más atrevidos montaban espectáculos como Liza Minelli, Gloria Gaynor, y los más osados hacían teatro con la imagen omnipresente de María Félix en el centro de la trama, quedando aplastados por ese mito del cine nacional: ella no admite imitaciones.

El desfogue seguían siendo los baños públicos, atestados de hombres gays que se divertían puertas adentro y poco a poco la policía dejaba de molestarlos, aunque sin soltar el mando ni dejando de pedir monedas a cambio. La fiesta se convertía en la confirmación de una minoría apartada de la sociedad heterosexual, ojo, no porque esta sociedad no ejerciera igualmente sus deseos sexuales: ellos siempre han tenido prostíbulos, la casa chica, la o el amante en turno, las despedidas de soltero/a, la doble moral, pues, que critica a los que hacen lo mismo mientras se actúa a escondidas desde el privilegio sexista. Pero olvidamos que ser gay no te priva de ser macho.

Olvidamos que los gays muchas veces son tan machos como los heterosexuales, a caballo con su Adelita en turno. El mundo es de ellos: las mujeres, que se chinguen.

Pero al fin todos empezaban a tener los mismos derechos, sin recriminaciones morales. Generaciones que venían del feminismo, el *hippismo*, la búsqueda de la libertad con pensamiento de izquierda, aunque la izquierda siempre estaba muy atrás del concepto mismo de respeto al individuo y sus libertades personales: la izquierda, por desgracia, tiene un alma reaccionaria, acorazada en su moral difícilmente apartada del catolicismo, incrustado desde hace siglos en las almas perdidas.

Todo empezó hace mucho tiempo. Se podría sintetizar en una frase de Carlos Monsiváis: «Internacionalmente el prejuicio homofóbico es uno de los grandes anacronismos de las prohibiciones judeocristianas». Es decir, de la Biblia nace el prejuicio. Ojo: sin que nadie pueda justificar el odio a los homosexuales, hombres o mujeres, porque no encontramos en el libro ninguna condena explícita a esa forma de ser. Con la aparición del sida y los pacientes gays contagiados con el VIH como protagonistas principales, la visibilización de tal tragedia humana abre por vez primera a los familiares y amigos de homosexuales la posibilidad de entender tanto ocultamiento sobre su naturaleza sexual, sobre su forma de vivir. Como te dijo la madre de tu amiga Martha Aurora Espinosa, después de enterrarla

por una de las enfermedades que detona el sida —neumonía—, cuando recogía de tu casa la ropa de su hija, empacando también el dolor de meses de verla adelgazar hasta quedar en 37 kilos:

—Después de esto nada será igual. Pensaba que ustedes eran el pecado nefando. No puedo pensar eso después de lo que he vivido...

Se lo contaste a Carlos. Lacónico, afirmó:

—Te dijo que somos hijos de Lucifer, pero no pudo comprobarlo ante los hechos fatales de la vida y la generosidad —nunca mejor dicho— de los extraños.

No escribes este libro para hablar de la brillantez intelectual de Monsiváis: eso ya lo han dicho muchas mentes igualmente incisivas. Intentas cronicar una vida personal poco conocida. La del hombre en su casa, solo o acompañado, en un mundo poco difundido, aunque el rumor sólo lleve a saber que frecuentaba los Baños Rocío. Una crónica de Wenceslao Bruciaga publicada en *Time Out* en 2014 dice:

> La fama de este baño se debe a que era frecuentado por el escritor y ensayista Carlos Monsiváis. El cronista nunca hizo pública su homosexualidad, hasta que el flautista Horacio Franco puso una bandera de arcoíris sobre el ataúd el día que fue velado en el Palacio de Bellas Artes. [*En realidad fue la noche anterior, en el Museo de la Ciudad de México.*]
>
> Aquí Monsiváis daba rienda suelta a su orientación sexual. Como en casi todos los baños, la acción sucede en el vapor general. Los viernes, poco antes de que la noche tapice el cielo, la mayoría de los clientes gay

> tienen pinta de estudiantes con refrescos minerales sabor toronja, una bebida popular en los vapores de la Ciudad de México.

En internet se encuentran varias referencias al respecto: el intelectual iba a los baños públicos más cercanos a su casa, situados en Calzada de Tlalpan número 1165, cerca del metro Portales. Hay quienes juran que ahí se hicieron novios del autor, que escribió:

> La sordidez es lo propio del conjunto que incluye los baños malolientes, las butacas ruinosas de los cines, el piso resbaloso, las ojeadas de apremio, el cinismo valeroso, la mano confianzuda, la mano temblorosa, la pierna que se pega con ansiedad a la pierna contigua, las idas y vueltas por la sala de cine, las películas observadas a ráfagas en los intervalos de la vehemencia masturbatoria...

Hasta 1949 hubo un lugar público para los homosexuales casi en igualdad de circunstancias de los existentes para los heterosexuales: el Madreselva, un cabaret donde se podía beber pero no bailar y el juego de manos era sólo por debajo de la mesa, con temor a las redadas. No hubo visibilización de los homosexuales antes de 1901, cuando son descubiertos 41 maricones, en algunos casos vestidos de mujer, visibilización que hizo que el número 41 resultara condena denigratoria hacia esos, los «raros» a los que

compuso el cubano Frank Domínguez, y que los despistados —heterosexuales— cantan sin saber:

Tú me acostumbraste
a todas esas cosas,
y tú me enseñaste
que son maravillosas.
Sutil llegaste a mí
como una tentación,
llenando de ansiedad
mi corazón.
Yo no comprendía
cómo se quería
en tu mundo raro,
y por ti aprendí.
Por eso me pregunto
al ver que me olvidaste,
¿por qué no me enseñaste
cómo se vive sin ti?

El propio Monsiváis hace un recuento histórico de los bares y espacios gays en su libro *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual* (Paidós), editado en 2010, unos meses después de su muerte pero que aceptó dar a conocer justo con ese título en contrapartida al poema de Carlos Pellicer, «Que se cierre esa puerta...». Cualquiera puede ahí corroborar la condena pública a los diferentes. Todo te consta porque fuiste el editor de ese libro, sobre el que Carlos dio sus últimas recomendaciones. Te dijo:

—Lo tenemos que hacer con Marta Lamas y su revista, *Debate Feminista*. No puede ser de otra forma.

Se hizo como mandó. Él había escrito esos textos en la revista desde 1994: era de ley darle crédito a Marta Lamas. Carlos nunca creyó que el tema gay vendiera en el mundo editorial. No se equivocó: el libro fue un fracaso de ventas. No superó la primera edición, hasta ahora.

Te chocan las reseñas pero debes explicar al menos de qué trata: básicamente es un ajuste de cuentas contra la homofobia imperante en el mundo intelectual, político y cultural mexicano desde 1901 y hasta entrado el siglo XXI. Textos de respuesta a quienes se preguntan cómo era la vida de los homosexuales en tiempos del machismo nacional. Respuestas de Salvador Novo a los que lo apodaban *Nalgador Sobo*. Si «lo que no se nombra con detalle no existe», Monsiváis recurre a la historia oral, escrita y a la investigación documental para recordarnos con los géneros de la crónica y la memoria que «la carcajada, el peso de la ley y el desprecio integran el comité de recepción de los homosexuales en el siglo XX». Si Inglaterra tuvo a Oscar Wilde, en México están los 41 maricones que dieron pie a la invención del número que los heterosexuales evadían a cada instante por ser sinónimo de puto.

La vida nocturna estaba prohibida para los homosexuales y lesbianas, y Monsiváis recrea espacios públicos que en los años cuarenta aparecen por vez primera, no sin describir con lujo de detalles y afilada escritura las consecuencias de ser descubiertos por la policía o la familia, esos, los amigos del prejuicio como verdad. Eso, ante la plétora de talentos en la cultura mexicana, de Novo —cabeza visible del escarnio— a Carlos Pellicer, Manuel Rodríguez Lozano, Xavier Villaurrutia, Chucho Reyes Ferreira, Alfonso Michel, Roberto Montenegro,

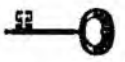
Ramón Novaro, Pepe Guízar, Gabriel Ruiz, Genaro Estrada. Monsiváis los vuelve a sacar del clóset de cristal en que estuvieron expuestos: por su vida pública, por enfrentar las vejaciones, por salir de la cárcel, por ir a parar a las Islas Marías...

El único territorio posible para sobrevivir como homosexual era la Ciudad de México, y aun así la gente se ensañó con ellos. Los Comités de Defensa de la Moral patrocinados por el clero —mayoritariamente católico y dado a olvidar la Constitución juarista, que no sanciona ninguna diferencia de sexos— no permiten una República Mexicana donde la norma sea la educación sexual. Pero la ciudad admite el anonimato y su territorio del erotismo llega a los espacios más recónditos, ahí donde los homosexuales, agazapados, pueden liberarse. Los que salen de su escondite son atrapados por la doble moral y pagan las consecuencias.

Había que ser casado para llevar la doble vida que un homosexual entrampado por la conciencia social tenía que vivir, o atreverse a ser un solterón para encontrar un resquicio a la autonomía sexual. Los que se atrevían a ser como son se arriesgaban, ya se sabe, a verse castigados por todo aquello que se llamaba «faltas a la moral». Por eso el machismo no es exclusividad de los heterosexuales: al defenderse, los homosexuales se vuelven sus propios enemigos y denuncian aquello de lo que adolecen. El miedo a la mofa puede ser la mentalidad que lleve a alguien a convertirse en asesino, justo para no ser descubierto; quien lo dude vea la infalible película de Arturo Ripstein *El lugar sin límites* (donde Roberto Cobo, *La Manuela,* concentra el odio del machismo que mata),

o averigüe las razones detrás de varios crímenes de odio contra mujeres transexuales.

Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual es más profundo, vasto, que estas líneas para invitar a leer un clásico sobre el tema.



En los ochenta, con la aparición del sida, los gays —el sector más afectado— éramos la encarnación del mal a decir de la jerarquía católica, las familias tradicionales, los gobiernos conservadores de izquierda y derecha.

«Castigo de Dios», dijo Girolamo Prigione, nuncio papal. La demonización no conocía tregua. Varias empresas hacen obligatorias las pruebas de VIH. Médicos y enfermeras asumen su responsabilidad con miedo, rechazo y vejámenes.

Leíamos en una calle: «No coma cerca de un homosexual. Puede contagiarse». En los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, cero campañas de salud dirigidas específicamente hacia los grupos más vulnerables: «El Estado no puede ni debe reconocer la existencia de enfermedades derivadas de perversiones», recuerda, escribe Carlos Monsiváis.

La Sonora Dinamita se impone en la música con «La cumbia del sida»: «Que se cuiden las mujeres... el sida, el sida, el sida...». La tragedia ilumina la vastedad del mundo gay. Si el odio es un veneno que fascina por su irracionalidad, el amor es su antídoto. El espectro

social empieza a cambiar hacia los homosexuales. La información termina por imponerse: la sexualidad es un problema de todos, en sus diferencias, mientras que el machismo jamás es precavido.

Al sida hay que agradecerle ese cambio de mentalidad que, ojo, apenas se vislumbra. Pero los ochenta fueron, sin duda, años de despertar conciencias. Los movimientos gays, surgidos en México desde los setenta, se empecinaron en terminar con los estigmas, los prejuicios exterminadores, la irracionalidad de los crímenes de odio. Y el condón («adminículo», le decía el cardenal Norberto Rivera), ese «instrumento que arrastra a los jóvenes al lodo» (Prigione), pasó a formar parte del lenguaje de la juventud. Hoy, en esta materia, la civilidad no hace caso a la Iglesia de la Edad Media.

Quede esto para reflexionar entre los homosexuales, que no se salvan de su propia homofobia, pública y privada.

Autocrítica, *plis*.

Resulta contradictorio cuando de repente hay gays que reclaman a Carlos Monsiváis no haber dicho nunca públicamente que era homosexual, como si la escritura comprometida no hablara por su espíritu. Resulta peor porque él, defensor en primer plano de las causas contra el sida, brazo fundamental de todos los movimientos —¡fue fundador de los movimientos!— que se dieron en la década de los setenta,

ochenta, noventa y hasta su muerte, no quiso ser vapuleado como Novo, no quiso verse en ese espejo y por eso escribió *Salvador Novo. Lo marginal en el centro,* como prueba del escarnio social a un poeta que con valentía enfrentó la adversidad por ser como era. Carlos, en contraparte, prefirió la dignidad del oficio, la escritura, como defensa. No era difícil entenderlo de un hombre nacido en 1938 y que conoció con rigor histórico las consecuencias de la apertura sexual. Vivió escribiendo en un clóset de cristal y jamás pretendió ser otra cosa que un homosexual ocupándose de sus semejantes. Como él mismo escribió: «Surgen disidentes que reclaman su sitio en la sociedad, no para ser exactamente como todos, sino para ya no ser menos que nadie».

Tan pública era su homosexualidad, tan transparente era el clóset en que vivía, que basta sólo con dos ejemplos de la agresión del orden público. Cuando era candidato por el Partido Acción Nacional a la presidencia de México, Diego Fernández de Cevallos aludió una vez a Monsiváis con el término «joterete». René Avilés Fabila mencionó en una columna en *Excélsior* que se había encontrado a Carlos Monsiváis en los Baños Rocío... Ellos al menos dieron la cara: los hubo que le decían «la señora Monsiváis», pero nunca de frente. Bueno, y en tercer lugar la comunidad gay, que no dejaba de hablar de que *La Monchi* o *La Monsa* estuvo, fue, hizo, escribió, satirizó, demolió... Era la figura con la que la comunidad gay se veía en el espejo de la transparencia para reflejarse en la inteligencia. Carlos, ya lo escribiste en otro momento, vivía en un clóset de cristal.

Contra eso tuvo siempre en el grupo de Fernando Benítez, a cargo de «La Cultura en México», a los mejores

amigos, los que lo acompañaron en la firma de desplegados contra la homofobia desde los años setenta. No era poco, porque ninguno de ellos era homosexual: Cristina y José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Alba y Vicente Rojo y el propio Benítez. Firmaban ellos y un sinfín de intelectuales en apoyo de la causa de la libertad sexual. Un trabajo público por el que pocos dieron las gracias.

¡Qué rápido se va el tiempo! ¿A quién le importa el pasado? Ayer llorábamos a los muertos por el VIH porque no existían medicamentos contra el virus; los ochenta fueron de perder amigos por doquier, famosos y anónimos. El caso de Rock Hudson en Estados Unidos hizo que su gran amiga, Elizabeth Taylor, se entregara a la causa de la lucha contra el sida, primero siglas y luego una palabra con la que se conoce mundialmente al bichito que ocasionó una revolución sexual en el mundo que aún no alcanzamos a ver en su gran dimensión, al margen de los conventos y las iglesias. Con la desgracia se acercó un poco más la civilidad, la ética y la moral sin exclusiones.

Quizá es lo único que importa: atravesar la historia de la sexualidad para empezar a despertar con libertad de pensamiento. Carlos Monsiváis trabajó siempre en ese territorio donde la geografía del deseo era su sino.

El sida marcó un cambio en las vidas de todos, sin duda. Pero hay quienes no aprenden del pasado. Hoy prolifera aún la infección del VIH porque la gente sigue

cogiendo sin condón. No sólo eso: hay apuestas como ponerse una pistola en la cabeza y disparar... Así con el sexo radical, a pelo. Homosexuales, heterosexuales, travestis, transexuales, bisexuales, todos incurren en el riesgo. La moral no es un árbol de moras y la ética no entra con sangre. Si la civilidad no es pública no hay salvación.

Vaya sociedad civil...

Periodismo contra ideología

La antropóloga social Irma Patricia Juárez González te lo cuenta: Francisco Galván Díaz no sólo era experto en Max Weber o Jürgen Habermas, también dio la batalla a partir de 1985 para que la visión sobre el VIH/sida se humanizara. Fue el año del terremoto: la expansión del virus pasó a un segundo plano. Como profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en Azcapotzalco, Galván se abocó a sensibilizar a todo universitario —alumnos, profesores, trabajadores y autoridades— con información precisa contra los prejuicios acerca de la naturaleza sexual. Había asesoría jurídica para las personas despedidas de su trabajo debido al VIH, como los obreros de Pemex que recibieron transfusiones de sangre sin el análisis debido.

Su organismo, GIS-Sida, fue pionero en la defensa de los seropositivos, y el primero en ganar una demanda por despido injustificado: un médico del hospital de Pemex fue víctima de invasión a su privacidad al someterlo a un examen ELISA sin su consentimiento; positivo, lo despidieron. El médico apeló, ganó y fue reinstalado, pagándole todos sus salarios caídos.

Muchos hombres y mujeres que en esa época dieron positivo al VIH no podían decir cómo lo habían adquirido pues todavía se ignoraba la posibilidad del contagio por vía intravenosa, no solamente sexual; la labor de

Francisco fue aglutinar a colegas o personas conocidas dentro y fuera de la academia afectadas por el VIH y hacer una campaña de divulgación para que se entendiera la nueva enfermedad como un asunto de salud pública.

La población homosexual, sobre todo la masculina, era el sector de mayor riesgo, pero también comenzaron a registrarse en esos años los primeros casos de mujeres y niños, afectados en su mayoría por transfusiones de sangre. Francisco también se integró a los protocolos médicos dando su aval como paciente voluntario junto con otros compañeros para experimentar con los primeros medicamentos retrovirales como el interferón, el cual era muy caro y poco conocido en México. Galván organizó una conferencia binacional en Los Ángeles, California, donde se expusieron casos exitosos contra el VIH y estrategias para la divulgación de medicinas y tratamientos médicos que mitigaran los efectos de la enfermedad por entonces casi cien por ciento mortal.

Además promovió campañas de educación sexual, ya que el VIH no sólo se había propagado entre la población homosexual sino que existían casos de mujeres contagiadas por sus maridos o parejas y que daban a luz bebés con el virus. El doctor Francisco Galván fue de los primeros en establecer los cuidados que se debían tener respecto a la enfermedad; un ser humano que creó conciencia incluso entre doctores y enfermeras del Centro Médico, donde era atendido y pasó sus últimos días.

Recuerdo una anécdota, tragicómica por cierto, de ese tiempo final: una enfermera entró a su habitación y le dijo que le iba a inyectar «insulina». Francisco, indignado, le respondió: «¡Si se atreve a hacerlo, qué le parece si yo me

zafo la cánula y se la inyecto a usted en el brazo!». Evidentemente la enfermera se había equivocado de paciente y de cuarto de manera irresponsable, pretendiendo inyectarle una sustancia que, de no haber reaccionado así, no sabemos qué consecuencias hubiera tenido para su salud. Pero de alguna manera esta enfermedad estuvo desde sus inicios marcada por un contexto grotesco y ridículo, derivado seguramente del estigma y de los prejuicios que la acompañaron, siendo condenadas sus víctimas desde un punto de vista moralista.

Fue así como Francisco creó toda una red de información y apoyo en el cuerpo médico del hospital que lo atendía, para sensibilizar a doctores y enfermeras que tenían prejuicios acerca de la enfermedad; comentaba que los enfermos debían cuidarse más que el resto de la población, no sólo porque tenían las defensas bajas sino por la ignorancia generalizada y el desprecio a quienes vivían con VIH.

Además de los prejuicios, faltaba información sobre cómo encarar el sida tanto para los pacientes y sus familiares como entre el personal médico y, por supuesto, la sociedad en general: los enfermos no sólo debían convivir con él sino hacer frente al estigma y la satanización y aislamiento de que eran objeto.

Para su equipo en la UAM fue una gran experiencia convivir con Francisco y también con Federico Luna Millán, su compañero, pues combinaban el activismo con el aprendizaje que ellos mismos debieron hacer de cómo cuidarse, nutrición incluida; Federico había desarrollado el VIH al igual que Francisco y también manejaba ese sentido del humor característico de los pacientes

terminales. Trabajaba en la UNAM. Murió poco después que Francisco.

Francisco buscó fondos para adquirir los tratamientos, muy costosos y a los que no cualquiera podía acceder. Conocí también a Rodolfo Millán, amigo de ambos, integrado a todas estas labores de solidaridad y divulgación.

Desde que se le diagnosticó el VIH a Francisco hasta su muerte transcurrieron unos siete años. Siempre fue muy valiente ante la enfermedad y la convirtió casi en una bandera de lucha, al informar no sólo sobre los cuidados que había que tener sino al llamar la atención sobre hacer a un lado los prejuicios y atender a los enfermos con calidad y calidez humana.

En los últimos meses de su vida fui parte del grupo más cercano de amigos y colegas que nos alternábamos las guardias en el hospital para no dejarlo solo en ningún momento; él siempre mantuvo su sentido del humor y aunque se le veía minado siempre mostró una dignidad a prueba de fuego. Me invitó a ser parte de un libro colectivo que coordinó, *El sida en México: Los efectos sociales*, de casi cuatrocientas páginas, publicado en 1988 por Ediciones de Cultura Popular en coedición con la UAM-Azcapotzalco.

Concluye Irma Patricia Juárez González: Puedo decir que fue una gran experiencia de vida conocerlo y trabajar con él y con su equipo de colaboradores. Su pérdida fue algo realmente irreparable si pensamos además que murió con apenas cuarenta y un años, siendo una mente brillante, un experto en teoría sociológica, en Weber, en Touraine, en Habermas, cuando todavía tenía todo para dar.

El libro coordinado por Francisco Galván es, si no el primero, sí fundamental en el tema: de la simple información se pasó al debate, el análisis y los cambios de comportamiento necesarios para atacar al VIH. Un texto ahora inconseguible pero de actualidad estremecedora por lo que ahí se escribe, con veinticuatro colaboraciones de, entre otros, Carlos Monsiváis, Rodolfo Millán, Max Mejía, Miguel Ángel González Block, Francisco A. Gómezjara, Rosa María Roffiel, Roberto González Villarreal y el propio Galván. Ana Luisa Liguori hizo una reseña muy elogiosa de la obra en la revista *Nexos*. Rescatas dos párrafos:

> El libro cuenta con la afortunada colaboración de Carlos Monsiváis; además de ser interesante y crítica, resulta placentera. Monsiváis reseña los espacios sociales y culturales que han ido ganando los homosexuales en nuestro país y cómo ahora las fuerzas reaccionarias pretenden usar el sida para arrebatar esos espacios y promover la homofobia y la lucha antilibertaria. El Estado y la sociedad civil deben dar la lucha contra el sida en el plano científico, médico, moral y social. «Todos pertenecemos», dice Monsiváis, «a los grupos de alto riesgo y debemos evitar el robustecimiento de los prejuicios conservadores, causantes de la infelicidad histórica de las minorías».

Del texto de Rodolfo Millán escribe Liguori:

«El sida y sus posibles implicaciones legales» abre uno de los debates más actuales y necesarios en torno a la enfermedad. El licenciado Rodolfo Millán afirma, atinadamente, que a pesar de que es difícil prever todas las consecuencias que tendrá el sida, no cabe duda que el orden normativo actual será insuficiente, ya que la enfermedad plantea situaciones inéditas sobre las que se tendrá que legislar. Hasta ahora lo único que se ha legislado es la Ley General de Salud, pero lo que más se comenta en los medios jurídicos es el aspecto penal: buscar castigo para quienes, sabiéndose infectados, contagian a otras personas. El autor afirma, y habría que estar de acuerdo con él, que aunque ese es un aspecto a legislar, no tiene que ser el más importante: se trata de «prevenir la enfermedad, de salvar vidas y no de buscar la forma de acabar con ellas». El autor reflexiona sobre aspectos relacionados con las leyes del trabajo y la seguridad social, el derecho civil y penal y las garantías individuales. Millán considera que en muchos de los asuntos no se introducirán reformas legislativas, y que la toma de ciertas decisiones más bien quedará en manos de los jueces en la resolución de controversias específicas. El único campo en el que él prevé reformas es en materia penal, y quizás en seguridad social. Uno de los aspectos que más le preocupan a Millán es el que se refiere a los problemas de salud; está previsto que las autoridades sanitarias podrán tomar decisiones por encima del Poder Judicial y Ejecutivo. Esta situación podría atentar contra las garantías individuales de los ciudadanos mexicanos.

Concluye:

Los capítulos 3 y 4 se dedican a entrevistas y testimonios de médicos, de seropositivos y enfermos de sida, y de sus familiares y amigos. Algunos se tomaron de periódicos nacionales y otros son inéditos. Estos artículos son muy conmovedores: convierten las cifras estadísticas, impersonales y frías, en personas de sangre y hueso que sufren lo indecible con la enfermedad. Aquí presenciamos los despidos injustificados, los maltratos a manos de médicos y enfermeras, la atención insuficiente en los hospitales; todo va a dar en que los pacientes con sida tengan en México una sobrevida más corta y una peor calidad de vida que los pacientes en los países desarrollados.

Galván hizo una excelente selección de testimonios que ratifican las palabras de Monsiváis: todos pertenecemos a los grupos de alto riesgo. En estos testimonios presenciamos el dolor de un campesino heterosexual de veinte años; el de una mujer joven, madre de dos hijos; el de la esposa del hemofílico que no pudo proteger a su marido del prejuicio y trato hospitalario brutal; y los casos de homosexuales, algunos totalmente abandonados y otros cuidados por sus familiares. El testimonio que más me conmovió es el de Rosa María Roffiel: «El sida es más que un chiste de oficina», en el que relata la muerte de un amigo querido y en el que comparte con nosotros su conclusión: del sida, lo más contagioso es el miedo.

Francisco Galván era terco como una mula. Te consta. Te obligó a hacerte la prueba por segunda vez en tu vida, en 1987. Cagado de miedo fuiste con él para el examen: negativo el resultado. La sonrisa de Galván era elocuente. Su tristeza también. Eran tiempos donde los seropositivos eran felices si se sentían acompañados en su tragedia, cuando no había medicamentos que los salvaran de la caída. Sentiste culpa. Se abrazaron. Tú —cursi, como siempre— lloraste. Él empezó a contar chistes...

Su terquedad lo llevó a convencer a José Carreño Carlón de que en el diario gubernamental *El Nacional* se lanzara el único suplemento en el mundo con el nombre de «Sociedad y Sida», en 1992. Te lo dice la periodista Guadalupe Pereyra:

—Convencía a todos. Si bien el suplemento arrancó con Carreño Carlón, sobrevivió con las direcciones posteriores del diario: con Pablo Hiriart, Guillermo Ibarra y Enriqueta Cabrera. Claro, tenía el apoyo incondicional de Carlos Monsiváis, a quien siempre consultaba. Hablaban constantemente... Desde el inicio, hasta su muerte el 21 de mayo de 1993, Francisco dirigió «Sociedad y Sida». No era terco, era terquísimo...

Todavía antes de morir se fue a casar a San Francisco. Continúa Guadalupe Pereyra:

—Me dolió su muerte por su corta edad, cuarenta y un años. Él realmente murió con mucha rabia porque pensaba que aún tenía muchas cosas por hacer. Con su boda en San Francisco pretendía exigir a la Corte, al Congreso, a quien fuera, que legalizaran en México su matrimonio con Federico. Se adelantó a su tiempo...

A la muerte de Galván, cuenta Pereyra que todo quedó en manos de Federico, contador de profesión, sin idea de la labor periodística: «Me consideró una traidora porque brindé el apoyo para que todo quedara en manos de Carlos Monsiváis; de no haberse logrado, ese suplemento no existiría como "Letra S"». Carlos lo retoma por lo que significaba el trabajo realizado por ese hombre al que Walter Ramírez cargaba desde la oficina donde se hacía «Sociedad y Sida» hasta su departamento, justo arriba; ya con Monsiváis, Alejandro Brito lo coordina por seis meses más en *El Nacional* hasta que crean «Letra S», el mismo proyecto pero en una segunda época, ya en el diario *La Jornada*...

Sería ingrato no dar a Francisco Galván el mérito de adelantarse a su época. En «Sociedad y Sida» colaboraban innumerables plumas, o gente tan comprometida con la causa como el Taller de Documentación Visual, del que todos conocen el rostro visible, inteligente, solidario de Antonio Salazar, uno de los primeros activistas gays en trabajar a brazo partido: prácticamente todas las portadas eran suyas. Antonio era el responsable de las imágenes del suplemento. Escribían gente como Patricia Uribe, Carlos García de León, Joaquín Hurtado, Manuel Arellano, Manuel Feregrino, Arturo Díaz Betancourt, Guadalupe Pereyra, Marco Palet y Carlos Monsiváis.

«Sociedad y Sida» fue un proyecto necesario que continuó con otro nombre, «Letra S»; Alejandro Brito es la persona indicada para escribir su propia historia, porque sabe redactar muy bien y porque estuvo en la vida de Carlos Monsiváis muchos, muchos años... Ojalá no deje su memoria a otros.

Es obvio que no fuiste el único al que le preguntó en aquel año de 2001 si debía dejar *La Jornada* o no: su red de encuestadores era enorme. No eras el único al que llamaba por teléfono esas mañanas para preguntar la noticia del día, el chisme de alguien o simplemente platicar y reírse de los ausentes. No dudaste en responder a su pregunta sobre las muchas cartas a la redacción del diario respondiéndole con ideología pura y dura a sus cuestionamientos por los pacientes de VIH presos —no es otra la palabra— en un campo de salud cubano:

—No es la primera vez que Cuba manda en la dirección del diario, tengan o no la razón. Están convencidos de y con Fidel Castro, haga lo que haga. Son muchas las historias que pueden contarse para que no exista la duda. Es inconcebible.

Cuéntalo desde el principio: todo empezó a raíz de una nota de la agencia AFP, la que el diario cabeceó «BAJA EN CUBA LA PROPAGACIÓN DE LA ENFERMEDAD, ASEGURAN». En el balazo estaba el criterio editorial: «Un programa de internación para infectados, la medida».

Los buenos lectores de diarios saben que una cabeza y un balazo son la posición de un diario frente a lo que informa; los malos lectores desde luego se tragan todo lo que anuncia un periódico y no disciernen sobre lo que se les da como hechos. La nota informaba en su primer párrafo: «El programa cubano contra el sida logró aminorar la propagación de la enfermedad, detectada en la isla hace quince años, recurriendo a diferentes métodos, a veces

polémicos, mientras sus científicos buscan una vacuna contra el mal y la producción local de los medicamentos».

La información completa se puede leer en la red buscando la fecha, el 5 de junio de 2001. Carlos Monsiváis escribió en la sección de cartas el día 6: la publicamos íntegra por su enorme valor político.

> Señora directora: Estoy convencido y desde hace tiempo del carácter dictatorial del gobierno de Cuba, régimen ayudado desconsideradamente por el bloqueo norteamericano, otra prueba y no de las menores de que el imperialismo sí existe. De este modo, a cuenta del bloqueo se justifican la supresión de libertades, la violación interminable de los derechos humanos y la jactancia que exige homenajes a cuenta de todas sus prohibiciones.
>
> No obstante mi certidumbre respecto a la dictadura de Fidel Castro, me volví a sorprender con la nota de *La Jornada* (5 de junio de 2001), de título desafiante «La internación obligatoria de enfermos aminoró la propagación del mal en Cuba».
>
> Son devastadores los datos sobre estos campos de concentración de enfermos, piadosamente llamados *sidatorios* (¿Por qué no *sidaretos*, para recordar los lazaretos y la internación obligatoria de los leprosos?).
>
> Según la nota de AFP, el programa de reclusión sídica implicó de 1986 a 1993 el aprisionamiento clínico de portadores y enfermos en los quince sanatorios especializados de Cuba. A las objeciones formuladas (la anulación de los derechos humanos de seropositivos y enfermos, la segregación inaudita, la decisión teológica de considerar a un conjunto de personas «portadores del mal», la

certeza de que los afectados por el sida o son ignorantes irremisibles o buscan vengarse propagando la enfermedad), el régimen de las libertades siempre pospuestas responde asegurando «que el método de prisión preventiva impidió la rápida propagación de la enfermedad, garantizó una atención inmediata y provocó que los enfermos formaran grupos de ayuda mutua».

No cabe duda, las dictaduras, según sus promotores, siempre son eficaces, y ya la derecha mexicana dispone de un modelo óptimo de control: los *sidatorios* cubanos. Se oculta la severidad de la pandemia, se inhiben las grandes campañas preventivas, se le impone a los internados la doble condición de enfermos y de nuevos leprosos medievales, y se subraya el carácter asocial de los infectados, que no merecen la libertad de movimiento —no otro es el mensaje— al no ser responsables de sus actos.

La nota de *La Jornada* informa de un gesto carifilantrópico, desde 1993 la concepción del sanatorio cambió y dejó de ser un lugar de internación forzada para convertirse en una institución educativa. ¡Loado sea el Comandante, que les da la oportunidad a los enfermos de educarse como moribundos!

¿En qué consiste la pedagogía clínica? La nota es elocuente. «Cada seropositivo debe pasar un periodo de internación de tres a seis meses, en los cuales aprende a convivir con su enfermedad. Luego solicita a una comisión interdisciplinaria (médicos, psicólogos, psiquiatras, entre otros) su paso al régimen ambulatorio. No todos son aceptados y algunos deben permanecer en los sanatorios, pero la mayoría pasa a régimen ambulatorio, una cantidad difícil de precisar pues cambia constantemente.»

¡Qué humanismo! Aislados, sentenciados a no mezclarse con los sanos «porque los contagian», dedicados a sólo pensar en su enfermedad, sin posibilidad de trabajar (algo que la mayoría realizaría sin problemas), los seropositivos y los enfermos conviven con su mal y —supongo— llegan a quererlo. Algunos ya no salen de su «montaña trágica», otros se instalan en el régimen ambulatorio, nómadas vigilados que no deben ver en su libertad un derecho sino un regalo del gobierno.

Y las preguntas al respecto persisten: ¿cómo impedir lo que la nota misma declara inevitable, la propagación del sida? ¿Las millones de pruebas obligatorias, esa medida de policía sanitario, garantiza que no quede fuera de la internación ningún «vampiro postmoderno»? ¿Y los tristes? ¿Cuáles son, en última instancia, los derechos de los enfermos en la Cuba castrista?

No propongo desde luego como alternativa a las medidas sanitarias de la dictadura cubana la política de salud de los gobiernos mexicanos que, de Miguel de la Madrid en adelante, se abstienen de las grandes campañas de prevención «para no ofender a la Iglesia» (merece un reconocimiento especial el secretario de Salud Jesús Kumate, que procuró con diligencia no hacer nada al respecto). Pero si como afirma ONUSIDA, los factores más notables en el desarrollo de la pandemia son «la falta de métodos de detección, el rechazo a saber y los prejuicios», ¿de qué sirven entonces los cuarteles-hospitales salvo para probar la omnipotencia del Estado?

Lección de periodismo la de Carlos Monsiváis. Una simple nota, aparentemente informativa, provoca un editorial

de esta naturaleza, haciendo un repaso a la tragedia del sida y a la ausencia de campañas y políticas de salud, derechos humanos y jurídicos de los enfermos. Lo que siguió fueron cartas pro Cuba, pro Fidel Castro y sus enormes alcances en materia de salud, con cero crítica a las medidas adoptadas en la isla. Después, una carta de Alejandro Brito, de «Letra S», recordando que entre 1989 y principios de los noventa, al menos doscientos jóvenes cubanos se inocularon sangre infectada para ingresar a los sanatorios para portadores y enfermos de VIH/sida a fin de escapar de la represión política: al ser seropositivos se les dejaría en paz. Jóvenes que en su mayoría ya fallecieron. Luego, una carta del grupo Foro de Hombres Gay, con treinta y cinco firmas de apoyo —encabezadas por Alejandro Reza Arriaga— a la postura de Carlos Monsiváis. ¿En qué terminó la polémica? En la renuncia de Monsiváis a *La Jornada.* Escribió su epitafio, dirigido a la directora, Carmen Lira, el 23 de junio de ese mismo año: «por convenir a los intereses de los lectores», la columna «Por mi madre, bohemios», «concluye en definitiva su reaccionaria existencia». Adiós en primera plana. El diario perdió su batalla con la inteligencia y se quedó con Fidel Castro. No se puede decir menos de tan reaccionaria situación...

En una página de la Universidad de Berlín leemos lo que piensa Carlos Monsiváis años después:

> *Sidatorio* para mí es un término que evoca mi pleito con *La Jornada.* Los sidatorios son los intentos en Cuba de controlar el problema del sida, que incluyeron la reclusión obligatoria de los enfermos y de sus familias en la primera etapa. Después reconsideraron y encontraron

> que no era posible mantener eso y que tenían que renunciar a la reclusión, sobre todo porque el número de enfermos fue creciendo, entre otras cosas porque el sida no viene tanto del turismo en su primera etapa sino de la presencia de soldados cubanos en África. Ahí es donde se infectan en un momento [mientras que] ahora el turismo es la gran causa, y cuando se cercioraron de que el turismo era ya indetenible, en ese sentido renunciaron a los sidatorios. Me pareció, como experimento, salvaje, inhumanizado [*sic*]; mandé una carta, se provocó una polémica, la polémica creció mucho más allá de mis expectativas, no porque despertara emoción popular alguna sino porque decidieron en la embajada cubana que yo era prescindible como punto de vista, en un momento dado tenía que contestar veinte cartas, entre ellas la de un grupo de enfermos de sida de La Habana que yo ignoraba que leían puntualmente *La Jornada* y ante ese punto decidí renunciar al periódico.

Hasta hoy nadie del diario de izquierda le ha ofrecido una disculpa pública a Carlos Monsiváis por aquella orquestación de cartas desde la embajada cubana ni a nadie por el error de cabecear y redactar aquella nota sobre los sidatorios como una epopeya más de los grandes beneficios de salud disfrutables en la isla de Fidel Castro.

El sabor de lo real

Yolanda Andrade es testigo de esa inmensa soledad donde la compañía —la marcha— es un campo de batalla. No son los ángeles: acaso el bosque del hombre nuevo, ahí donde las ciudades no se inquietan por amores iguales. Esa isla que inventaron para convertir en carnaval —una vez al año— el canto a sí mismos. Son Nancy y Carlos, José María y Juan Jacobo, los que vivirán «mientras alguien vea y sienta y esto pueda vivir y te dé vida» (Shakespeare).

No son los vampiros de la Roma: son las señoras de las flores —ahí donde «Divina hizo de sus amores un dios por encima de Dios» (Genet)—, maquilladas, depiladas, coloreadas, perfumadas, empelucadas: diosas que inspiran ser el objeto de su propio deseo, convertidas en Manuelas de un lugar sin límites. Seres de otro modo, condenados por la Edad Media —la Iglesia de hoy—, opuesta al poeta y la poesía de Whitman que salta «desde las páginas a tus brazos». Las fotos de Yolanda Andrade diseccionan al instalador viviente Polo Gómez: quinceañera, guerrillera, mortecina, combatiente contra el sida que grita con el actor Luis Riccardo Gaitán: «¡La ignorancia corroe y mata!». O Novo, que dice en un poema: «Dios creó el mundo/ yo sólo puedo/ construir un altar y una casa». Casa para ser y altar para resguardarse, donde amarse no tiene obstáculo porque «las almas distancia ignoran y sexo» (Sor Juana). Ellas y ellos, víctimas de la nota roja, de quienes no saben que el interior de una persona es algo impenetrable al lenguaje.

Por eso Yolanda Andrade es retratista en el arte de soñar, muy lejos del moralismo, la retina que abre el prejuicio y rompe la costumbre de lo cotidiano: para que el viento no arrastre los recuerdos de la marcha triunfal que festeja a los que llaman equivocados. «Ponte bonitas coronas en el cabello» (Safo). Toma a la belleza por

un vestido de flores. Indígnate del hoy y clama por el mañana. Haz un santuario a tus muertos, que «en las noches amargas, todo humano amor te guarde» (Auden).

Quítate la máscara. Conviértete en plural: somos lo que somos. Invoca a Ginsberg y a Lorca. Cántale al Marrakech como la Bautista y trina de rabia frente a la adversidad de los sordos. Nunca dejes de ser tú: que la naturaleza —ese animal libertino— no te lo prohíba. Ciencia contra religión. «No hay pensamientos morales o inmorales» (Wilde). Escapa de la realidad y vive en Utopía. Ábrete sésamo.

Yolanda Andrade nos da la oportunidad de la diferencia, de la presencia, de la no ausencia, de recordarnos el sabor de lo real: que todos somos iguales porque ¡no hay libertad política si no hay libertad sexual!

Yolanda Andrade (Tabasco, 1950) estudió fotografía en el Visual Studies Workshop en Rochester, Nueva York. En 1994 recibió la beca Guggenheim por su proyecto sobre la Ciudad de México y actualmente es Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Sus imágenes se han publicado en *Pasión Mexicana* (Fonca, 2000), *Una mexicana en París* (Alianza Francesa-Conaculta, 2012), *Las Vegas: artificio y neón* (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco-Conaculta, 2013); y ha participado en los libros: *Maravillas que son, sombras que fueron, la fotografía en México,* de Carlos Monsiváis (Ediciones Era, 2012); *Catálogo Urbes mutantes, 1941-2012, Latin American Photography* (Museo de Arte del Banco de la República, Bogotá, Colombia-RM Editorial, 2013) y *Un lugar común, 50 fotógrafos y la Ciudad de México* (Editorial Hacerse de Palabras-Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de México, 2015).

Marcha gay 1984,
Ciudad de México, 1984

El beso,
Ciudad de México, 1993

PÁGINA ANTERIOR

Las alas del deseo,
Ciudad de México, 1993

El ángel caído,
Ciudad de México, 1993

Héroes de la Patria,
Ciudad de México, 1994

Nancy Cárdenas, Ciudad de México, 1978

PÁGINA SIGUIENTE

Juan Jacobo Hernández,
Ciudad de México, 1989

Bellas de día, Ciudad de México, 1993

José María Covarrubias y Jorge Fichtl,
Ciudad de México, 1993

Alejandra Bogue, Ciudad de México, 1996

LA PATRIA

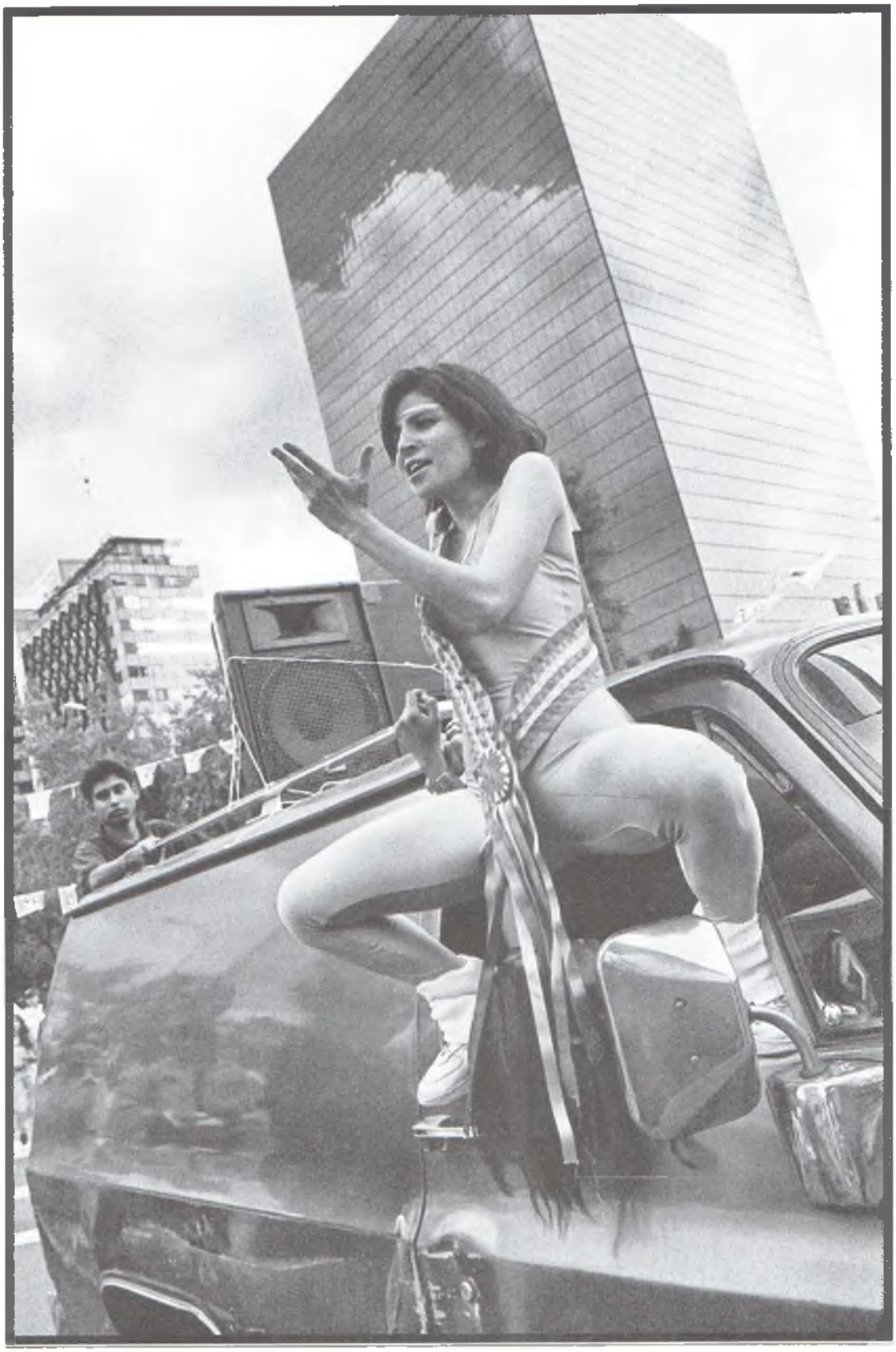
PÁGINA ANTERIOR

La Manuela (Roberto Cobo),
Ciudad de México, 1978

15 años de la Marcha LGBT,
Ciudad de México, 1993

Guerrillera gay,
Ciudad de México, 1992

LA IGNORANCIA
CORROE Y
¡MATA!



PÁGINAS ANTERIORES

La ignorancia mata,
Ciudad de México, 1991

Modelo de fotógrafos,
Ciudad de México, 1993

La candidata,
Ciudad de México, 1999

PÁGINAS SIGUIENTES

La Catrina,
Ciudad de México, 1993

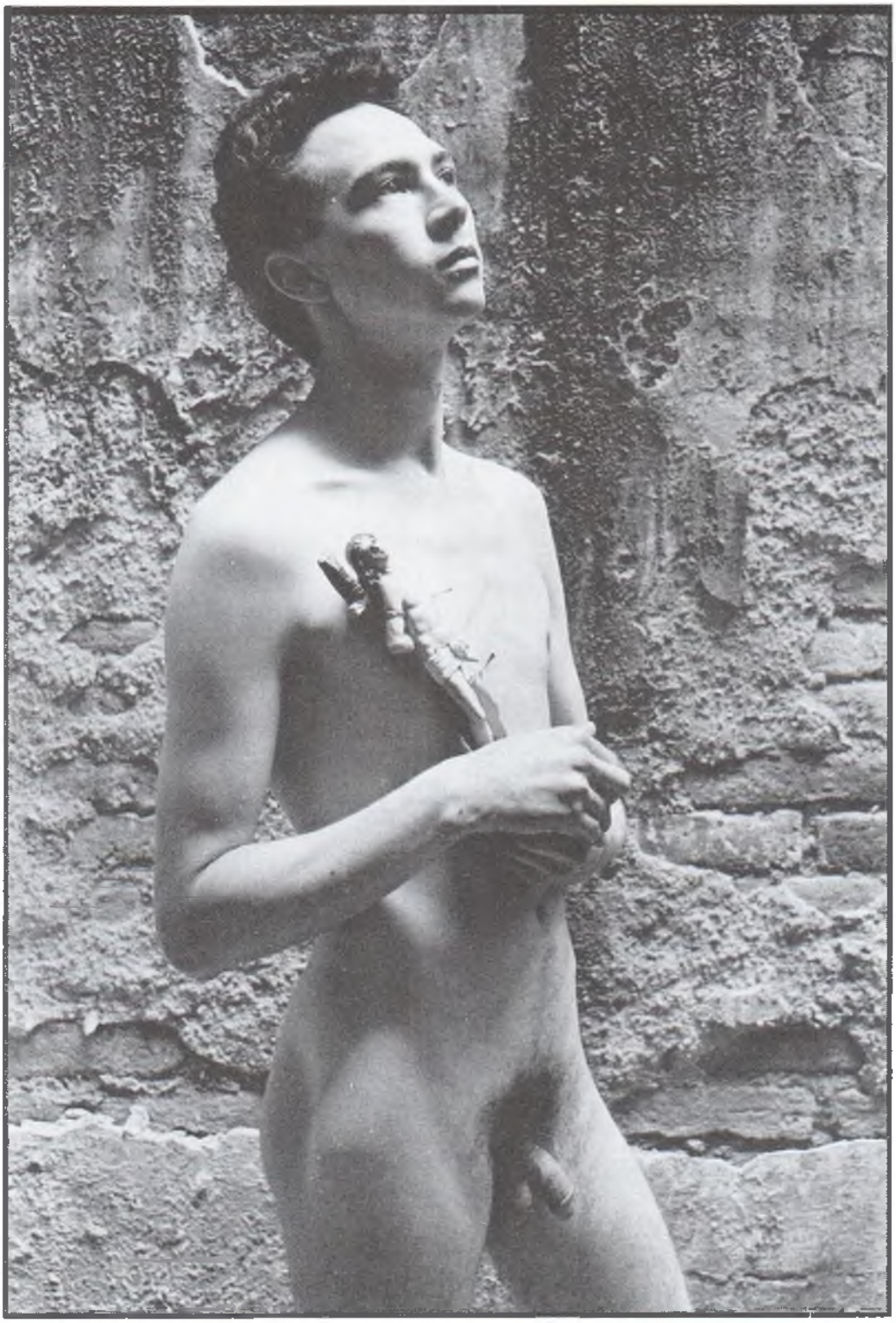
Lorca,
Ciudad de México, 1994

Terry y Federico,
Ciudad de México, 1977

Terry Holiday,
Ciudad de México, 1980

Mística, Juchitán, Oaxaca, 2004

LORCA



San Sebastián de Fichtl, Ciudad de México, 1989

Diálogos para hablar de sexo

El escenario es circular. No hay orden: llegan dispersos, cada quien se sienta donde quiere. Se les invitó a decir lo que piensan de ese hombre del que te ocupas, Carlos Monsiváis. No todos los convocados se llevan unos con otros; se miran con recelo, pero participan del juego. Con esa sonrisa interior que la caracteriza, Sabina Berman abre el diálogo: «Cuando empecé a platicar con Carlos con cierta frecuencia, me dijo una ocasión:

—Yo no quiero salir del clóset.

»Me quedé pasmada. Le pregunté:

—Pero ¿estás adentro del clóset? Porque todos sabemos que eres gay, Carlos.

—No, no todos —me dijo.

—Yo lo sabía cuando te leía como simple lectora.

—¿Y cómo lo supiste?

—Pues no sé, lo di por hecho, me lo dijeron otros y me hacía mucho sentido lo que escribías, porque lo hacías desde lo marginal hacia el centro y tenías un punto de vista mucho más cercano a las mujeres que nuestros intelectuales heterosexuales, para los cuales el tema feminista es nada más una distracción indeseable, ¡y claro que es indeseable!, porque es distraerse con el feminismo, es darte cuenta de tus privilegios de hombre heterosexual blanco.

»Carlos me explicó que no quería ser calificado como "el intelectual gay", quería que sus cosas valieran en sí mismas, ese era su razonamiento».

Silencio. Miradas escrutadoras a la dramaturga, guionista de cine, novelista; se le quedan mirando sin saber qué decir. Hay duda en algunos gays —no todos— sobre la salida o no de Carlos Monsiváis del clóset... Ante el silencio Gabriel Canales, el miniaturista de textiles, prefiere contar una anécdota.

«Pues yo el único contacto que tuve con Carlos fue en la cama... ¡y por una apuesta! Te acordarás de José Manuel Olmos: apostamos que el primero que lograra fichar y acostarse con él tendría como premio un libro de Manuel Puig, *Maldición eterna a quien lea estas páginas* o *Sangre de amor correspondido,* ya no me acuerdo. Gané porque una vez que fui a la Ciudad de México, al Le Baron, allá por Insurgentes, por el Parque Hundido, me encontré a Monsiváis. La verdad, no fue difícil ligarlo: no porque yo fuera extraordinariamente guapo sino porque era común llegar, entrar y salir acompañado.

»Carlos me invitó a un departamento de la calle de Hamburgo, en la Zona Rosa: era su leonera. Me acuerdo que al final de un pasillo, iluminado, había un cuadro de Marilyn Monroe, de esos coloreados de Andy Warhol; no sé si era original. El caso es que en ese departamento me acosté con él.

»Regresé a Guadalajara, triunfante. Le mostré a José Manuel el papelito donde Carlos me anotó el teléfono, y otro, que me dijo que era de la casa de su mamá. Me dijo: "Cuando vengas a México, háblame; cuando regreses o yo vaya a Guadalajara, preséntate al lugar donde esté: te

saludo con mucho gusto, nos vemos. Los muchachos en Guadalajara son muy guapos pero muy rejegos, no siempre quieren acostarse con uno...".

»Guardé el papelito como cinco años; lo consideraba un autógrafo. Nunca le llamé».

Canales tiene además un libro, *Retazos de la memoria*, donde sabemos de sus andanzas por el mundo del arte y la vida. Los demás lo ven con curiosidad por conocer más pero calla y sonríe; sabe que dejó a todos boquiabiertos.

Salvador Irys salta a la palestra: «Conocí a Carlos en la Semana Cultural Lésbica-Gay que organizaba José María Covarrubias; era el año de 2004. Yo organizaba desde 2000 el Festival de Diversidad Sexual Juvenil allá por Ciudad Nezahualcóyotl, en el Faro de Oriente: Carlos se acercó, me pidió el teléfono, se lo di. Me llamó un día y me preguntó en qué podía apoyarnos. Fui a su casa, le mostré el proyecto; me hizo observaciones, me dijo: "Déjate adoptar, yo te puedo ayudar a que tu proyecto sea mejor".

»Me emocioné mucho. ¡Era Carlos Monsiváis! Empezamos a vernos una vez a la semana. Me hizo el texto de sala de una exposición muy porno de fotografía de Saúl Liera. Pero un día estábamos trabajando, él parado detrás de mí. Me levanté para ir al baño y en ese instante intentó besarme; yo, por instinto y reacción lógica, lo empujé. ¡Híjole, me apené muchísimo! Pensé que se iba a ofender horrores...

»No me dijo nada. El ambiente se tensó. Terminé lo que estaba haciendo y me despedí. Me fui pensando: *¡Ya la regué, Carlos se va a ofender, no me va a llamar, la va a tomar conmigo!* Pensaba todo eso por las historias que se

cuentan de él. Me sentía como decepcionado porque creí que lo hizo para cobrarse los favores. Recordaba que me habían dicho: "Si Carlos se enoja contigo, te bloquea y ya no vas a poder hacer nada...".

»Llegué a mi casa. Al día siguiente no sabía qué hacer, porque habíamos quedado de vernos. De repente suena el teléfono. Era Carlos: "Te estoy esperando, ¿qué pasó, no vas a venir?".

»Entré de nuevo a su casa como si nada hubiera pasado; no volvimos a tocar el tema y empezamos a trabajar. Nunca más lo volvió a intentar. Claro: de vez en cuando me echaba un piropo y decía: "Este ingrato, que no quiso conmigo". Desde entonces lo admiré más... Me ayudaba porque creía en lo que yo estaba trabajando».

Salvador Irys dirige desde 2011 el Festival Internacional por la Diversidad Sexual; es sin duda quien tomó la estafeta que dejó José María Covarrubias con la Semana Cultural Gay en el Museo Universitario del Chopo: teatro, danza, artes plásticas... En materia fílmica lo hace anualmente Arturo Castelán, del Festival Mix de Diversidad Sexual en cine y video, ya con veinte años de existencia. Nuevas generaciones en el activismo gay.

Antonio Cué, el terapeuta de SexPol, levanta la mano: él, que siempre observa y poco habla, quiere decir algo: «Me resulta *violento* saber, leer sobre Carlos Monsiváis y su visita a los baños públicos; aquellos Baños Mina, hoy desaparecidos, o los Baños Rocío, muy cerca de su casa. *Violento*, sí, pero a la vez me da cierta ternura... Como si Carlos fuese dos personas distintas: una prestigiosa, dominada por una mente poderosa, con una memoria como un castillo inexpugnable, y otra como todos los gays,

teniendo aventuras en los vapores con sólo lo que se ve entre las brumas...».

Todos sonríen como si conocieran el tema. Manolo Arellano es el primero en decir: «Carlos era un hombre frágil, tímido. Lo constaté en uno de los elementos de mayor intimidad que puedo referir de su vida, cuando empecé a ir a los Baños Rocío y me lo encontraba los viernes en la tarde a las seis, más o menos; iba religiosamente a darse su vapor, me lo encuentro, y "hola", "no me dejes solo". Yo quería estar solo, no iba a eso, a estar con Carlos Monsiváis en el vapor, y sin embargo vi en su mirada una gran soledad: incluso se quedaba solo allí, mirando a todos los demás muchachos que entraban y salían.

»Conforme fui compartiendo con algunos amigos que les gustaba ir al baño de vapor, me decían:

—¿A cuál vas?

—Al Rocío.

—¿Y no te has encontrado a Monsiváis ahí?

—Sí, ya me lo encontré.

—¿Ah, tú también?

—Sí, yo también.

»Todo mundo sabía que *Monsi* iba rigurosamente los viernes al Rocío, durante un buen tiempo; igual iba allí por estar más cerca de su casa. Carlos no iba a coger —hasta ahorita nadie ha dicho que cogía en los baños—: iba a mirar el mercado de carne que hay adentro de cada baño. Iba a la pasarela, donde unos pasan y otros observan. Ahí es donde pude ver a un hombre, intelectual, con un vacío interior muy profundo; eso no lo voy a olvidar, porque lo vi en distintos momentos».

Sabina sigue allí, oyendo las conversaciones. Se atreve a decir: «Un día le pregunté:

—¿Cómo ligan los hombres gays?

—Con la mirada —me dijo.

—¡Qué difícil! —respondí.

»Me narró muchas experiencias; me hizo reír. Me despertó mayor curiosidad. En mi vida yo he sido bisexual, palabra que no uso en mi interior: en mi interior he sido una persona sexual, con distintas manifestaciones, si es que lo bisexual es como si tuvieras mano derecha y mano izquierda. Yo lo que sé es que tengo un cuerpo erotizado y que he tenido relaciones importantes con hombres y con mujeres, y no con tantos hombres ni con tantas mujeres: personas que me han llevado por la vida. Y sí, he tenido aventuras que me han enseñado mucho y me han enseñado sobre todo la sensación de aventura, que es maravillosa.

»Se lo contaba a Carlos y creo que esa parte le costaba más trabajo: mi identidad. Considero que la homosexualidad —más la masculina que la femenina— es una liberación, un mundo donde no hay todos estos rituales de opresión o de represión, o de autorrepresión, que es opresión incorporada.

»Yo no sé cómo los hombres no se aburren; con toda sinceridad, esta cosa obsesiva del "ligue" a mí me podría parecer aburrida, dicho lo cual, creo que eso le pasó a Carlos en los últimos cinco o seis años de su vida: lo vi muy estable con su pareja, y notablemente respetuoso, por ejemplo. Las otras que le había conocido, era muy breve el tiempo que estaba con ellas; no conocí las previas, que parece que fueron las más importantes».

Todos dudan de las consideraciones de Sabina. Carlos tuvo parejas todo el tiempo. Las que tú conociste al menos fueron cuatro: Juan Jacobo Hernández en los sesenta, Alejandro Brito en los ochenta, luego Rodolfo Rodríguez Castañeda, y al final Omar García, hasta su muerte. Pero también tuvo novios estables, que presumía, como Jesús Ramírez Cuevas, que trabaja con Andrés Manuel López Obrador, o el coreógrafo y bailarín José Rivera, hermosos los dos. Tuvo esos amantes, digamos, fijos, y tenía relaciones sexuales con muchos otros. Fidelidad sexual, ninguna. Relaciones abiertas, muchas.

Sabina no deja de insistir: «Yo lo conocí después de Alejandro Brito, ya con Rodolfo. Cuando empezó a aparecer con él, noté que Carlos comenzó a controlar su ironía y me dije: *¡Ah, mira,* ama! *¡Sí ama!*».

Nadie quiere desmentir a Sabina. El más viejo de todos, Carlos Landeros, de la vieja guardia del periodismo, muy conocido por sus entrevistas a Elena Garro, que reunió en su libro *Yo, Elena Garro* —que tú le editaste—, no quiso dejar de estar sin decir: «Carlos llegó a una fiesta que me hacían por mi cumpleaños. No sé quién lo invitó: yo no le caía bien, o al menos sentía que le caía mal; él a mí, ni bien ni mal. Llegó con un tipo, los dos de fachas; el novio, prometido, concubino, un *free* —como quieran llamarle—, no sé quién era pero se veía a leguas que era pagado: un tipo como de la colonia Guerrero, fuerte, joven...".

Silencio. Carlos Landeros, de pensamiento clasista y racista, hermano de un ex gobernador de Aguascalientes, con el que trabajó en el área de prensa y comunicación; más rico que pobre, aunque siempre se queja del dinero.

Detesta a Monsiváis por una entrevista que le hizo a partir de aquella autobiografía precoz donde Carlos escribió: «...la pequeña burguesía me acogió en su seno...». Al parecer no. Todos lo miran con cierto recelo. Tú te atreves a preguntarle:

—¿Qué tanta cercanía tenían con respecto a lo gay?

—Nunca, nada.

—Pero ¿sí se sabían uno al otro?

—No, para nada. Yo, en primer lugar, nunca me declaré como tal porque mucho tiempo llegué a pensar que toda la vida era gay, o que era o soy bisexual, o ya nada, ¿verdad? Nunca tocamos el tema.

Punto muerto en el grupo reunido. Luis Terán —guionista de cine y televisión, durante muchos años programador de películas en Televisa, productor y adaptador de obras de teatro— abre el silencio incómodo.

«A Carlos Monsiváis lo conozco desde los años sesenta porque estudiamos en la UNAM, en la Facultad de Filosofía y Letras; luego, sin querer vivimos muchas aventuras porque nos encontrábamos en la noche en bares de mala muerte de la ciudad, el Leda y el Madreselva, por ejemplo, donde cantaba la mítica Chavela Vargas.

»Era una gente que actuaba conforme a lo que se le presentaba, improvisaba, sin plan; alguien un poquito restrictivo en el fondo y que se fue soltando con el tiempo porque, digamos, a fines de los setenta, por ahí, principios de los ochenta, me lo encontraba en los Baños Rocío y hacíamos conferencias de prensa en medio de las locas, hablando de cualquier cosa que te puedas imaginar. Ahí nos veíamos, nos saludábamos y platicábamos mucho. Yo creo que así como las grandes figuras que tienen

muchas, mil caras, así era *Monsi*. Nos reíamos mucho, era muy chistoso en ciertas cosas. Me veía como un cachorrito, como un chiste, y me decía que era muy listo; claro que eso traía un poco de cola, como todo lo que decía él.

»Creo que él con la cuestión gay, al mismo tiempo que con otros grupos que se fueron dando, también tuvo una evolución, no creo que haya sido una cosa prefabricada. Carlos es una de las piezas fundamentales... no la única, por supuesto, pero sí de las primeras que escribieron de la cuestión gay, por ejemplo, en *Amor perdido* —editado en 1977— al ocuparse de Salvador Novo y la homofobia de los intelectuales de aquella época, con Diego Rivera a la cabeza».

Sabina hace una moción: «Por eso siempre lo consideré gay, sin que nadie me lo dijera. Nunca hablamos mucho de lo personal; sí de lo político y de lo político de la diversidad, y de lecturas o momentos importantes que me tocó vivir con él.

»Cuento una: vimos el discurso —¡el gran discurso!— de cierre de campaña de Andrés Manuel López Obrador en el Zócalo en 2006. Estaba sentada junto a Carlos en un balconcito del hotel Majestic que estaba a punto de caerse, del otro lado de la plaza estaba AMLO, pequeñito como una hormiga, ¡y en medio la gente, en una plaza llena! Había una gran pantalla detrás de AMLO donde se le veía en un *close up*, y hablaba y Carlos murmuraba el discurso al mismo tiempo, o sea, lo había escrito Carlos y se lo sabía de memoria. ¡Era un gran discurso! Era el discurso de un hombre que parecía inteligente, de la izquierda abriendo las puertas a todos los sectores del país, a los empresarios, a los profesionistas; era el fin de "primero

los pobres", era "primero todos, y todos al mismo tiempo". Un discurso que le ganó la buena fe de gran parte del país que estaba renuente hasta entonces con él, y la emoción de ver a Carlos murmurar el discurso —el intelectual y el político, y el pueblo de México en medio— fue muy emocionante.

»Pasa el tiempo. En algún momento le digo a Carlos:

—¿Qué es un intelectual íntegro?

—Alguien cuyo pensamiento no se desvía por intereses personales.

»Le contesto:

—O sentimentalismos, ¿no? ¿Por qué sigues venerando a AMLO?

—No, yo no venero a AMLO...

»Carlos aprendió también algo de táctica. Por ejemplo, en el momento en que René Bejarano exhibe una carta de Monsiváis donde supuestamente dice que no debe haber matrimonios gays, que no es una buena idea, Carlos se pone furioso porque tal carta era falsa, pero espera y busca la forma de expresarlo de modo que no le dé en la chapa a la izquierda y sin embargo el resultado sea que sí, que la izquierda tiene que ponerse atrás del matrimonio gay».

—Él nunca estuvo contra las uniones de las parejas gays —te atreves a decirle a Sabina, que te contesta:

—Políticamente estaba en pro del matrimonio gay, personalmente estaba en contra. Decía: «Esto es una mímica de los heterosexuales, ¿por qué los homosexuales deben de copiar a los heterosexuales? Las ganancias de la vida homosexual se anulan con esto del matrimonio gay». Pero agregaba: «La opción de igualdad tiene que estar».

»Hay un libro de Carlos —creo que es *Amor*

perdido— donde escribe: "...el signo de la inteligencia es poder sostener dos pensamientos contrarios al mismo tiempo". Ese era Carlos, era capaz de eso, era capaz de pensamiento dialéctico, que no es común».

A los presentes les parece que Sabina Berman se salió del tema. Pero no: *lo personal es político y viceversa*, piensas tú. El poder de Carlos en las cúpulas gubernamentales, partidistas y de la Universidad ya está más que comprobado por tantos que han escrito sobre eso.

Y bueno, lo que seguiría es la descripción morbosa de las aventuras sexuales de Carlos en las casas, baños, hoteles, tugurios... Baste este intercambio para hablar de sexo como una forma de acercarnos al personaje público que escribió: «Triste cosa es el hervor de un solo lado».

Él nunca «hirvió» solo... aunque le costara el gusto.

En la misma ciudad y con la misma gente

Adriana Malvido te abraza. Están a la salida del Palacio de Bellas Artes, en el momento en que se llevan el féretro de Carlos Monsiváis. Es el adiós. La carroza lo pasea por esas calles de la Ciudad de México de la que escribió tantas crónicas, como aquella que dice: «Como en el melodrama, la ciudad, ese concepto cada vez más arbitrario y agónico, vive y se sobrevive en sus amantes». Él —como Salvador Novo— era uno de esos amantes, que describieron la ciudad que nos desborda.

La misma que recibió a Julio Haro y José Manuel Olmos: provenientes de Guadalajara llegaron contigo al departamento 4 de República de Cuba 12, en el mero Centro Histórico. Era la noche de Año Nuevo, 1983; noche de risas, burlas y amistad. Un año de muchos encuentros: en el que Carlos te presentó a Guillermo Arreola, que se quedó en tu casa por diez días: «Es autista», te dijo en un desayuno en el Sanborns de Madero. Guillermo venía de Tijuana a pasear por la ciudad contigo. Y sí, casi no hablaba, pero no era autista.

En el año del temblor, 1985, por él conociste a dos bellezas: Luis y Víctor, veracruzanos, paisanos que también se quedaron a vivir de vacaciones en República de Cuba... Las amistades eran nuestras complicidades: tú también le presentaste algunos ligues como le gustaban.

Todos ellos se quedaron en tu vida: José Manuel regresó en 1986, a morir de esa compleja enfermedad llamada síndrome de inmunodeficiencia adquirida, sida. Julio Haro —el rockero iconoclasta de El Personal que compuso todas las piezas del grupo— llegó un día sin avisar para decirte, para disculparse:

—No pude verlo. No puedo hablar de eso. No quiero...

Y se echó a llorar como un niño por José Manuel, fundador en Guadalajara de Amnistía Internacional. Fueron pareja y los dos murieron de lo mismo: uno en 1986, y Haro en 1992.

Queda de aquello tu amistad fraterna con Gabriel Canales, amigo de José Manuel y Julio, y sí, el mismo de la apuesta por ligarse a Carlos.

A Guillermo Arreola — de doble vida artística por fortuna: el pintor de gran calado, no de una moda instantánea, y el escritor de *Fierros bajo el agua*, una pieza literaria que desacraliza la vida gay color de rosa para introducirnos al narcotráfico— lo reencontraste en 1994 y nunca se separó de tu vida, hasta 2015. Fueron pareja ese tiempo. Serán amigos siempre. Pero esa es una historia que, quizá, algún día se escribirá...

Víctor y Luis siguen juntos y guapos: hablas con ellos de vez en cuando.

Acuérdate, Carlos: siempre hablamos de ellos, con ellos, aun sin ellos: ahora sin ti.

Adriana nota tu tristeza. Realmente querías a Carlos Monsiváis, no por ser el admirado escritor sino por el lado humano que descubriste en su persona, lejos de los reflectores; el mismo que te puso aquel fraseo de: «Braulio Peralta, quien a nadie le hace falta». Juego verbal que después corregiría con la llegada de Consuelo Sáizar a tu casa de Madrid, en 1992: «Carlos dice que en realidad es: "Braulio Peralta, quien a todos hace falta"». Cuando lo corroboré contigo apenas hiciste el gesto de quien se ve descubierto.

Era imposible no tener apodo a su lado: Olivier Debroise era *Higadié Fraguá*; *La Pepa* Covarrubias era *La Tartas*, o el caso de *La Quinana*, y así sucesivamente... El de Consuelo Sáizar era divertido para todos, no para ella: *Tanque Tanqueta*. Los apodos a los hombres en el poder eran implacables.

La noche anterior a Bellas Artes, en el homenaje luctuoso en el aún Distrito Federal de Marcelo Ebrard, en el Museo de la Ciudad de México, un periodista estadounidense insistía en preguntar por qué Monsiváis no había salido del clóset: no importa lo que respondiste, ni su calidad de reportero que no investiga para sacar conclusiones. En su pregunta se sabe que no había leído *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, donde Carlos hizo el retrato/espejo de aquello que «escandalice al confesor o el psicoanalista que en cada lector acechan».

No quieres disfrazarte con lo que tanto le molestaba: aparentar inteligencia. Prefieres dejar constancia del dolor de esa muerte frente a la que Omar García lloraba desconsoladamente; le diste un paliacate para secar las lágrimas. Es el mismo que un año después confesaría a Alida Piñón, el 18 de junio de 2011, en *El Universal*:

«Carlos para mí fue una declaración de amor. Carlos me enseñó a sentir muchas cosas, el arte, la música, la literatura, la indignación por los atropellos hacia alguien, la solidaridad por las demás personas. Carlos fue para mí todo mi mundo desde que lo conocí hasta el último día que estuve a su lado... Me enseñó la pasión por el cine... Sólo puedo decir que fue una sorpresa para mí cada día, era la persona que confiaba en mí, que me regañaba, que me cuidaba y me aconsejaba, me apapachaba... No me había reído tanto como con él, no había sido tan feliz como con él...

»—¿Se puede saber dónde se conocieron?

»(Por única vez Omar deja salir una carcajada.)

»—No. Eso es mío».

Desde entonces, Omar García desapareció de los reflectores públicos.

No era fácil estar cerca de Monsiváis. Por eso tú desde el principio te dijiste: *Sí, pero no tan cerca.* Él tenía el foco para sí, más por el público embobado que por su ego; los que estaban a su lado se convertían en comparsas, o alumnos a regañadientes. Era difícil crecer a su lado. Era mejor en lo privado —de vez en cuando—, mejor por teléfono, mejor te alejas un poco, mejor que no te tome en cuenta. En lo público, mejor a la distancia. Añoras, sin embargo, los desayunos de los domingos por la mañana con él en el Wings de la Portales, no los tumultuosos en El Péndulo de la Zona Rosa. O en aquel cafecito, donde dicen que un día llegaron unos ladrones y al único que respetaron fue a él: «A usted no, maestro», dijeron los gandallas.

Las autoridades se pelearon el funeral. Su familia, razonadamente, lo partió en dos: la noche para el Museo de la Ciudad de México, y al día siguiente por la mañana Bellas Artes. El escándalo fue en el Museo: Horacio Franco puso en el féretro la bandera del arcoíris, el símbolo patrio de los gays; ahora sí Carlos estaba sin duda fuera del clóset, como le hubiera gustado a los radicales del movimiento que tanto lo criticaron y que, bien leído lo aquí escrito, ni son tantos.

Como si no hubiera tenido vida gay. Luis Terán lo recuerda el año de 1961 en El Pesebre —allá por Vito Alessio Robles—, al que iban artistas y gente como él, Luis Prieto y Nancy Cárdenas. O en el Sanborns de Hamburgo —que hoy no existe—, cuando la noche apenas empezaba y tomábamos café. O cuando nos íbamos a la cantina El Viena, en plenos setenta y ochenta, y de ahí al Butterfly de Lázaro Cárdenas y Salto del Agua, a los *shows* travestis, para ya muy de madrugada terminar en El Catorce, del que escribió en *Apocalipstick* —dedicado a Omar García— en todo un homenaje al chacal:

> ¿Qué es un chacal y de dónde proviene la comparación zoológica? En la jerga de los entendidos, el chacal es el joven proletario de aspecto indígena o recién mestizo, ya descrito históricamente como Raza de Bronce, y rebautizado por la onomatopeya del sarcasmo: Raza de Bronce ¡Clang! ¡Clang! El chacal es la sensualidad proletaria, el gusto que los expertos en complacencias racistas descifran

> ampliamente, el cuerpo que proviene del gimnasio de la vida, del trabajo duro, de las polvaredas del futbol amateur (o «llanero»), de las caminatas exhaustivas, del correr durante horas entonando gritos bélicos, del permanecer horas enteras de pie para adquirir condiciones de estatua, del avanzar a rastras en la lluvia para sorprender al enemigo que algún día se apersonará. Y es la friega cotidiana y no el afán estético lo que decide la esbeltez.

Para escribir del chacal hay que vivirlo.

Adriana Malvido, tu amiga y hermana sin padres de por medio, te observa intentando saber lo que pasa por tu mente. Habían presenciado la rebatinga por las declaraciones de escritores, artistas plásticos, intelectuales que poco saben de Monsiváis, de su vida que tanto diversificó y que hoy sale a la palestra nacional. Como te dijo uno de sus familiares: «Carlos tiene cajitas en las que mete a los que se dedican a la cultura, en otra guarda a los empresarios, y así. En una de ellas está la familia. Nunca mezcla las cosas...». *Sí,* pensabas. Por eso era importante abrir la caja de su mundo gay, aunque sea sólo la parte que te corresponde. Porque existen más historias que no te incumben y que serán la verdad de ellos, no la tuya. (La maledicencia de Raquel Tibol hizo público que Carlos tendría que ser Aceves Monsiváis porque su padre era un licenciado y

vivía en Guanajuato; cuando lo hablaste con Carlos, él no lo desmintió. Pero eso tendría que ser parte de una biografía y no de esta crónica.) Como la que alguien sin nombre escribió en internet (transcrita tal cual):

> Hola deseandoles una gran semana llena de cosas buenas y les comparto:
>
> Pues Carlos Monsivais murio el sabado de insuficiencia respiratoria en el hospital de nutrición y la verdad creo que es una perdida para todo el país carlos contaba con una obra muy extensa que yo espero sobreviva a muchos mundiales y estrellitas futboleras, en lo personal yo conoci a Monsy en los baños Rocio de calzada de tlalpan a donde era muy comun verlo y cuando lo conoci estaba en mis casi 30s y en plena fiesta al principio no me agrado la idea de tener algo con el, monsy no era precisamente un hombre guapo pero como sabia quien era y finalmente me invito a ir a su casa accedi de su casa recuerdo que estaba llena de libros y gatos y afortunadamente a mi me encantan los gatos y los libros pero aun asi me resistia, pero monsy si se dio cuenta no lo externo y despues de que me recitara poesia de memoria y una agradable discusión sobre cine mexicano claro que hice algo con el y me gusto el que el no fuera guapo y ya estuviera grande no cambio pero de algun modo el espectaculo de su inteligencia y lo habil que era con las palabras y lo basto de sus conocimientos me hicieron cambiar de opinion lo vi dos o tres veces mas, no recuerdo y siempre lo disfrute no hubo mas porque me daba la impresion de que el disfrutaba mucho estar solo y yo queria seguir en la fiesta pero quedo un buen recuerdo y una anegdota que contar aunque algunos me digan que

> como me atrevi pero de verdad me dejo un buen sabor de boca monsy donde quiera que estes de seguro estaras cuestionando e ironizando todo y algun dia nos encontraremos de nuevo hasta pronto.

Un testimonio a imagen y semejanza de tantos otros; tú mejor decidiste firmar con tu nombre. Esperemos la biografía —ojalá definitiva—, no esta crónica memoriosa del Carlos Monsiváis que te hizo el favor de conocerte cuando eras un joven con ganas de devorarte la ciudad, la "Doña Bárbara de concreto", o al que viste en España una noche loca junto a José Ramón Enríquez y Federico Ibarra, donde se quedó sin querer con la libreta de Gonzalo Celorio y más tarde te llamaría para reírse de sus apuntes. Maloso que era...

Es la velación del escritor omnímodo que conoció la ciudad cuando se cerraba a las once de la noche, en la época de Ernesto P. Uruchurtu, y la gente que quería divertirse buscaba la fiesta en lugares clandestinos o casas donde los gays se encontraban con sus semejantes, los raros, en un mundo donde los otros —los heterosexuales— tenían permiso; había que seguir el reventón a riesgo de la detención. Eso, como bien escribió, cuando «lo vivido con pasión que a nadie daña, plantea brumosamente la gran posibilidad: que un comportamiento legal (la homosexualidad en México desde el siglo XIX está permitida simplemente porque los legisladores no se atreven a mencionarla) sea un comportamiento

legítimo: "Si no puedes suprimirme, terminarás por reconocerme"». Eso, justo, es lo que hoy está pasando.

Es muy fácil criticarlo pero no ser quien fue. Su presencia sigue viva. Tú te bloqueas porque no quisieras confesar que él no tenía el más mínimo respeto por ti. No eras el único: no tenía respeto por nadie. No hizo nada por ti. Dudaba de tu escritura, de tu forma de hablar; te corregía siempre —habla y escritura— como si fuera tu maestra de primaria, María de los Dolores Cruz Vargas. Pero no te defendió cuando Héctor Aguilar Camín pidió tu renuncia a *La Jornada* al director de entonces, Carlos Payán Velver, por un reportaje que publicaste en la sección cultural sobre Cacaxtla y los desastres allí cometidos contra el patrimonio. Quizá porque eras de los pocos que podían decirle en su cara lo que realmente pensabas de ciertas cosas que le importaban. Nunca hubo alejamiento entre ustedes, desde tus confesiones de los primeros años, o sus intervenciones en tu vida privada como si fuera la prima impertinente y solterona que en todo se mete.

No caigas en la mentira de todos de sentirte su amigo. Carlos no tenía amistades: tenía cómplices críticos y una legión de lambiscones. Tampoco era gratuito que tuviera tantos enemigos. Algo de eso le dijiste a Consuelo Sáizar cuando fue a Madrid en el 92. Pobre, la hiciste llorar.

En abril de 2010 supimos del principio de su partida: el periodo más cruel de su vida, hasta su muerte, el 19 de junio.

Al Hospital de Nutrición llegó por fibrosis pulmonar, con el atrevimiento de gente que acusó a sus gatos del padecimiento, y en el cual por decisión familiar lo mantuvieron vivo, entubado más de dos meses para llegar de todas formas a su final.

Los días sin él han sido invariables: corrupción, secuestros, violación de los derechos humanos, poco respeto a la Constitución, empoderamiento de los políticos y apropiación de los presupuestos con que se sirven de la nación, la rebatinga por las elecciones, todo igual, pero no hay nadie como él para soltar la jaculatoria que defina con sorna y estilo el acontecer nacional en esas páginas imprescindibles de su pensamiento: «Por mi madre, bohemios».

Hemos ido a verlo tres veces, a contemplar las imágenes que coleccionó por gusto y que terminaron en su Museo del Estanquillo en la capital: de Porfirio Díaz a los retratos de familia, del Subcomandante *Marcos* al mundo del cine, la radio y la televisión, pasando siempre por la música; de las travestis retratadas por la policía en las cárceles para ofrecerlas como carne de cañón a la prensa carroñera sobre los diferentes, hasta los retratos de artistas e intelectuales de época. La Lagunilla entró a su museo por la puerta grande y demostró que el arte es más que sólo el considerado estrictamente culto.

Van seis años sin Carlos Monsiváis y ahora hay quienes lo denuestan, esos a los que apoyó en su carrera, en sus trabajos, con su obra o textos periodísticos. O peor, el asistente aquel que le robó libros de su biblioteca y objetos de arte y hoy vocifera contra él. ¿Será porque ya no es la voz que lleva el mando? Los incautos —que todo lo creen y no lo leen— no entienden que los que lo critican buscan ser

vistos a sus costillas, aun muerto, porque es la manera en que pueden figurar; son los menos, desde luego. Son los sin obra, también. Ninguno de ellos tiene un clásico del periodismo como mínimo, ni cedieron en fideicomiso su acervo cultural como él con el Estanquillo, la casa de su presencia. La mezquindad engendra amargura...

Lo recordé al revisar las notas de su enfermedad y muerte. Lo recordé en su trabajo de activista social en defensa de las minorías sexuales, en las campañas a favor de la educación sexual y la lucha contra el sida, en el encono de los gays radicales que querían verlo fuera del clóset, cuando por su labor vivía en un armario —como dicen los españoles— de cristal.

Respira en todos los que lo leemos.

Quisieras acercarte al Carlos Monsiváis de carne y hueso, al hombre gay, no al que escribía en los medios de comunicación, que declaraba cosas sesudas en la televisión sobre la actualidad del momento, el que hacía libros para conocedores, no para aquellos que dicen que no sabía escribir pero están lejos de acercarse siquiera a su estilo y con todo se atreven a criticarlo: que logran notoriedad por denostarlo. No saben, al parecer, que sin estilo no hay escritor.

No quieres anécdotas; quieres hechos, la esencia de la que está hecho el periodismo. Pero ya no hay tiempo: tienes que terminar de una vez y para siempre con la obsesión por Carlos Monsiváis. Mátalo ya...

Cuando Adriana y tú se quedan en la puerta del Palacio de Bellas Artes, cuando la familia recibe las condolencias de los presentes aquella mañana luminosa —tanto como si la Ciudad de México fuera en realidad «la región más transparente del aire»—, sólo queda la soledad de pensarlo. No se ha ido desde aquel 19 de junio de 2010, cuando desapareció su cuerpo físico de la vista pública. Cuando lo velamos aquel 20 de junio en el Museo y el 21 en Bellas Artes.

Qué largas se hacen las muertes cuando uno está vivo...

Si de algo sirviera la sinceridad de decir las cosas por su nombre —no por la educación aprendida, no por la hipocresía social que envilece, no por la declaración a los medios—, dirías:

—Descansa en paz, Carlos.

El clóset de cristal, de Braulio Peralta
se terminó de imprimir y encuadernar en septiembre de 2016
en Programas Educativos, S. A. de C. V.
Calzada Chabacano 65 A,
Asturias CX-06850, México

EL CLÓSET DE CRISTAL

BRAULIO PERALTA

Un libro escrito con sinceridad y sin concesiones

El clóset de cristal es una crónica no autorizada pero perfectamente documentada. En ella se da a conocer abiertamente la homosexualidad de Carlos Monsiváis, así como sus noviazgos, amistades, aventuras y desventuras en las calles, bares y baños de México (desde 1960 hasta su muerte).

No es una biografía, sino la crónica de un aspecto poco conocido del autor de *Días de guardar:* su presencia en el movimiento homosexual mexicano y su lucha por las libertades individuales y el reconocimiento a la diversidad sexual.

Braulio Peralta cuenta su relación personal con el Carlos Monsiváis de carne y hueso, lejos de la fama, la intelectualidad y el mundo cultural; más cerca de los grupos homosexuales que lucharon por sus derechos humanos que del *glamour* de la literatura. Un libro que confirma la vida gay de quien escribió: "¿De qué puede enorgullecerse una persona si no está orgulloso de su comunidad?".

EDICIONES B

ISBN 978-607-529-044-7

9 786075 290447 80390473